

$3.99 U.S./$4.50 CAN.

Bianca®

Amante prohibida

Anne Mather

Mather,Anne - Amante prohibida

Mather,Anne - Amante prohibida

AnneMather.

AMANTE PROHIBIDA,

Título Original: The Forbidden Mistress

Colección: Bianca N° 1563 — 9.2.05

Protagonistas: Oliver Ferreira y Grace

Argumento:

La pasión era más fuerte que la razón...

Era imposible no fijarse en Grace. Oliver Ferreira la deseaba más de lo que había deseado a ninguna mujer en toda su vida. Sin embargo, jamás podría hacerla suya...

Era imposible evitar a Grace. Trabajaba para Tom, el hermano de Oliver; de hecho se rumoreaba que eran amantes. El sentido común le decía a Oliver que se alejara de ella...

Estaba empezando a resultar imposible resistirse a Grace. Oliver tenía la sensación de que ella también se sentía atraída por él. Era sólo cuestión de tiempo que la convirtiera en su amante prohibida...

Capítulo 1

OLIVER estaba de pie mirando por los ventanales de su oficina cuando el intercomunicador empezó a sonar.

Suspiró, dejó de mirar las calles mojadas de Newcastle, cruzó el amplio despacho y contestó a su secretaria.

—Dígame —dijo lacónicamente.

La interrupción no le había agradado y la señora Clements se aclaró la garganta antes de contestar.

—Es su hermano, señor Ferreira —la respuesta sorprendió a Oliver —. Le he dicho que está ocupado, pero él insiste en que usted le recibirá.

Oliver estaba haciéndose a la idea de que su hermano había tenido el valor de presentarse allí cuando oyó un alboroto y la puerta del despacho se abrió de par en par. Thomas Ferreira, un hombre alto y fornido, estaba en el umbral de la puerta con la diminuta señora Clements, hecha un manojo de nervios, detrás de él.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó con un gesto de enfado que alteraba sus hermosas facciones—. ¿Necesito una cita para verte, Oliver? Ya sé que no nos hablamos desde hace tiempo, pero no te lo tomes tan a pecho.

Oliver se apartó de la enorme mesa con superficie de granito y miró a le nerviosa secretaria por encima de su hermano.

—No se preocupe, señora Clemént's. Ya sé que ha hecho todo lo posible.

La secretaria se agarró las manos.

—Señor Ferreira, no se olvide de que tiene una cita a las cuatro con el señor Adler.

—No se olvidará —afirmó bruscamente Thomas mientras agarraba el picaporte de la puerta—. No se preocupe, yo tampoco tengo la intención de entretenerlo tanto tiempo; soy su hermano, no soy un inspector de Hacienda.

La señora Clements no hizo caso del comentario y consiguió asomar la cabeza por la rendija de la puerta que se cerraba.

—¿Quiere algo más, señor Ferreira? ¿Quiere té o café?

—Mientras no sea una botella de whisky... —comentó irónicamente Thomas.

—Un poco de té, señora Clements. Si no es mucha molestia —le pidió Oliver.

—Naturalmente. No es ninguna molestia —Thomas imitó la respuesta de la secretaria, cerró la puerta y se apoyó en la hoja de caoba—. Sinceramente, Oliver, sabes perfectamente que esa mujer

andaría sobre carbón al rojo vivo si se lo pidieras. Aunque la verdad es que casi todas las mujeres lo harían...

—Pero no todas —replicó Oliver con cierta amargura—. ¿Qué quieres, Tom? Ya has oído que no tengo mucho tiempo.

Tom se acercó hasta la mesa y se sentó en una de las butacas de cuero.

—Esperemos a que llegue el té. Preferiría que la buena de la señora Clements no lo oyera.

Oliver contuvo la ira.

—La señora Clements es de absoluta confianza. No va contando por ahí lo que oye en mi despacho.

—Aun así... —Thomas se encogió de hombros—. Se me había olvidado la vista que hay desde aquí. Estoy seguro de que tú también la echabas de menos cuando estabas recluido en Abbey.

Oliver estuvo a punto de echar a su hermano, pero eso habría provocado más preguntas que respuestas y decidió contenerse hasta que supiera qué quería. Aunque eso no alteraba su sensación al volver verlo. Habían pasado casi cuatro años desde que mantuvieron una conversación muy seria y no podía negar que sentía cierta curiosidad por saber el motivo de su visita.

Quizá fuera el momento de olvidarse del pasado. Habían sido muy buenos amigos cuando eran niños, antes de que de la traición de Thomas y el fracaso de su matrimonio los alejara. Tenía que sobrellevar el hecho de que tanto Sophie como su hermano fueran los culpables de que su matrimonio se deshiciera. Al fin y al cabo, ella era su mujer y Tom un hombre libre.

Naturalmente, eso no quería decir que tuviera que confiar en su hermano. El divorcio de Sophie había sido doloroso y demoledor y, durante meses, él sólo había encontrado consuelo en la bebida. El vil comentario sobre la botella de whisky y sobre su estancia en Abbey, un famoso centro de rehabilitación para alcohólicos y drogadictos, dejaba muy claro que su hermano no había ido a reparar su comportamiento.

Oliver se sentó en la butaca detrás de la mesa y miró con curiosidad a su hermano. Tom parecía más viejo, aunque él también lo parecía. Eso era lo que pasaba con los traumas, sobre todo con los emocionales.

—¿Qué tal está Sophie?

Decidió enfrentarse a la situación y se sorprendió por lo poco que le costó. Durante meses, después del divorcio, el mero hecho de oír su nombre despertaba en él los deseos más destructivos, pero en ese momento sólo sentía un ligero arrepentimiento por haber sido un tonto crédulo.

A Tom le sorprendió la pregunta.

—Está bien, supongo —respondió despreocupadamente—, ¿Por qué no la llamas y te enteras?

Tuvo que hacer un esfuerzo, pero Oliver consiguió que no se le notara la impresión.

—Prefiero no hacerlo —contestó mientras apoyaba las manos en los reposabrazos y esbozaba una sonrisa ante la aparición de la señora Clements—. Gracias, parecen deliciosas —añadió al ver un plato con galletas.

—Si necesita algo más, dígamelo —dijo la mujer mientras miraba de soslayo al visitante.

Oliver sabía perfectamente lo que estaba pensando porque siempre había sido una mujer muy leal y se había sentido muy furiosa ante la traición de Thomas.

—Lo haremos —respondió Thomas.

Él también sabía lo que sentía la mujer y aquella era su forma de recordarle que su opinión no le interesaba lo más mínimo.

La señora Clements salió y cerró la puerta, pero Oliver no hizo ningún gesto de tocar la bandeja de té. Si Tom quería tomarlo, podía servirse él mismo.

—¿Qué quieres? —le preguntó con un suspiro de resignación—. Si es dinero, estás perdiendo el tiempo. Aparte de que mi ex mujer hiciera todo lo posible por dejarme sin blanca, el mercado de la vivienda está en horas bajas.

—No intentes que me crea que tu negocio depende de los contratos familiares —replicó Tom con cierta firmeza—. Resulta que me he enterado de que has llegado a un acuerdo para proyectar el centro comercial de Vicker's Whaif —frunció el ceño y perdió parte de su atractivo—. En cualquier caso, no he dicho que quisiera dinero. Desde que Sophie invirtió casi toda la liquidación de su divorcio en el centro de jardinería, todo va viento en popa —hizo una pausa—. La verdad es que he comprado una pequeña parcela junto al vivero y espero que también podamos poner un invernadero.

—Me alegro por ti.

A Oliver le alegraba saber que la perspicacia de su hermano para los negocios estaba dando frutos. El centro de jardinería Ferreira había sido el negocio de su padre antes de jubilarse, pero Tom había sido el único hizo en heredar su amor por la tierra. Desde que Tom se hizo cargo del centro, el interés general por la jardinería le había permitido duplicar los beneficios. Eso y la contribución de su ex mujer, naturalmente.

—No seas condescendiente —farfulló su hermano, que había percibido algo más en el tono de Oliver—. No todos somos genios para los estudios, algunos tenemos ambiciones más modestas.

Oliver evitó el enfrentamiento. Era un agravie muy viejo y no

estaba dispuesto a volver sobre él. Tom sabía muy bien que él no era un genio ni un buen estudiante, pero se le daban bien las matemáticas y la informática le resultó fácil. Se licenció en ingeniería informática y a él la carrera como ingeniero de proyectos le había resultado tan natural como la horticultura a su hermano.

—Entonces —continuó Oliver—, si no quieres dinero, ¿qué quieres? No creo que hayas venido a preguntarme por mi salud.

—¿Por qué no? —la respuesta fue inmediata y con tono ofendido —. Sigues siendo mi hermano, ¿no? Que hayamos tenido nuestras diferencias...

—Yo no diría que seducir a mi mujer y destruir mi matrimonio sea una «diferencia».

—Lo sé, lo sé —Tom adoptó un aire cariacontecido—. Como he dicho, hemos tenido nuestros problemas, no voy a negarlo y tampoco voy a negar que fuera culpa mía. Pero, maldita sea, yo nunca habría seducido a Sophie si ella no lo hubiera deseado, ¿no? Estabas obsesionado con ser socio en Faulkner. Tenías abandonada a tu mujer, Oliver, reconócelo.

Oliver apretó la mandíbula.

—No pienso reconocerte nada, Tom. Si ésa es tu forma de justificar lo que hiciste...

—No lo es —Tom lo interrumpió y se inclinó sobre la mesa—. ¿Te sentirías mejor si te dijera que todo fue un error? Nunca debió llegar al punto que llegó —se mordió el labio inferior—. Fui un idiota arrogante. No puedes sentirlo tanto como lo siento yo.

Oliver se levantó y empujó la butaca contra la pared.

—Será mejor que te vayas —soltó una breve carcajada cargada de amargura—. Es increíble. ¿Realmente habías pensado que me consolaría que me dijeras que fue un error?

Tom levantó la barbilla.

—Sí, lo había pensado —respondió con tono obstinado—. Todos cometemos errores, ¿no?

Oliver sacudió la cabeza.

—Tom, márchate antes de que digamos algo de lo que podamos arrepentimos.

Tom se encogió de hombros, pero no se movió y Oliver miró su reloj de muñeca. Vio con incredulidad que sólo eran las tres y media, que sólo habían pasado quince minutos desde la aparición de Tom.

Resopló y miró a su hermano sin saber qué hacer. ¿Iba a tener que echarlo? Tom era fornido, pero él estaba en mejor forma y le sacaba unos diez centímetros de altura.

Rechazó la idea. No le interesaba arrastrarlo por todo el pasillo al que daban los demás despachos. Ya había tenido suficiente con tener que soportar la compasión de sus compañeros cuando Sophie lo

abandonó y él cayó en la dependencia del alcohol. No tenía ganas de rememorar aquellos momentos ni de dar la impresión de que todavía quería vengarse de su hermano. Además, se dio cuenta de que no quería hacerlo. Sólo sentía desprecio porque Tom pensara que iba a creerse sus mentiras.

—Dentro de poco tengo una cita.

Comprendía que enfadarse no iba a llevarle a ninguna parte. Tom, por algún motivo, estaba decidido a quedarse hasta que dijera lo que quería decir y Oliver sospechaba que lo peor no había llegado todavía.

—Lo sé. Ya he oído a la vieja Clements.

—Entonces, comprenderás que no puedes quedarte y te propongo que te vayas antes de que quedes como un idiota absoluto.

Tom lo miró con ojos acusadores.

—No te importo lo más mínimo, ¿verdad? No te importa lo que pueda pasarme.

—¿Qué te pasa? —Oliver lo miró fijamente—. ¿Pretendes arreglar las cosas entre nosotros?

Tom volvió a encogerse de hombros.

—No exactamente.

—Estoy deseando oírlo.

Tom frunció el ceño.

—Te crees muy importante. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Nadie te importa, ¿verdad, Oliver? No te importaba que Sophie necesitara cariño y nunca lo tuvo de un canalla insensible como tú.

Oliver rodeó la mesa, agarró a su hermano de la camisa y lo levantó de la butaca.

—Eres un tarado malnacido.

Lo soltó para darle el puñetazo que se merecía, pero Tom se limitó a cerrar los ojos para esperar el castigo y Oliver no pudo hacerlo. Soltó un juramento y volvió a tirarlo a la butaca antes de dirigirse al ventanal para recuperar la compostura.

Se hizo un silencio. Oliver logró que su respiración se normalizara y se pasó la mano por el pelo moreno que le llegaba hasta el cuello de la camisa. Se alisó el traje gris y se cercioró que de que tenía la corbata en su sitio. También hizo todo lo posible por no olvidarse de que él era la víctima.

Se dio la vuelta. Eran las cuatro menos veinte y Tom tenía que irse antes de que llegara Sidney Adler. Adler era un político local que había sido fundamental para que le concedieran a Faulkner el proyecto del nuevo centro comercial. También era amigo íntimo de Andrew Faulkner, el socio de Oliver, y no quería que pensara que se llevaba los problemas personales a la oficina.

Resoplo, volvió a la mesa y, sin sentarse, miró hacia la cabeza inclinada de su hermano.

—¿Qué quieres, Tom? No puedo darte la absolución y no creo que a Sophie la gustara saber que has venido a hablar conmigo.

—A ella le da igual —Tom sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz con un gran estruendo—. Seguramente yo lo he forzado. Ella quería dejar nuestra relación tanto como yo.

Oliver se quedó boquiabierto.

—¿Qué...? —preguntó sin dar crédito a lo que había oído—. ¿Has venido para decirme que has roto con Sophie?

—¿Para qué si no? —lo dijo con indiferencia—. En este momento está en casa de su madre. Como he dicho antes, fue un tremendo error.

Eran casi las seis cuando Oliver salió del despacho.

Adler se había comportado como un cotilla y se había pasado la mitad del tiempo hablando mal de otros políticos locales. Habían sacado poco en claro y Oliver sospechó que no debería haberle ofrecido el whisky que reservaba para las visitas. Adler aceptó más de un vaso y él estaba con los nervios de punta por la cantidad de Coca Colas que había tenido que tomarse por cortesía.

Tenía el coche aparcado en el estacionamiento del sótano. Era un Porsche de doce años que se había regalado cuando entró en la empresa Faulkner. También era el único lujo que no vendió cuando Sophie lo dejó. Sí vendió la casa que compartieron y casi todas sus propiedades. En cualquier caso, tendría que haberlo hecho porque no cabían en el loft al que se había mudado.

Antes del divorcio, Sophie y él vivieron en una urbanización muy selecta al norte de Newcastle. Estaba bastante cerca del centro de jardinería y en aquella época veían a menudo a sus padres y hermanos. Sus padres se compraron una villa en el sur de España, de donde procedían los antepasados de su padre, y el buen hombre siempre aseguraba que iba volver a sus raíces.

Al acordarse de sus padres, no pudo evitar pensar en su hermano. No le había resultado fácil convencerlo para que se fuera tranquilamente y seguía sin tener claro por qué había ido a visitarlo. ¿Qué había pretendido? ¿Que él se alegrara tanto de que hubieran roto como para perdonarle todo? Eso era una ingenuidad y Tom no era tan tonto.

Entonces, ¿por qué había ido? ¿Por qué había hecho el viaje? Oliver no creía que volvieran a ser amigos y Tom se llevaría una decepción si esperaba otra cosa.

Se le pasó por la cabeza que lo hubiera enviado Sophie. Si se habían separado, como decía Tom, quizá ella tuviera la idea de recuperar su relación. Lo cual era igual de disparatado. Fuera como fuese, no tenía intención de reavivar la relación con su ex mujer. Pensara ella lo que pensase sobre al trauma que le había producido al

abandonarlo, él ya lo había superado y nunca lo había limitado a Sophie. Se dio cuenta de que la traición de su hermano había significado lo mismo.

Sin embargo, había transigido en volver a ver a Tom. Había sido la única forma de que se fuera del despacho antes de que llegara Adler. Habían quedado en verse al día siguiente, a la hora de comer, en The Crown, un pub de Tayford. Hacía años que Oliver no iba a ese pub, que estaba muy cerca de la casa de sus padres. Afortunadamente, sus padres estaban de viaje y no había posibilidad de que se vieran implicados. Sabía que su madre estaba preocupada por el distanciamiento de los hermanos y, si se hubiera enterado de la cita, habría pensado que estaban limando las diferencias.

Oliver giró en redondo. Tuvo un repentino deseo de ver el centro de jardinería. Se dirigió al norte y luego se desvió en dirección a Belsay, en plena campiña.

Oliver había nacido en esa zona, pero hacía algunos años que no disfrutaba de aquel paisaje. La lluvia había dejado paso a una preciosa tarde soleada de mayo y sintió un bienestar al que no estaba acostumbrado.

Antes de llegar a Belsay, volvió a torcer a la izquierda para tomar un camino rural con setos a los lados. El centro de jardinería estaba a menos de cuatrocientos metros, en las afueras de Ridsgate, el pueblo más cercano a Tayford.

Desde la carretera, El Mundo de las Plantas Ferreira tenía un aspecto impresionante. Se había hecho con una fama considerable y llegaba gente de todos lados para pasear por sus jardines e invernaderos. También tenía una cafetería, una tienda, una floristería y una zona de juegos para niños. Eran más de las seis de la tarde y seguía en plena actividad.

Había algunos coches en el estacionamiento y Oliver, que no tenía pensado pararse, se encontró aparcando el Porsche. Se quedó unos segundos tamborileando con los dedos en el volante y preguntándose qué demonios hacía allí, hasta que decidió que no iba a marcharse sin saber si Tom estaba pasando una mala racha económica.

La vio cuando estaba cerrando la puerta del coche. Estaba junto a un invernadero y parecía como si supervisara la carga de unos sacos abono en una camioneta que ella misma iba a conducir.

Era alta, pasaba del metro setenta, y se dijo que eso, la altura, era lo que había atraído su atención. Aparte, tenía unas piernas muy largas enfundadas en los vaqueros más ceñidos que había visto en su vida y un cuerpo delgado pero con formas, lo cual hacía que no pasara desapercibida. Por no hablar de su belleza cálida y resplandeciente y de la melena rojiza con reflejos dorados que llevaba recogida en una trenza.

Ella notó que la miraba. Sus ojos, enmarcados por unas pestañas largas y oscuras, se volvieron hacia él y una expresión de perplejidad le cruzó fugazmente el rostro. Entonces, uno de los hombres le dijo algo y ella desvió la mirada, pero no sin antes esbozar una sonrisa de curiosidad, ¿o habría sido de incitación?

Oliver decidió que estaba dejándose llevar por la imaginación, se guardó las llaves en el bolsillo y fue hacia el jardín. Si no pasaba por la tienda, esperaba esquivar a los empleados más antiguos de Tom y que nadie lo reconociera.

Sin embargo, no había ni rastro de Tom y no sabía si eso le alegraba o le preocupaba. Ya no tendría una excusa para no acudir a la cita del día siguiente. En el fondo, había esperado poder enterarse de lo que pasaba sin tener que desperdiciar un par de horas con una discusión inútil.

Fue hasta el fondo de las instalaciones y comprobó que su hermano había dicho la verdad. En la parcela contigua había una excavadora y se podía ver que ya habían tirado la casa de los antiguos propietarios.

—Es espantoso, ¿verdad? —comentó una voz áspera detrás de él.

Oliver se dio la vuelta bruscamente y se encontró con la chica que había visto antes apoyada en un reloj de sol de piedra. De cerca, pudo comprobar que tenía un cutis muy delicado, una nariz recta y unos ojos enormes de un color verde casi increíble.

—Supongo —contestó él por decir algo—. Sin embargo, todos los proyectos pasan por esta fase —añadió mientras intentaba disimular su impresión.

—Tú lo sabes bien. Eres ingeniero de proyectos —Oliver no salía de su asombro—. Me parece que eres, Oliver, el hermano de Tom. Él dijo que a lo mejor te veía hoy.

Oliver se quedó atónito.

—¿Dijo eso?

—Sí. Aunque no dijo que fueras a venir aquí —ella sonrió y mostró unos dientes perfectos—. Por cierto, soy Grace Lovell. Sé que Tom estará encantado de verte. La señora Ferreira dijo que habíais estado distanciados un tiempo.

—¿La señora Ferreira? —él frunció el ceño.

Oliver no sabía que Sophie seguía utilizando ese nombre.

—Tu madre —puntualizó Grace, que se había dado cuenta de su desconcierto—. Conozco muy bien a tus padres. Pasan mucho tiempo en San Luis.

—¿Eres española?

—Me temo que no. En realidad, mi padre es americano, pero trabaja para la Administración británica y he pasado casi toda mi vida en Inglaterra.

—Entiendo —Oliver hizo una pausa—, ¿Y qué tiene que ver San

Luis?

—Mis padres también tienen una villa en San Luis. Allí conocí a Tom y le convencí para que me diera este trabajo.

—¿Te gusta? Me refiero al trabajo...

Ella se encogió de hombros y se apartó del reloj de sol; él volvió a quedarse impresionado por su altura. Sin embargo, al revés que una modelo, tenía unas formas bastante generosas y sus pechos, aunque no parecía llevar sujetador, eran firmes y altos...

Oliver se preguntó de dónde habría salido. Empezaba a sentirse demasiado atraído por ella. Hacía años que no se fijaba en los pechos de una desconocida y, aunque el frío los hacía más evidentes, eso no era una excusa. Debía de estar congelándose, a juzgar por las protuberancias que se marcaban debajo de la camiseta. También era evidente que el calor que sentía él no era por el tiempo que hacía.

—Está bien —Oliver tardó un rato en comprender que ella estaba contestando a su pregunta—. Cuando terminé la universidad, pensé que quería ser profesora, pero después de trabajar seis años en la ciudad, decidí que necesitaba un cambio de aires.

Oliver hizo un gesto de comprensión y se pusieron de camino hacia el edificio principal. Grace le seguía el paso con unas zancadas muy elegantes y él se dio cuenta de que no había pensado en su edad. Había calculado que tendría veintidós o veintitrés años, pero en ese momento decidió que rondaría los treinta años. Tampoco le importaba que fuera mayor que lo que se había imaginado. Al fin y al cabo, él tenía treinta y cuatro años, una historia que nadie envidiaría y una novia. Además, seguramente, ella tendría novio.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —le preguntó Oliver.

Oliver quería encontrar una excusa para no entrar en la tienda. No le había sacado de su error cuando ella había dado por supuesto que no había visto a Tom todavía y sería bastante violento que él apareciera.

—Siete meses —hizo una mueca—, ¡Y ha sido el peor invierno que se recuerda! Se inundaron dos invernaderos y teníamos que venir a trabajar con botas de goma.

Oliver consiguió esbozar una ligera sonrisa.

—Un bautismo de fuego.

—De agua, más bien —le corrigió ella antes de echarse a reír—. ¡Qué tontería! Todos los bautismos son de agua, ¿no?

Oliver iba a preguntarle qué le parecía el norte de Inglaterra cuando ella cambió de expresión. Se ruborizó y él pensó que era una persona encantadoramente natural, pero otra voz de mujer lo llamó y Oliver tuvo que reprimir un gruñido al reconocer a su ex mujer.

Capítulo 2

SOPHIE se acercaba a ellos desde el estacionamiento.

—Oliver.. —dijo ella calurosamente antes de mirar a su acompañante con cierto desdén—. Me pareció reconocer el coche. Oliver, me alegro de verte.

Era lo último que él esperaba que dijera. No se habían separado amistosamente y a él le había dolido mucho que llevara meses acostándose con Tom antes de enterarse. Sophie lo había culpado por dejarla abandonada y pensar más en su trabajo. Era ridículo que dijera que se alegraba de verlo. Él había esperado no volver a verla jamás. No habría pasado por allí de haber sabido que ella estaría.

Miró de soslayo a la joven que tenía a su lado y se dio cuenta de que no podía hablar francamente.

—Sophie... No sabía que trabajaras aquí —añadió sin saber qué decir.

—Y no lo hago —el tono despectivo era bastante revelador—, pero tu hermano me debe dinero, ¿no te lo ha dicho? —volvió a mirar a Grace—. ¿A qué estás esperando? Me gustaría hablar en privado con mi marido.

¿Marido? Oliver frunció el ceño, pero Grace no parecía muy impresionada por la reprimenda implícita de Sophie.

—A lo mejor te veo más tarde. No creo que Tom vaya a tardar.

—Eso será si puede salir del pub —puntualizó Sophie con frialdad —. Yo no esperaría mucho.

—Tom no está en el pub —le replicó Grace—. Tenía una cita en el banco, como seguramente sabrás. Además, no se retrasará cuando sabe que su hermano está esperándolo.

Sin embargo, Tom no sabía que él estaba allí. Aunque no iba a reconocerlo para darle argumentos a su ex mujer. No sabía lo que estaba pasando, pero era evidente que a Sophie no le gustaba aquella joven. ¿Estaría celosa? Prefirió no llevar esa idea hasta su conclusión más clara.

—Lo que tú digas.

Sophie se acercó a Oliver y lo agarró del brazo. Él hizo lo posible por mantenerse alejado, pero ella consiguió tenerlo pegado mientras lo llevaba hacia el estanque de los peces tropicales.

—No sé cómo se atreve a dirigirme la palabra —comentó Sophie con tono rencoroso mientras miraba a Grace por encima del hombro.

—¿Por qué? ¿Te cae mal? —Oliver se paró en seco—. ¿Qué pasa, Sophie? ¿Qué te ha hecho Grace? ¿Por qué estas repentinas ganas de estar conmigo? Sé que Tom y tú habéis roto.

Sophie lo miró fijamente.

—¿Has visto a Tom?

—Sí, esta tarde —el tono era inexpresivo.

—Entonces, te habrá hablado de Grace.

—¿Por qué?

Oliver sospechaba que ya sabía la respuesta. Sophie no era muy sutil cuando se trataba de algo personal.

—Ha sido espantoso. Desde que esa mujer entró a trabajar aquí, las cosas han ido de mal en peor.

—Yo diría que todo va de maravilla.

Ella soltó una exclamación muy poco femenina.

—Me refiero a nuestra relación. Tengo que reconocer que Tom y yo estábamos pasando una mala racha antes de que ella llegara, pero yo no me había imaginado que ya me había encontrado sustituía.

A Oliver le pareció que la situación le resultaba deprimentemente conocida. Él no se había planteado tener una aventura con alguien que trabajaba para su hermano, pero tampoco quería haberse enterado de que Grace era la última conquista de Tom. Era demasiado buena para él. Tom ya había destrozado su matrimonio y no quería que también destrozara la vida de esa mujer.

Tendría que habérselo supuesto cuando fue a verlo esa tarde. Tom se había acostado con infinidad de mujeres desde que era adolescente y nunca se había casado con ninguna, ni siquiera con Sophie.

—La conoció el año pasado en España —Sophie siguió hablando—. Ya había ido antes cuando yo no podía ir, aunque tus padres tampoco me reciben con los brazos abiertos...

—Sophie...

—Solía decir que tenía que hablar de trabajo con vuestro padre —ella siguió hablando sin escuchar—. Yo no tenía motivos para dudar de él. George y él se consultan todo cuando tu padre está en casa. Reconozco que parecía un poco distante cuando llegaba a casa, pero yo lo atribuía a su salud. Antes de marcharse dijo que se encontraba bajo de ánimo.

Oliver levantó las manos para callarla.

—Sophie, ¿todo esto lleva a alguna parte? Si no, tengo cosas que hacer.

Los ojos de Sophie se empañaron de lágrimas.

—No seas cruel, Oliver. No soportaría que me dieras de lado. Ya sé que me porté fatal, pero tienes que creerme que estoy arrepentida.

—Sophie...

—No, escúchame. Quizá yo tenga parte de culpa en que Tom haya encontrado a otra. No dejaba de compararlo contigo —Oliver la miró con incredulidad—. Es verdad. Tom y yo no estábamos hechos el uno para el otro. No sé por qué hice caso de sus mentiras.

—Se acabó. Yo me mantengo al margen.

Ya había oído bastante. Acabaría diciéndole que nunca había dejado de amarlo y que esperaba que volviera con ella.

Oliver frunció el ceño. Nunca se habría podido imaginar lo que le esperaba al hacer aquella visita improvisada. Había tenido la ligera esperanza de zanjar el asunto con su hermano, pero ya no sabía qué pensar. ¿Qué quería Tom de él?

Sophie había estallado en llanto al escuchar sus palabras. También había envejecido, se dijo Oliver mientras intentaba no compararla con Grace, pero sabía que casi toda su desdicha era una farsa.

—No te vayas así, Oliver. Por favor. Tienes que ayudarme. Tom dice que no puede devolverme el dinero que invertí en la empresa y yo no puedo mantenerme con lo que gano en la tienda de beneficencia.

El dinero que había invertido era el que le había sacado por el divorcio, pero Oliver no se lo recordó.

—Búscate otro trabajo —le aconsejó mientras iba hacia el coche.

—No puedo —Sophie lo seguía como si fuera su tabla de salvación—. Sabes que no tengo ningún título. No creo que quisieras ver a tu mujer trabajando de cajera en un supermercado...

—¿Por qué no? Otras mujeres lo hacen —Oliver se paró al llegar al coche—. Además, no eres mi mujer —fue la primera vez que se alegró de decirlo—. Siento que las cosas no te hayan salido como esperabas, pero así es la vida. Supéralo.

A Sophie le tembló la barbilla. Era una táctica que unos años antes lo habría ablandado.

—Dile a Tom que no he podido esperarlo.

Se sentó detrás del volante y salió disparado entre los chirridos de las ruedas.

Grace, desde detrás de la ventana de la cafetería, vio que Oliver se marchaba. Iban a cerrar y ella estaba echando una mano a Lucy Cameron para que la mujer, ya mayor, saliera a tiempo. Lucy tenía cuatro hijos en edad escolar y Grace sabía que no quería que se quedaran solos después de que anocheciera.

—¿Era quien creo que era? —le preguntó Lucy.

—¿Quién crees que era?

Grace no quería demostrar que sabía lo que sabía y Lucy se alejó un poco para mirarla.

—Parecía el hermano de Tom. Conozco bien ese viejo Porsche. No sé por qué no se compra otro coche. No será porque no puede.

Grace se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—¿A él también lo conoces bien? —le preguntó a Lucy sin parecer demasiado interesada.

—Bastante bien —le contestó antes de encogerse de hombros—.

Aunque hacía tiempo que no lo veía por aquí. ¿No has estado hablando con él? ¿No te ha dicho quién era?

Grace se ruborizó y se apartó de Lucy para que no lo notara.

—Yo lo he reconocido. Se parece un poco a Tom, ¿no crees? Es más moreno y más alto, desde luego, pero los rasgos son parecidos.

Lucy la miró con los ojos entrecerrados.

—Creo que te has fijado bastante. Siempre me gustó Oliver. Lo sentí mucho cuando él y su hermano se pelearon por...

No terminó la frase y Grace se preguntó por qué Lucy tendría ese repentino interés por la caja registradora. Un taconeo le dejó muy claro que ya no estaban solas y no le sorprendió comprobar que Sophie se dirigía directamente hacia ella.

—¿Dónde está Tom? Ya puedes decírmelo. Comprendo que intentaras protegerlo ante Oliver, pero ya se ha ido —lo soltó casi sin respirar.

—Ya lo he visto —Grace sabía lo que Sophie pensaba, pero eso no la intimidaba porque sólo era amiga de Tom—. No sé dónde está Tom. A lo mejor está en el pub. ¿Por qué no vas a comprobarlo?

—No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer —el tono de ira era desproporcionado—. En cualquier caso, cuando vuelva, dile que quiero verlo. Esperaré en la casa, todavía tengo la llave.

Grace se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Sabía que a Tom no iba a gustarle y a ella tampoco le hacía gracia que tuviera la oportunidad de ver dónde dormía ella.

—Perfecto.

Si Sophie había ido buscando pelea, no la había encontrado y, después de mirar fugazmente en dirección a Lucy, se dio la vuelta y salió de la cafetería. Las dos mujeres la vieron cruzar el patio y montarse en un BMW último modelo.

—Zorra —dijo lacónicamente Lucy mientras ponía el cartel de «cerrado»—. Es una zorra de primera y no entiendo qué pudo ver Oliver en ella.

—O Tom —murmuró Grace.

—Tom se la merecía —espetó Lucy, que había vuelto a la caja—. Espero que Oliver se dé cuenta de la suerte que ha tenido.

Grace no se sentía capacitada para replicar. Sophie y Oliver se habían divorciado mucho antes de que ella llegara allí. Naturalmente, había oído las habladurías sobre la aventura de Tom con la mujer de su hermano, pero Tom también le había contado que Oliver la había descuidado para ocuparse de su trabajo. Tampoco se podía negar el papel que había desempeñado Sophie en la ruptura. Según Tom, había sido Sophie la que lo había incitado y no al revés.

Su propia posición, como inquilina de Tom, era susceptible de todo

tipo de conjeturas, pero cuando ella llegó a trabajar, Tom y Sophie seguían viviendo juntos y le pareció normal aceptar la habitación que quedaba libre.

Sin embargo, las cosas habían cambiado. Sophie y Tom habían roto y ella no sabía cómo salir de la casa, que estaba al lado del trabajo.

El señor y la señora Ferreira habían sido fundamentales para que aceptara la oferta de Tom y en ese momento se preguntaba si no habrían sospechado que la relación de su hijo no iba bien y que ella podría ser una influencia beneficiosa. Si había sido así, no había funcionado. Nunca le cayó bien a Sophie y Tom intentó compensar que ella fuera tan descortés. El resultado fue que Sophie se puso celosa y la acusó de querer algo con Tom.

Lucy echó el cerrojo y Grace sacudió la cabeza mientras iba a las oficinas que había en el edificio contiguo. Tom le caía bien. Como a todo el mundo. Era simpático, pero nunca le había echo sentir esa punzada abrasadora en la boca del estómago que le había producido la mirada oscura de Oliver Ferreira.

Se preguntó qué sentiría si estuviera viviendo en la misma casa que Oliver. Su rostro moreno y delgado y su cuerpo atlético y alto eran muy distintos a la belleza delicada de Tom. Oliver no era guapo en el sentido estricto de la palabra, pero era muy atractivo y sexy. No le extrañaba que Sophie quisiera recuperarlo. Se lo había dejado muy claro con el tono en que le dijo que se largara. Sabía lo que pensaba Sophie. Necesitaba un hombre en el que apoyarse y Tom no había estado a la altura.

Se estremeció, pero no fue de frío, sino sólo de pensarlo. Esperaba volver a ver a Oliver, independientemente de lo que Sophie quisiera que pensara.

Entró en la oficina y se encontró a Tom trabajando en el ordenador. No supo qué pensar. Seguramente, se habría enterado de que Sophie estaba allí y se había mantenido lejos de ella, pero también se había perdido la visita de Oliver. ¿O eso también habría sido intencionado?

Él la miró con una sonrisa.

—Hola. ¿Qué tal todo?

—Bien, supongo —Grace se apoyó en el marco de la puerta—. Sophie está en la casa. ¿Lo sabías?

—¿Sophie…? —fingió sorpresa, pero ella no se lo tragó—. Bueno, ya sabía que estaba aquí —reconoció—. Supongo que sigue dando la lata con el dinero.

—No tengo ni idea —no iba a meterse en líos familiares—. En cualquier caso, he pensado que tenía que avisarte —olisqueó el aire—. ¿Has bebido? Sophie le dijo a Oliver que estabas en el pub, pero yo te he defendido.

—¡Oliver…! —esa vez, la sorpresa fue sincera—. ¿Ha estado Oliver aquí?

—Tú mismo lo habrías comprobado si no te dedicaras a esconderte de tu novia. Bueno, me voy. He quedado para tomar una copa y no quiero llegar tarde.

Tom frunció el ceño.

—¿Con quién has quedado?

Ella estuvo a punto de decirle que no era de su incumbencia, pero no lo hizo.

—Con alguien del gimnasio —iba mucho al gimnasio para no tener que pasar todas las tardes sola con Tom—. No la conoces. Cenaré algo con ella.

Tom se levantó.

—Espera, todavía no me has dicho qué hacía Oliver aquí. ¿Quería verme? —hizo un gesto de impaciencia—. Claro, si no ¿para qué iba a haber venido…?

—Tú sabrás —no quería hablar de Oliver en aquel momento—. En cualquier caso, Sophie lo ha acaparado en cuanto lo ha visto.

—¿Sophie? Maldita sea, ¿por qué no me lo has dicho? Tenía que aparecer hoy…

—¿Qué más da? —Grace no entendía nada—. Tú me dijiste que ibas a verlo hoy y yo he dado por supuesto que habías organizado la visita.

—No. Fui a su oficina esta tarde.

Tom miró su reloj y Grace decidió que era el momento de batirse en retirada.

—Hasta mañana —decidió que iría al cine después de tomar algo con Cindy. No quería ser el paño de lágrimas de Tom cuando volviera a casa y él hubiera discutido con Sophie—. No me esperes levantado.

—¿Tienes que quedar hoy con esa mujer? He tenido un día espantoso y lo que me faltaba era soportar las quejas de Sophie. Vamos, Grace, tú la conoces. Va a intentar llevarse su dinero y no puedo soportar saber que puede hundir la empresa.

—Seguro que no es tan grave —Grace suspiró.

—Sí es tan grave. Ojalá no la hubiera animado a que invirtiera.

—Pero lo hiciste —se le ocurrió algo y frunció el ceño —. ¿Por eso querías ver a Oliver hoy? ¿Seguro que no esperas que te saque del atolladero?

—No —lo dijo con mucha firmeza, pero se encogió de hombros porque sabía que no podía engañarla—. De acuerdo. Quizá haya albergado la esperanza de que me ayudara. Es mi hermano, ¿no? Además, él puede permitírselo.

Grace se quedó boquiabierta.

—No lo dirás en serio… Oliver tiene todo los motivos del mundo

para no querer saber nada de ti.

—¿Por qué? ¿Por librarlo de esa arpía? Tendría que estarme agradecido.

—No creo que Oliver piense lo mismo.

Era verdad que al principio había mostrado interés por ella, pero su interés desapareció en cuanto se presentó su ex mujer. Era evidente que Sophie estaba dispuesta a reavivar su relación. Había sentido náuseas sólo de ver cómo se lo comía con los ojos.

—Lo hará. Conozco a Oliver. Esta empresa era de su padre. No querrá que se cierre. Piensa en la cantidad de gente que se quedaría sin trabajo.

—Entonces, ¿por qué no le pides ayuda a tu padre?

—Papá no tiene tanto dinero. Sophie invirtió mucho. ¿Cómo crees que pude comprar el solar de al lado?

Grace hizo una mueca.

—¿Crees que Oliver cubrirá su inversión? —le preguntó con incredulidad—. Tom, eso son castillos en el aire.

Él empezó a ir de un lado a otro.

—Tiene que hacerlo. Es una buena inversión.

—¿Se lo has dicho? ¿Has sido claro con él? ¿Ha venido a comprobar cómo van las cosas?

—No, no y no. No tuve la oportunidad. Me amenazó con echarme del edificio.

—¿Ese es el hombre que va a ayudarte? —Grace sacudió la cabeza —. Pon los pies en la tierra, Tom. Vas a tener que volver al banco.

—Ha venido por aquí, ¿no? Yo no se lo pedí.

—Por curiosidad —replicó Grace desalentadoramente—. Me dio la sensación de que tenía curiosidad, nada más.

—Bueno, mañana lo sabré —Tom dio un aire de optimismo a sus palabras—. Hemos quedado a comer en The Crown.

—Muy bien —Grace se dio la vuelta para marcharse—. Buena suerte con Sophie. Yo no la haría esperar mucho.

—¿No vas a cambiar de idea?

—No puedo. Lo siento —se detuvo un instante—. A lo mejor, si fueras amable con ella, rebajaba sus exigencias...

—Imposible. Quiere su bocado y está decidida a llevárselo —rodeó la mesa y se sentó en la butaca—. Acuérdate de mí cuando estés bebiendo vino con tu amiga.

Capítulo 3

TENGO que pedirte un favor. A la mañana siguiente, Tom acorraló a Grace en la cocina mientras ella desayunaba una taza de té.

—Tu dirás, pero date prisa porque esta mañana tengo que abrir yo.

—Ya lo sé —el tono de Tom era un poco cortante—. Yo hago los turnos, ¿no? Quiero que vengas a comer con Oliver y conmigo.

Grace se atragantó.

—Es una broma, ¿no?

—No —Tom se metió las manos en los bolsillos de la bata sin importarle que el cinturón estuviera bastante flojo y fuera la única prenda que llevaba puesta—. No estoy seguro de que se crea que Sophie y yo hemos roto, pero si me ve contigo...

—No —Grace estaba espantada y pensó que tenía que buscarse otro alojamiento—. No quiero participar en ningún trato que hagas con tu hermano. En cuanto a Sophie, estoy segura de que ella se ocupara de que Oliver se entere de todo.

—Ya me he dado cuenta de que no me has preguntado cómo me fue anoche.

—No es de mi incumbencia. Tengo que irme, son casi las ocho.

—Me ha dado un par de semanas —siguió Tom como si no la hubiese oído—. Tiene tanto interés como yo en que Oliver participe. De esa manera, ella recuperara el dinero y seguramente a su ex marido.

—No me interesa —Grace fue hacia la puerta—. Hasta luego.

—Piensa en lo de la comida. Creía que querías salvar la empresa tanto como yo.

Eso fue un golpe bajo.

—¿Por qué crees que mi presencia servirá de algo?

—Ya te lo he dicho —Tom se animó—. Si nos ve juntos, pensará que hay algo entre nosotros...

—¡Pero no lo hay!

—Él no tiene por qué saberlo —lo dijo con un gesto que Grace aborrecía.

Él estaba convencido de que la atraía. Estaba muy seguro de su atractivo sexual.

—Lo pensaré.

Decidió que lo resolvería más tarde, pero el problema era que estaba tentada de aceptar la invitación. Podría ser la única oportunidad de volver a ver a Oliver.

Casi todo el trabajo de Grace era de oficina. Sus conocimientos de informática y su título de Matemáticas le habían permitido

reorganizar las cuentas de la empresa.

Sus compañeros, una jovencita que hacía el trabajo de secretaria y un hombre mayor que llevaba allí desde los tiempos del padre de Tom, empezaban a aceptarla. Pensó que, si la persecución de Tom se hacía insoportable, tendría que marcharse y lo sentiría.

Hubo mucho trabajo. La empresa había crecido muy deprisa y en esa época del año tenían que importar parte de sus productos.

Tom apareció alrededor de las nueve, vestido con un impecable traje azul marino y una inmaculada camisa blanca. Evidentemente, lo hacía por Oliver, pensó Grace mientras se miraba los vaqueros y la camiseta de algodón. Si decidía acompañar a Tom, tendría que ir a casa para cambiarse. The Crown no era un sitio muy elegante, pero tampoco era la cafetería del centro de jardinería.

—Estaré en el solar nuevo, por si alguien me necesita —dijo Tom.

—¿Necesitas compañía? —le preguntó con una sonrisa y tono provocativo Gina Robb.

Tom también sonrió. Le encantaba que las mujeres demostraran su atracción hacia él.

—No trabajaríamos mucho...

Grace no separaba los ojos de la pantalla del ordenador.

—¿Que tal todo, Grace? —le preguntó Tom como si hubiese captado su distanciamiento.

—Bien —le contestó con tono tranquilizador.

—¿Has pensado lo de la comida?

Grace apretó los dientes. Ese era el tipo de comentario que Gina estaba deseando oír.

—La verdad es que no —miró a Tom—. ¿Por qué no llevas a Gina?

—Ah, lo siento, Gina —pareció sentirlo sinceramente aunque no dejó de mirar a Grace—. Grace es el genio de las finanzas y la necesito.

Gina miró a Grace con rencor. ¿Por qué Tom no se quedaría callado?

—Ya hablaremos luego, Grace.

En ese momento, comprendió que tendría que acompañarlo. Si no lo hacía, ofendería a Gina y no quería socavar la autoridad de Tom.

A la hora del café, tomó prestado el coche de Tom y fue a cambiarse. Lo aparcó delante de la casa de campo que Tom había comprado cuando estaba con Sophie y entró corriendo. Si se daba prisa, podría volver antes de que la echaran de menos.

Grace miró su escaso guardarropa sin saber qué ponerse. No tenía nada intermedio entre los vaqueros y los dos trajes de noche. Casi toda su ropa seguía en Londres, en casa de sus padres. No se le había ocurrido que en ese trabajo pudiera necesitar trajes de chaqueta.

Acabó decidiéndose por un jersey negro de pico y unos pantalones

claros de algodón. Si se ponía unas botas, cubriría el expediente. Se quitó la camiseta y los vaqueros y se miró las caderas con el ceño fruncido. Estaba convencida de que tenía el trasero más grande del mundo. Miró el reloj y decidió que le daba tiempo de darse una ducha.

Estaba secándose cuando oyó a alguien. Se cubrió con la toalla. Tayford era un sitio seguro, pero había vivido en Londres y Nueva York y se le había quedado cierto miedo metido en el cuerpo. Pensó que no había echado el pestillo a la puerta de la calle, pero un ladrón habría visto el coche en la puerta.

Fue a su dormitorio. Su ropa seguía tirada encima de la cama. Quería ponerse las bragas y el sujetador limpios que había sacado del cajón, pero temía quitarse la toalla. Se sentía absurdamente vulnerable cuando no tenía ropa y estaba pensando en vestirse en el cuarto de baño cuando oyó unos pasos en el rellano de la escalera.

Se le paró el pulso. ¿Sería la señora Reynolds, la asistenta de Tom? No solía ir los viernes, pero a lo mejor se lo había pedido Tom.

Sólo había una forma de saberlo. Entreabrió la puerta y dio un respingo al ver a Tom, que la miraba con satisfacción evidente.

—Ah, estás aquí...

Estaba claro que el encuentro no era casual. Seguramente, habría ido a la oficina y habría visto que no estaban ni ella ni el coche.

Grace sintió que el miedo daba paso a la ira.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi casa —contestó él con una sonrisa que quería ser seductora—. Vamos, Grace, no seas así. Tengo derecho a venir a mi casa, ¿no?

Grace apretó los labios. La verdad era que tenía razón.

—Perdona —se disculpó secamente—. Me he asustado al oír que había alguien en la casa. ¿Te has olvidado algo?

—He pensado que también podía darme una ducha.

Grace volvió a sentirse contrariada.

—Ya te has duchado esta mañana...

—Hay mucho polvo en el solar. No quiero llegar oliendo a cemento.

—Muy bien. Nos veremos en la oficina.

Grace volvió a entrar en su cuarto.

—Podemos ir juntos en el coche —le propuso él mientras Grace cerraba la puerta.

Ella no contestó. Tardó exactamente cuatro minutos en vestirse y no recuperó la respiración hasta que estaba abrochándose el cinturón. Sabía que era ridículo. Llevaba algún tiempo durmiendo en esa casa y Tom no había intentado nada. Además, era verdad que en el solar había mucho polvo y suciedad.

Tardó un poco más con el pelo. No se lo lavó, pero volvió a cepillárselo y a hacerse la trenza. Satisfecha, se guardó el maquillaje en el bolso y salió del cuarto.

Estaba bajando las escaleras a toda velocidad cuando llamaron a la puerta. ¿Quién sería? Ella quería llegar a la oficina antes que Tom. Pensó la forma de deshacerse del vendedor que fuera, abrió la puerta y sintió un vacío absoluto en el estómago.

No sabía por qué Oliver Ferreira le producía ese efecto. Tampoco había mostrado un interés especial en ella. Aun así, tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse al ver aquella cara delgada y morena y ese cuerpo musculoso. La sensualidad abrumadora se completaba con una camisa azul y un traje azul oscuro y sintió el deseo de tocarlo para comprobar que era real. Lo era, se lo dijeron los ojos negros que la miraban de una forma perturbadora. Pensó que era más atractivo de lo que recordaba.

—Grace... —el tono era de sorpresa evidente.

A ella la halagó que se acordara de su nombre, pero el ceño fruncido no era nada halagüeño. Ella supo al instante lo que él estaba pensando y dio gracias Dios de que no hubiera llegado cuando estaba medio vestida.

—Hola —le fastidió su tono casi jadeante—. Mmm... ¿has venido del centro de jardinería?

—La verdad es que he venido a buscar a Tom.

Miró por encima de ella hacia las escaleras de la casa.

—Y lo has encontrado —afirmó Tom por encima del hombro de Grace mientras bajaba las escaleras cubierto por una toalla—. Entra, Oliver. ¿Te ha dicho Bill que estábamos aquí?

Grace se sentó en un taburete de la barra y dio un sorbo del té helado. Tom y Oliver estaban al lado con un vaso en la mano. Tom tomaba cerveza y Oliver tomaba una bebida sin alcohol que casi no había probado y que ella estaba segura que había aceptado por educación.

A Grace le habría encantado pedir un ron con Coca Cola para levantar el ánimo. El día había ido de mal en peor desde que dijo a Tom que llevara a Gina. En ese momento estaba en The Crown y sólo quería que se la tragara la tierra. Oliver apenas le había dirigido la palabra desde la teatral aparición de Tom. No le extrañaba. Era bochornoso sólo pensar las implicaciones que tenía que los encontrara a los dos en casa un día laborable a media mañana. Aparte de que Tom se refiriera a ellos en plural.

Se sentía humillada. Oliver seguramente no sabía que ella todavía vivía en casa de Tom. Aunque a Sophie le habría encantado contárselo.

Quizá lo hubiera hecho. Quizá estuviera engañándose al creer que

Oliver se había quedado atónito al verla. Además, ¿qué le importaba a ella? Estaba segura de que no le habría faltado compañía femenina desde que Sophie lo dejara.

Parecía como si Tom y Oliver hablaran del tiempo, aunque fuera ridículo. ¿Cuándo iría Tom al grano? Si ella fuera Oliver, no se creería al aire de buena persona de Tom.

—Tiene la mesa preparada, señor Ferreira.

La camarera apareció justo cuando Grace estaba pensando en una excusa para marcharse. Apuró la copa y Oliver dejó su vaso intacto en la barra y la ayudó a bajarse del taburete. Por un instante, sus dedos fríos la agarraron del brazo y ella le clavó la mirada en los ojos, pero él no la miraba ni seguramente había sentido la oleada de calor abrasador que había sentido ella.

El comedor estaba tranquilo. Todavía era pronto, pero Oliver había dejado muy claro que quería acabar con aquella reunión. Grace supuso que por eso había ido a la casa. Quizá hubiera pensado que podía evitar la reunión en un sitio público.

Fuera como fuese, Tom no lo había permitido y había insistido en que Oliver fuera a ver lo bien que marchaba el negocio. Después, Oliver se había llevado a Tom en su coche mientras Grace llevaba el Volvo.

Sin embargo, no había sido una mañana ideal. Oliver se reencontró con la gente que llevaba trabajando allí desde que lo dirigía su padre y Tom había hecho todo lo posible para disimular que estaban cerca de la ruina. Grace intentó concentrarse en la página web que estaba diseñando.

Estaban sentados en una mesa junto a la ventana. Grace no tenía hambre y sólo de pensar en comida se le revolvía el estómago. No podía mirar a Tom sin recordar su intento de engañar a su hermano.

—¿Qué vas a tomar? —Tom se inclinó hacia ella para mirar la carta por encima de su hombro—. El pastel de carne y riñones está bueno. O el costillar de cordero...

Grace tuvo que hacer un esfuerzo para no separarse de Tom.

—Sólo quiero una ensalada. Estoy acostumbrada a comer un sandwich.

—Motivo de más para aprovechar la situación —la animó Tom—. Vamos, la empresa puede permitírselo —se detuvo un instante—. Bueno, podría si la mujer de Oliver no quisiera arruinarme.

Grace miró a Oliver con ojos de espanto, pero él siguió mirando la carta y no dijo ni siquiera que Sophie era su ex mujer.

—Yo tomaré una hamburguesa —comentó Oliver.

Su mirada se cruzó brevemente con la de Grace, pero no había la más mínima calidez. Sólo había un desprecio desdeñoso que la dejó helada.

—Pero, bueno, ¿nadie va a tomar un entrante? —se quejó Tom—. Se supone que es una reunión social y os comportáis como si estuvierais en un sitio de comida rápida.

—Quizá fuera el sitio adecuado si estás insinuando que estás al borde de la ruina.

—La empresa no está al borde de la ruina —le replicó Tom con ira —. Lo sabes. Si miras los libros…

—¿Han decidido lo que van a tomar?

La camarera estaba detrás de ellos con la libreta en alto. Grace pidió una ensalada de jamón y Oliver una hamburguesa. Tom tuvo que pedir algo parecido por deferencia hacia sus invitados.

—¿Quieren beber algo?

Tom miró a Grace y Oliver.

—Una botella de agua con gas, Stacey —hizo una mueca sarcástica —. Tenemos que mantenernos despejados para trabajar.

Grace no entendía por qué había aceptado ir. Tampoco sabía por qué Tom quería que estuviera allí cuando, evidentemente, su hermano no apreciaba su presencia.

—¿Sabes cuándo vienen papá y mamá? —preguntó Oliver para romper el silencio.

—Papá no puede ayudarme, si era lo que estabas pensando. Ha hecho algunas inversiones bastante malas últimamente. Ya sabes cómo ha estado la Bolsa. Lo último que oí fue que estaba pensando en vender la villa de San Luis y comprarse un apartamento en un complejo de vacaciones.

Oliver frunció el ceño.

—No estás diciéndolo en serio, ¿verdad?

—¿Por qué? Mucha gente mayor lo hace.

—Papá no lo soportaría. Lo que le gusta de la villa es que tiene terreno. Es jardinero, Tom, no un holgazán de playa.

Tom se encogió de hombros.

—No es mi problema.

Oliver lo miró fijamente.

—¡Es tu padre!

—Y tú eres mi hermano y no me ha servido de mucho.

—¿Quieres decir que es culpa mía? —le preguntó Oliver con los ojos entrecerrados.

Tom bajó la cabeza.

—No —farfulló—. Pero debiste haberme advertido de cómo es Sophie. Maldita sea, tenías que haber sabido cómo era.

Grace no sabía hacia dónde mirar. Era improcedente que ella estuviera en una reunión familiar, pero era insoportable tener que escuchar a Tom airear los asuntos personales de su hermano.

Pensara lo que pensase y sintiera lo que sintiese, Oliver había

estado casado seis años con Sophie y, a juzgar por su comportamiento del día anterior, todavía le importaba.

Oliver miraba a su hermano con un gesto casi burlón.

—Quieres decir que tenía que haber advertido al hombre que se acostaba con mi mujer de que ella no era de fiar. ¿Te has olvidado de dónde sacó ella el dinero que invirtió en la empresa? ¿Crees que vendí mi casa porque no soportaba los recuerdos?

Tom se ruborizó y pareció más viejo.

—Tú tienes dinero —murmuró—. Yo, no.

—No podría permitírmelo —le dijo rotundamente a Tom—. Ella se llevó la mitad de todo lo que yo tenía. Tengo que vivir en un piso. Me enseñó a no volver a confiar en una mujer.

Tom resopló despectivamente y Grace cerró los ojos con la esperanza de que aquello hubiera sido el final de la conversación.

—No es un piso corriente —insistió Tom—. Ojalá yo pudiera vivir en esa zona.

Oliver endureció el gesto.

—Dónde viva es lo de menos —dijo mientras la camarera dejaba las hamburguesas y la ensalada—. Estoy seguro de que Grace está harta de oír nuestra discusión —miró el plato con aparente entusiasmo —. Mmm… tiene buena pinta.

Grace le dirigió una sonrisa de agradecimiento, pero no estaba segura de que él lo hubiera notado ni de que le hubiera importado. Esperaba con toda su alma que la comida mantuviera a Tom con la boca cerrada. Sin embargo, debería haberlo sabido.

—Entonces, estás decidido a no ayudarme —le preguntó Tom mientras lo señalaba con un dedo—. Espero que puedas dormir por la noche cuando la empresa se vaya al garete.

—No sigas —Oliver estaba cansado. Dirigió una mirada impaciente hacia Grace y no dudó en continuar—. Tú elegiste la vida que tienes. Yo no tengo la culpa si te ha salido mal.

Tom gruñó algo y apartó el plato bruscamente.

—Voy al baño. Habla con él, Grace, e intenta que comprenda que no soy el canalla que cree que soy.

Capítulo 4

¿POR qué habría ido al centro de jardinería a las diez y media y no directamente al pub? El motivo estaba sentado enfrente de él. Grace Lovell, cuya belleza y cuerpo escultural lo habían obsesionado en sueños.

Era impresionante. El jersey que llevaba resaltaba sus ojos verdes y su maravilloso pelo. Le gustaría ver el pelo suelto como un torrente cobrizo sobre la almohada. Su almohada, donde había reposado la cabeza la misma mujer a la que había amado Tom.

Borró ese pensamiento antes de que se formara del todo. Le gustaba Grace, efectivamente, pero no iba a hacer nada. Era evidente, como le había anticipado Sophie, que tenía un asunto con Tom.

—Lo siento —dijo ella repentinamente y Oliver se dio cuenta de que se refería a su hermano.

—Yo también lo siento —no era cuestión de reñir con ella porque su hermano fuera un majadero—. ¿Tom y tú soléis venir aquí a comer?

—No. Suelo tomar un sandwich en la cafetería. Me imagino que tú irás a comer con clientes constantemente.

—¡Que va! —le ofendió que pensara que se pasaba el día agasajando a los clientes—. Naturalmente, tengo que hacerlo a veces, pero no me paso la vida dándoles coba.

Ella lo miró y él se preguntó si sería consciente de lo provocativa que resultaba.

—No te imagino dándole coba a nadie.

Grace lo dijo casi con un hilo de voz y Oliver se excitó al comprender que estaba coqueteando con él. Se imaginó dándole otra cosa a ella mientras los ojos le recorrían los pechos que se marcaban en el ceñido jersey. Casi podía imaginarse su sabor y los pezones duros bajo su lengua. Tendría una piel suave y algo salada por la excitación. Aunque ella no podía estar tan excitada como él, se dijo mientras se tapaba el pantalón con la mano.

—No te pareces en nada a Tom —susurró ella repentinamente—. Él es más joven, ¿verdad? —observó la mirada cautelosa de Oliver—. Quizá por eso quiera competir.

—¿Quiere competir? —Oliver tenía curiosidad por saber a dónde llevaba todo aquello.

Quizá Tom la hubiera dejado para suavizarlo. Podía esperar cualquier cosa de él.

—Creo que sí —dejó de mirarlo y tomó un poco de ensalada—. Pero no puede y lo sabe. Tú tienes éxito y te envidia.

—¿De verdad? —el tono era burlón—. Supongo que por eso sedujo a mi mujer y la animó a que se divorciara.

—A lo mejor —sus mejillas se sonrojaron levemente—. Además, si pudo seducirla, quizá tu matrimonio estuviera teniendo problemas. Según he oído, tú nunca estabas cuando ella te necesitaba.

—Sophie tiene muchas necesidades.

No le importó cómo pudiera interpretarlo ella. Él sabía lo que quería decir y no iba a compartirlo con la última conquista de Tom.

—¿Tú, no?

—¿No, qué?

Oliver se preguntó qué más habría oído de el.

—Si estás diciéndome con rodeos que sabes que tuve un problema con la bebida, puedes decírmelo claramente. No me avergüenza reconocerlo. Cuando se rompió mi matrimonio, lo pasé muy mal una temporada.

Grace se puso colorada.

—No quería decir eso.

—Claro —se encogió de hombros. Ya había pasado mucho tiempo —. Estoy seguro de que estás de acuerdo con Sophie. Evidentemente, conoces muy bien a Tom.

Grace frunció el ceño.

—No conozco a Sophie, pero sí conozco a Tom. Tuvo la amabilidad de ofrecerme este trabajo aunque no estuviera titulada para hacerlo.

—Bien hecho, Tom... —Oliver estaba siendo muy ácido—. Evidentemente, tiene una personalidad mucho más atractiva que la mía.

—No lo dices en serio —lo miró a la defensiva—. Eres un hombre muy atractivo y lo sabes. Al menos, a mí me lo parece.

Oliver se quedó desconcertado, pero se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—Supongo que este es el motivo por el que Tom te ha traído. Se ha ido al baño para darte tiempo a que me hagas cambiar de opinión con tus dotes de persuasión.

—¡No! —Oliver pensó que o bien era una actriz consumada o estaba sinceramente espantada—. Él quería que pensaras que estamos juntos, para que comprendieras que no está interesado en tu ex mujer.

—Ya sé que no está interesado en mi exmujer.

Oliver la miró con escepticismo.

—De acuerdo. Entonces me he equivocado. Tambien puedo entender tu amargura. Sophie y tú habéis estado casados mucho tiempo.

Oliver sintió ira. No quería su comprensión. Sospechó que intentaba ganar terreno.

—No siento ninguna amargura. Como has dicho, seguramente los

dos cometimos errores.

—Vosotros... no tuvisteis hijos...

—No —hizo un gesto de tensión—. Supongo que es otro punto en mi contra.

—¿No querías tener familia?

—Me parece que eso es asunto mío, ¿no?

Grace bajó la cabeza y el cuello del jersey dejó un hombro al aire.

—A mí sí me gustaría tener hijos —dijo ella con un tono bajo e íntimo—. Ser hija única no es nada divertido, te lo aseguro.

Una vez más, Oliver se vio arrastrado por las imágenes que creaba ella. Podía imaginársela embarazada del hijo de Tom, aunque nadie sabía si sería un buen padre.

—Seguro que consigues lo que quieres —dijo Oliver mientras miraba con impaciencia hacia la puerta.

—¿Crees que volverás a casarte?

Estaba decidida a que hablara de él mismo.

—No si puedo evitarlo —no le importó que pareciera insensible—. Estoy pensando en seguir el ejemplo de mi hermano. ¿Para qué vas a comprarte un libro si puedes ir a una biblioteca?

—No lo harás —el gesto era tranquilo—. Ya te he dicho que no eres como tu hermano.

—Puedo serlo. No me conoces.

—Si lo fueras, no me habrías acusado de insinuarme. No estaba insinuándome —aclaró cansinamente—, pero si lo hubiera hecho, tú lo habrías aprovechado.

Oliver no podía evitar que tanta inocencia le intrigara.

—¿Quieres decir que tendría que haberme comportado como mi hermano y seducir a su novia? —sacudió la cabeza—. No soy tan predecible.

Ella entrecerró los ojos verdes.

—¿Por qué no? ¿No me encuentras atractiva?

Oliver contuvo la respuesta que iba a brotarle de los labios. No iba a darle esa alegría a Tom. Entonces, vio que su hermano se acercaba.

—¿Queréis café? —preguntó Oliver como si fuera lo único que le importara.

—¿Por qué no? —contestó su hermano mientras se sentaba y miraba a Grace—. No tenemos prisa, ¿verdad, cariño?

—A lo mejor tú no la tienes —la respuesta sorprendió a los dos hombres. Grace se levantó y agarró la chaqueta y el bolso—. Encantada de haber hablado con usted, señor Ferreira. Tom. Te veré en la oficina...

¿ Señor Ferreira... ?

Oliver estaba asimilándolo cuando Tom se levantó para quejarse y él pensó dónde se habría metido su hermano. Estaba seguro de que no

había sido en el cuarto de baño.

—No puedes hacerlo —exclamó Tom con un tono apasionado mientras Oliver también se levantaba—. No tienes medio de transporte.

—Tomaré un taxi.

Grace fue hacia la puerta y Oliver tuvo que quedarse cuando Tom volvió a dejarse caer en la silla.

Al final, Grace fue andando a la oficina. Lo prefería a quedarse en la puerta esperando a que la llevaran y correr el riesgo de que los hermanos volvieran a aparecer. Le habría encantado no volver a verlos, pero eso era una tontería. Nunca había hecho un ridículo tan grande y sólo quería encontrar un sitio seguro donde lamer sus heridas.

Se acordó de su metedura de pata. ¿Cómo había podido preguntarle si la encontraba atractiva? Había quedado lamentablemente patente lo que pensaba de ella y no era precisamente que fuera atractiva.

En cuanto a Tom, su comportamiento había sido reprobable. Oliver tenía que haber pensado que estaba comiendo con dos retrasados mentales.

Había más de kilómetro y medio hasta el centro de jardinería y, cuando llegó, le dolían los tobillos. Las botas de tacón alto no estaban pensadas para andar por caminos rurales.

Gina echó una ojeada cuando entró cojeando en la oficina, pero su expresión era tal, que hasta la jovencita se ahorró cualquier comentario. Fue hasta su mesa, se quitó las botas y sintió un alivio maravilloso. Ojalá todas sus penas se curaran tan fácilmente.

La enfurecía que Tom ya supiera que su hermano estaba convencido de que Sophie y él ya no estaban juntos. ¿Por qué se había empeñado en que lo acompañara? Tom quería que Oliver pensara que estaba interesada en él. No lo estaba ni lo había estado nunca. Aunque le gustó cuando lo conoció. Era divertido y había pensado que era como su padre, un hombre espontáneo y genial al que lo único que le gustaba era trabajar la tierra con sus manos.

Sin embargo, Tom no era como su padre. Para él, el centro de jardinería era un medio para alcanzar un fin. Quería triunfar como su hermano y, como no había tenido la capacidad para ir a la universidad, había mostrado cierto interés en la jardinería para que su padre le dejara el negocio.

Naturalmente, ella no lo sabía cuando le ofreció el trabajo. Estaba agradecida por la oportunidad que le había dado de dejar la enseñanza, pero sólo agradecida. No tenía interés en sustituir a Sophie. Había creído que no quería más hombres en su vida, hasta que conoció a Oliver.

Encendió el ordenador sin ganas. Sus experiencias con los hombres, que no eran muchas, no habían sido muy satisfactorias. ¿Por qué creía que Oliver era distinto a los demás hombres con los que había salido? Su belleza, se dijo Grace sin falsa modestia, le había causado más problemas que otra cosa.

Podía imaginarse cómo reaccionaría Tom si se enterara de que había estado coqueteando con su hermano. Aunque Oliver había dejado muy claro que no estaba interesado en ella.

Había conseguido decidir que no iba a preocuparse cuando Tom irrumpió en la oficina. Hacía una hora que Grace lo había dejado en The Crown y esperaba que el resto de la reunión hubiese sido más fructífera.

—Ven a mi despacho, Grace —le dijo con un tono que dejaba claro que no había sido así.

Hasta Gina la miró con compasión cuando tuvo que ponerse las botas otra vez. Intentó olvidarse de su propio resentimiento. Al fin y al cabo, ella no había querido ir a comer con ellos.

—Cierra la puerta.

Grace empujó la puerta, pero no la cerró del todo. Si iba a echarla, quería que Gina y Bill lo oyeran.

Tom estaba sentado en la butaca detrás de la mesa y la miraba con terquedad.

—¿Por qué te has largado de esa manera? Si te ofendió, le romperé el cuello.

—No —ella se quedó de pie—. Estuvo muy simpático y educado.

—Entonces, ¿no dijo nada que te ofendiera?

—No.

—¿Puedes explicarme por qué te fuiste del pub como alma que lleva el diablo?

—No lo hice —sabía que sí lo había hecho y que no valía la excusa de volver al trabajo—. Mmm, habías estado mucho tiempo fuera y Oliver y yo no teníamos nada que decirnos.

—Hablaríais de algo...

—Claro, al principio, pero ¿dónde demonios te metiste? No me digas que estuviste veinte minutos en el baño...

Le tocaba a Tom sentirse desconcertado.

—De acuerdo. Lo reconozco. Fui al bar. Ese desgraciado estaba disfrutando con mi humillación.

—No creo que sea verdad del todo. Te avisé de que sería increíble que Oliver te sacara del atolladero. Casi no has hablado con él en cuatro años.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Ya sabes cuál es mi opinión —se apoyó en la puerta hasta que se cerró—. Tú te has metido en este lío y tú tienes que salir. Vuelve a

hablar con Sophie y pídele más tiempo.

—Ya te he contado lo que me dijo anoche mientras tú estabas por ahí divirtiéndote.

A Grace no le parecía muy divertido cenar en un restaurante de comida rápida y ver una película mediocre, pero no le contradijo.

—Bueno, al menos tienes dos semanas. Seguro que después de vivir tanto tiempo juntos, todavía te aprecia.

—Sophie sólo se aprecia a sí misma. No le importa hacer daño si consigue lo que quiere. Sé que quiere recuperar a Oliver. Me daría lástima si él cayera en eso.

Capítulo 5

OLIVERpidió la cuenta al camarero y se preguntó por qué no había sido una noche tan agradable como había esperado.

Los ingredientes habían sido inmejorables: un restaurante íntimo con luz tenue y un cuarteto de jazz, buen vino, una comida deliciosa y la compañía de una mujer que le gustaba desde hacía seis meses y que, incluso, se había planteado que formara parte definitiva de su vida.

No había pensado en el matrimonio. Creía que Miranda y él se entendían y su relación se basaba en la amistad, la compatibilidad y el sexo. Era abogada mercantil. También era divorciada y congeniaron en un cóctel que había dado Andy Faulkner.

Sin embargo, la velada había sido agridulce. Había discutido con ella por una ópera que habían visto la semana anterior y también había pasado un buen rato dándole excusas para no ir a una exposición de Tumer, aunque ella había tenido la suerte de conseguir unas entradas.

Salieron al frío y la lluvia; un taxi estaba esperándolos. Oliver la ayudó a entrar y, aunque ella esperaba que también entrara, él se quedó fuera.

—Volveré andando a casa.

Sabía que así daba por terminada esa noche. Sabía que Miranda esperaba que la acompañara a casa y que pasara la noche con ella, pero ¿por qué no le apetecía?

—De acuerdo —replicó ella con un tono de disgusto.

—Te llamaré mañana —Oliver la besó ligeramente en los labios—. Buenas noches.

Había más de dos kilómetros hasta su casa, pero el paseo le sentaría bien. Quizá le ayudara a aclarar las ideas. No era por el vino, sólo había tomado media copa aunque lo pedía por Miranda, pero había algo que le desasosegaba.

Lo fácil sería culpar a Tom. No había conseguido nada con volver a ver a su hermano y enterarse de su ruptura con Sophie. Ya sabía por qué había ido a verlo y había dado tanta importancia a su separación de Sophie y al dinero que había invertido ella, pero lo que seguía rondándole por la cabeza era la comida de hacía tres días.

No había casi nadie en la calle y pensaba en dónde tendría que estar en ese momento, pero la verdad era que no le apetecía la compañía de Miranda cuando estaba acordándose de otra mujer, Grace Lovell.

Debía de estar loco, pero no había pensado en otra cosa desde

entonces. El fin de semana había sido algo mejor. Andy Faulkner lo había apuntado a un campeonato de golf el sábado, y el domingo había ido a la oficina para recoger la correspondencia y se había encontrado con algo de trabajo.

Miranda no se había quejado. Ella le dijo que estaba corrigiendo un escrito para un juicio y decidieron no verse hasta el lunes por la noche, pero él había estropeado la reunión y habría merecido que ella se buscara otra persona.

Lo más increíble era que la idea no le molestaba demasiado. Hacía una semana se había planteado decirle a Miranda que se fuera a vivir con él y en ese momento estaba pensado fríamente en la ruptura. Se dijo que eso era imposible. Echaría mucho de menos a Miranda. Aunque la verdad era que estaba pensando en la ruptura sin ningún apasionamiento. Quizá no fuera capaz de comprometerse. Sophie había pensado que no era un hombre con el que vivir.

Sin embargo, no estaba desasosegado por Sophie. Se preguntaba qué había querido Grace al preguntarle si la encontraba atractiva. ¿No se conformaba con un hombre? Ella tenía que saber perfectamente que la encontraba atractiva. Incluso se había preguntado cómo sería acostarse con ella. Aunque no pensaba hacer nada por comprobarlo.

No obstante, le había fastidiado verlos juntos en la casa. ¿Desde cuándo encontrarían tiempo para darse un revolcón en horas de trabajo? Al parecer Sophie tenía razón cuando decía que estaban liados. Aunque, hasta el viernes por la mañana, él había esperado que no fuera verdad.

Se acordó de la irritación que sintió cuando Grace le abrió la puerta. No hacía falta ser adivino para saber lo que habían estado haciendo. Todos habían sido muy civilizados. Tom había desaparecido para vestirse y Grace le había ofrecido una taza de café, que él rechazó. Sólo había querido salir de aquella casa. Era la casa a donde Tom se había llevado a su ex mujer.

Se paró para ver el nuevo proyecto de Vicker's Wharf. De noche, el muelle resplandecía y los lujosos pisos que daban al río parecían cosmopolitas y un poco fuera de lugar. Donde estuvieron los almacenes, en ese momento ya había un centro de ocio. Su apartamento en Myer se había librado y alrededor todavía había negocios que luchaban por sobrevivir en la zona del muelle. Entró en el edificio y se montó en el ascensor industrial. Era el único piso habitado, pero le gustaba la sensación de aislamiento. Aunque esa noche estaba intranquilo. Pasó al enorme espacio que le servía de salón y cocina y fue hasta los ventanales que iban desde el techo hasta el suelo. El río avanzaba penosamente entre la oscuridad. Pensó que a él le pasaba lo mismo. ¿Acaso no había aprendido nada en treinta y cuatro años?

Naturalmente, cuando Tom fue a verlo, él sospechó que algo iba mal, pero su hermano le convenció de que el centro de jardinería iba muy bien, como así era. Sin embargo, aunque él sabía que Sophie había invertido en el negocio, nunca habría sospechado que Tom le hubiera permitido meter todo su capital. Que se hubieran separado habría dado igual en circunstancias normales, pero era normal que Sophie necesitara algo de dinero para tener su propio piso.

Sin embargo, le parecía que las exigencias de Sophie tenían algo de venganza. ¿Y por qué no? Tenía que sentirse ofendida de que Tom la hubiera sustituido por otra. Él no se había tragado toda esa historia de que lamentaba haberlo dejado, pero Sophie siempre había hecho lo que había querido y tenía que estar muy furiosa porque esa vez la hubieran dejado a ella.

Apretó los dientes. A él también le había enfurecido. Que Tom hubiera llevado a Grace a la comida había sido un intento de demostrarle que no tenía secretos para ella, pero lo que le sacaba de quicio era que la hubiera dejado en la mesa para que lo ablandara. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para conseguir la inversión que necesitaba? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar ella?

Oliver se dio la vuelta para alejar esa idea de la cabeza. ¿Estaba pensando en dar el dinero a Tom a cambio de algo?

¡No!

Fue a la cocina, abrió la nevera y sacó un refresco. La luz del interior le iluminó y se vio reflejado en la puerta del horno. Parecía apenado e insatisfecho y eso era lamentable.

Se despertó a las seis empapado de sudor. Había estado soñando y era fácil saber qué había soñado. Se pasó las manos por el pelo mojado y notó las punzadas de impotencia en las entrañas. También notó la erección que había provocado su subconsciente. Todavía podía verla debajo de él acariciándolo con sus delicadas manos.

Se levantó, quitó la ropa de cama y la dejó en la cesta de la ropa sucia. La calefacción todavía no calentaba mucho y notó frío. Se puso el albornoz y fue a la cocina.

Preparó una cafetera y se apoyó contra la encimera. Le dolían los hombros y le escocían los ojos.

Todo era culpa de Tom. Necesitaba un chivo expiatorio. Si no hubiera aparecido en su despacho, él tampoco habría ido al centro de jardinería. Si no hubiera ido al centro de jardinería, seguramente nunca se habría fijado en Grace Lovell ni estaría anhelando a una mujer que hacía que las trasgresiones de Sophie parecieran perdonables. Sophie había sido débil y egoísta; Grace era fuerte y decidida. Estaba preparada para hacer lo que hiciera falta con tal de conseguir lo que quería.

Sabía que eso era una simplificación de la situación. Se había

sentido atraído por Grace al instante y sólo había sido culpa suya. Quizá si Tom no hubiera aparecido, no la habría conocido, pero él no tenía la culpa de esos sueños eróticos. Si Tom sospechara lo que estaba pensando, le arrancaría la cabeza. ¿Lo haría? Oliver no sabía qué pensaba Tom de su amante. Le había dejado claro que se acostaba con ella, pero no sabía nada más. ¿Estaba enamorado? Su hermano siempre se había convencido de que estaba enamorado de una larga lista de mujeres, la última, su ex mujer. Oliver creía que el enamoramiento era una fantasía para engañarse a uno mismo. Él había creído estar enamorado de Sophie, pero con el tiempo había comprobado que el sexo había sido lo que le había fascinado de ella. Ella se había negado a acostarse con él hasta que se casaran y eso había sido un incentivo muy poderoso. Él había sido tan tonto de creer que todos los problemas se acabarían cuando tuviera el anillo en el dedo anular.

Naturalmente, no había sido así. Ella era virgen, no le había mentido en eso, pero pronto comprobó que tampoco le había costado mucho negarse ese placer. Aunque él se convenció de que lo más importante era que se quisieran. Él tenía veinticuatro años. ¿Qué sabía de la vida?

En ese momento estaba convencido de que él, a su manera, había sido tan virgen como ella, aunque por motivos distintos.

Durante seis años. Tuvo un despertar muy brusco. La aventura de Sophie con Tom le robó durante un tiempo toda la confianza que tenía en sí mismo y le hundió en la autocompasión. Cuando salió de Abbey, era más sabio y más cínico.

Aun así, tardó cuatro años en darse cuenta de que lo que sentía por Sophie era más una ilusión que una realidad. Ni siquiera el asunto con Miranda le había borrado completamente la imagen de Sophie. Tuvo que conocer a Grace y hablar con ella para darse cuenta de que su matrimonio estaba enterrado.

Quizá Tom se mereciera cierto agradecimiento. Le había librado de Sophie y, si estaba descubriendo que no era el impulso financiero que había imaginado, él no tenía la culpa.

Aun así, tampoco le gustaría ver en la ruina la empresa de su padre. Dio un sorbo de café.

Fue al salón con la taza en la mano y reconoció que haría cualquier cosa por resolver los problemas de su padre, incluso impedir que vendiera la villa de España, que había sido el sueño de toda su vida. Sabía que su padre era suficientemente quijotesco como para arruinarse para sacar del apuro a su hijo pequeño, pero Oliver no podía permitirlo. Al menos si podía ofrecer una alternativa. Fue hasta los ventanales con las manos en los bolsillos y se acordó del último extracto que le había mandado su administrador. Podía hacer

efectivos unos fondos para garantizar la continuidad de la empresa y de la villa si él se lo permitía. Quizá tuviera que ir a España para visitar a su padre. Sólo había ido una vez a ver la villa. Siempre había alegado motivos de trabajo, pero la verdad era que quería evitar la compasión de su madre.

Suponía que para su madre había tenido que ser muy complicado no tomar partido y él no había hecho mucho para tranquilizarla. Ya era hora de decirle cómo se encontraba y que había salido adelante.

Capítulo 6

GRACE le dio las gracias a la mujer que le había enseñado el apartamento de una habitación. Estaba en una de las zonas más pobres del pueblo y rodeado de pubs, por lo que no sería muy tranquilo.

Sin embargo, tenía que irse de casa de Tom, aunque tuviera que irse a Newcastle. Tenía un coche muy viejo y podía desplazarse. Además, no había nada aceptable en Tayford que no supusiera una discusión con Tom.

Empezaba a desanimarse. Había poco donde elegir dentro de su presupuesto. Si los padres de Tom estuvieran en su casa, podría vivir con ellos. La señora Ferreira lo entendería toda vez que Sophie se había marchado.

Se montó en el Mini. Le quedaba una dirección, pero no tenía ganas de ir. Eran casi las ocho y Tom estaría preguntándose dónde estaba. La excusa de ir al gimnasio empezaba a resultar manida.

Para su alivio, Tom no estaba cuando entró en casa. Una nota en la nevera le decía que estaba cenando con el director de su banco y que llegaría tarde.

El teléfono sonó mientras miraba dentro de la nevera para ver qué cenaba. Agarró el auricular y lo sujetó con el hombro mientras sacaba unos huevos y un poco de queso.

—Dígame —se preparó para que preguntaran por Tom, pero casi se desmaya cuando oyó una voz ligeramente conocida que preguntaba por ella..

Era Oliver. Aquella voz profunda y atractiva era inconfundible. Dejó los huevos y el queso para manejar mejor el auricular.

—Hola —replicó ella con la esperanza de que pareciera tranquila —. Mmm... Me temo que Tom no está en casa.

—¿No...? —Grace tuvo la sensación de que él ya lo sabía—. Es una pena.

—Puedo dejarle una nota para que te llame.

—No hace falta. Ya hablaré con él en otro momento —se hizo un silencio algo embarazoso—. ¿Te ha dejado sola?

—Yo no lo diría así —contestó ella molesta por el tono burlón de Tom—. Sí, estoy sola, pero me gusta.

—Es una pena —Tom suspiró—. Iba a invitarte a cenar conmigo si no has cenado todavía.

Grace se quedó sin respiración.

—Yo... La verdad es que no he cenado todavía.

—¿Quieres decir que aceptas mi invitación?

—¿Por qué quieres cenar conmigo?

—Quizá quiera corroborar la atracción que siento por ti.

Grace se sintió avergonzada por el recuerdo de lo que ella le había dicho la última vez que se vieron.

—No... lo creo —consiguió balbucir.

—¿Qué es lo que no crees? Que me atraes o que aceptas mi invitación.

Grace tragó saliva.

—Las dos cosas... supongo.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, pero gracias por la invitación.

Colgó sin esperar a que él dijera algo. Se encontró temblando y guardó los huevos y el queso en la nevera, a pesar del hambre que tenía. Se conformaría con un sandwich porque se le habían quitado las ganas de cocinar.

Estaba quitando el envoltorio cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir un poco enfadada y molesta. Sólo se le ocurría que pudiera ser Sophie, pero ella tenía llave...

—¡Oliver!

La palabra le salió de los labios casi en contra de su voluntad. Parpadeó. No hacía ni cinco minutos que había colgado el teléfono.

Allí estaba. Con una camisa negra, unos vaqueros negros y un chaleco negro de cuero. Parecía extranjero, pero ella sabía que era por su sangre española.

—No deberías abrir la puerta sin comprobar quién es. ¿O acaso estabas esperando a alguien?

—Creo que eso es asunto mío, ¿no?

Oliver esbozó una sonrisa.

—Lo tomaré como una negativa —puso una bota en un escalón más bajo—. ¿Puedo entrar?

Una voz en su interior le contestó que no, pero Grace apretó bien los labios.

—Si te apetece...

Grace se dio la vuelta y entró en el vestíbulo.

Sabía que él la seguía, aunque el ruido de la puerta al cerrarse podía haber significado cualquier cosa. Sin embargo, lo percibía con cada célula de su cuerpo. Si no fuera tan grande, tan oscuro y tan perturbador... Pero, ¿qué estaba haciendo allí?

Se quedó parada en el centro de la cocina sin poder acordarse de lo que iba a hacer cuando él llamó a la puerta. Hasta que vio el sandwich.

El se apoyó en el marco de la puerta y la miró intensamente.

—¿Qué estás haciendo?

Grace se encogió de hombros y deseó haber llevado algo un poco

más atractivo que unos vaqueros y una camiseta. Era verdad que los vaqueros tenían la cinturilla muy baja y la camiseta permitía ver el tatuaje de una rosa que se había hecho en un momento de debilidad que había lamentado desde entonces, pero no era lo que se habría puesto si hubiera podido elegir.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? ¿Qué quieres?

—Parece que vas a tomarte un sandwich —contestó sólo a la primera pregunta—. Creo que debería sentirme ofendido. Prefieres un sandwich de queso que cenar conmigo...

Grace resopló.

—¿A qué has venido, Oliver? ¿Dónde estabas cuando me llamaste? ¿En el pub?

—Estaba dentro del coche delante de la casa. Pensé que sería mejor llamar antes de presentarme.

—¿Por qué? —Grace lo miró fugazmente—. Es evidente que estabas dispuesto a entrar.

—Bueno, sí —reconoció—, pero no me gusta que me cuelguen, ¿a ti?

Grace negó con la cabeza.

—No te he colgado —aseguró aunque sabía que sí lo había hecho —. En cualquier caso, como ya te he dicho, Tom no está aquí.

—Lo sé. Lo sabía antes de llamarte.

—¿Por qué lo sabías? ¿Has hablado con él?

—No —Oliver vaciló un segundo—. El director de su banco es amigo mío.

Grace frunció el ceño.

—¿Le has organizado la cita?

—No —Oliver suspiró—. George Green me dijo **que** había quedado a cenar con Tom.

—¿Por qué iba a decirte eso? ¿Acaso no son secretos los asuntos con los clientes?

Oliver hizo un ruido de impaciencia.

—No ha traicionado ninguna confianza. Los dos hemos estado en una reunión y me ha comentado que iba a cenar con Tom.

—Entonces, cuando llamaste antes, ya sabías que Tom no estaba...

—Eso parece.

Grace dejó el envoltorio del sandwich y cerró los puños.

—Entonces, ¿por qué fingiste?

—Si no recuerdo mal, tú me dijiste que no estaba antes de que yo pudiera decir nada. Yo seguí el juego.

—¿Para qué llamaste?

—¿Hace falta que lo preguntes? —Oliver se separó de la puerta—. Quería volver a verte. Según mis condiciones, no las de Tom.

A Grace se le secó la boca cuando lo vio acercarse lenta, pero

inexorablemente.

—Creo que deberías marcharte.

Sin embargo, Tom la había agarrado de la muñeca y se había llevado la mano a los labios.

—No lo dices en serio —le recorría el dorso de la mano con la punta de la lengua y le daba ligeros mordiscos en la piel—. Muy vulnerable... —susurró—. No me digas que no quieres saber adonde lleva esto. Grace tenía la sensación de que lo sabía perfectamente. Era difícil pensar en otra cosa y tenía los sentidos abrumados por su proximidad y el aroma a hombre. Debería haberse asustado porque la dominara tan fácilmente, pero no lo hizo. Aunque no podía negar que su magnetismo le resultaba irresistible.

Notó que una gota de sudor le bajaba entre los pechos y le mojaba el sujetador. Ella sabía que él no podía verla, pero tenía la sensación de que sí la veía. Oliver tenía la cabeza inclinada sobre la muñeca, pero la levantó al notar el estremecimiento de Grace. Unos ojos que parecían completamente mates la miraron fijamente y esbozó una sonrisa muy sensual que le suavizó el gesto.

—¿Tienes frío? —Oliver arqueó las cejas y ella negó con la cabeza —. Eso me parecía... —le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. ¿Sigues queriendo que me vaya?

Grace parpadeó.

—¿Lo harías si te lo pidiera?

Oliver hizo una mueca con los labios.

—No, pero no has contestado a mi pregunta.

Grace tragó saliva

—¿Qué quieres de mí, Oliver? ¿Quieres poner celoso a tu hermano?

—No —se le oscureció la mirada—. No sería tan burdo —le acarició la mejilla y pasó el pulgar por los labios—. Ya sé que no necesitas que te diga que eres muy hermosa, pero lo eres. Tanto que hace daño.

Grace movió la cara para apartarse de los dedos de Oliver.

—No necesito halagos innecesarios —el tono era un poco áspero—. Sólo quiero saber por qué estás haciendo esto.

—¿No te parece evidente? —la agarró del desnudo vientre y la atrajo contra sí hasta que los cuerpos entraron en contacto—. ¿Esto te dice algo?

A Grace la flaquearon las piernas y notó una punzada desconocida en la boca del estómago. Él separó las piernas para que se acomodara entre ellas y notará claramente la erección.

Antes de que pudiera asimilarlo, Oliver se había inclinado para besarla en los labios delicada, pero insistentemente. Dejó escapar el aire que estaba reteniendo, él siguió provocándola y ella se estrechó

contra él hasta aplastar los pechos contra su duro cuerpo. Era un beso distinto a cualquier otro que hubiera conocido. No era apremiante, pero le pareció que se derretía entera cuando le mordió el labio inferior.

Casi ni notaba que sus manos se deslizaban por sus caderas hasta alcanzar el trasero. Cuando empezó a acariciarla con las puntas de los dedos, ella se aferró a él. Notaba una poderosa y rítmica pulsación en la húmeda hendidura que él casi ni había rozado y Oliver profundizó el beso como si supiera exactamente lo que ella estaba sintiendo.

Sintió vértigo. Dejó escapar un leve gruñido, entre queja y provocación, la sangre era como lava ardiendo en sus venas. Lo último que pensó antes de caer en una semiinconsciencia fue que estaba seduciéndola con la boca. Utilizaba la lengua para imitar lo que quería hacer con otra parte del cuerpo y, cuando frotaba sus caderas contra las de ella, se sentía invadida por un ardor húmedo y sexual.

—Te deseo —la apoyó contra el mueble que tenía detrás y ella se quedó agarrándolo de los costados mientras él seguía besándola en la boca, en las mejillas y en la delicada curva del cuello—. Te deseé la primera vez que te vi. Es un disparate, ¿verdad?

Grace se estremeció.

—No creo que sea un disparate —tragó saliva y torció el cuello para que él pudiera lamerlo más cómodamente—. Tú también me atrajiste, pero ya lo sabes.

—¿Sí? —pasó las manos por debajo de la camiseta y le acarició la parte inferior de los pechos—. Me parece que llevamos puesta demasiada ropa.

—A mí también —Grace apoyó las manos sobre la camisa de Oliver y notó los alterados latidos de su corazón.

—Vamos a desnudarnos —susurró Oliver mientras le pasaba le lengua por el pezón que se marcaba claramente en la camiseta y ella se estremecía—. Aquí, no —siguió él mientras se apartaba para que ella no le quitara el chaleco—. En casa de Tom, no —miró alrededor con disgusto—. No donde se tira a sus amigas.

Grace tuvo que hacer un esfuerzo para apoyarse en la encimera y sujetarse.

—Quieres decir… Sophie…

Grace pensó que él asociaría aquella casa con la traición de su ex mujer.

—Quien sea.

Sin embargo, antes de que ella pudiera preguntarle a quién se refería, oyeron un coche que entraba en el camino que llevaba a la casa.

—¡Es Tom! —exclamó ella mientras se colocaba bien la camiseta —. Ha vuelto pronto. Son las nueve.

—Quizá la reunión no haya salido tan bien como él esperaba —Oliver endureció el gesto—. Supongo que aquí es donde entro yo.

—¿Qué quieres decir?

Grace lo miró sin entenderlo mientras Tom giraba la llave. La puerta se abrió y volvió a cerrarse con un portazo. Grace, incapaz de quedarse quieta esperando, como Oliver, volvió a agarrar el cuchillo para abrir el envoltorio del sandwich.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Tom a Oliver desde el quicio de la puerta.

Los miró con recelo y Grace pensó que iba por mal camino si quería conseguir ayuda económica.

—Yo también me alegro de verte… —le contestó Oliver.

—Bueno… —Tom apretó la mandíbula, pero Grace se dio cuenta de que se le había disipado casi toda la ira—. He tenido una tarde espantosa.

—Y encontrarme aquí no ha ayudado a mejorarla, ¿no? En fin, no es culpa mía si estás metido en un lío.

—Ya lo sé. No hace falta que te regodees. Además, no me has dicho qué haces aquí. ¿Has cambiado de opinión?

—Eso quisieras tú —el tono de Oliver era sarcástico—. No, la verdad es que yo sabía que estabas cenando con George Green y he llamado a la señorita Lovell para invitarla a cenar —hizo una mueca —. Ella no ha querido, aunque tampoco me ha extrañado.

Tom frunció las tupidas cejas, pero Grace, que se encontró con la enigmática mirada de Oliver, sintió un escalofrío al pensar que lo ocurrido no significaba nada para él.

—Ya, claro, Grace es muy exigente —estaba claro **que** había decidido que él tenía algo que ver y le pasó un brazo por los hombros —. ¿Has pasado bien la tarde, cariño? ¿Has ido al gimnasio?

A Grace le molestaba mucho que la tocara, pero prefería eso a que Oliver notara lo humillada que se sentía.

—Ha sido… interesante —se separó de Tom—. Creo que voy a darme una ducha, me siento… sucia.

—No lo hagas por mí —replicó Oliver bruscamente mientras ella dejaba el cuchillo y hacía el gesto de marcharse—. Hasta luego, Tom.

Oliver salió de la cocina antes de que pudieran decir cualquier cosa. Nada más oír la puerta que se cerraba, Tom se volvió hacia Grace.

—¿Qué es todo esto, Gracie? ¿A qué ha venido?

—Ya te lo ha dicho —se sentía furiosa porque habían vuelto a utilizarla—. Y no me llames Gracie, no me gusta nada.

Tom no hizo caso.

—¿Ha venido a invitarte a salir? ¡Qué cara más dura!

—¿Por qué? —Grace estaba bastante encendida—. Estoy libre y él

también.

Tom hizo una mueca burlona.

—Si yo fuera tú, procuraría que Sophie no me oyera decir eso. Todavía piensa que Oliver es propiedad suya. Incluso, cuando estaba conmigo, siempre lo tenía controlado para saber con quién se acostaba.

—No quiero seguir escuchando —a Grace se le encogía el estómago cuando decía que Oliver se acostaba con otras—. No estoy saliendo con él y me da igual que Sophie lo apruebe o no. Voy a darme una ducha, ¿de acuerdo?

Tom dudó, pero se cruzó en su camino.

—Me alegro de que hayas rechazado a Oliver. Tú y yo tenemos que terminar algo...

Grace se quedó boquiabierta.

—Tom...

—No. No digas nada. He pasado una tarde espantosa y no podría soportar otra negativa. Esta noche no podría. Green ha dicho que sólo me da una parte. ¿De dónde saco el resto?

Grace decidió que ya estaba bien. Había sido un error quedarse después de que se fuera Sophie y, si no tenía cuidado, iba a pagarlo con creces.

Quizá, si se marchara lejos unos días, Tom se daría cuenta de que tenía que resolver sus propios problemas. Aunque estaba decidida a irse a vivir por su cuenta.

—Lo siento— era sincera, aunque no por los motivos que suponía Tom—. Mira, creo que voy a tomarme unos días libres. Papá quiere que pase unos días con él y sé que van a ir a la villa durante un par de semanas. Creo que voy a ir con ellos, si no te importa.

—No puedo detenerte, pero sabes que voy a echarte de menos, ¿verdad?

Grace no pudo decirle que también lo echaría de menos, aunque sabía que lo esperaba.

—Sólo me iré una semana. ¿Quién sabe? Quizá Oliver... cambie de idea.

—No espero nada —replicó Tom con amargura—. Pero tú diviértete, Gracie. Te lo mereces. Ya seguiremos hablando cuando vuelvas.

Capítulo 7

LO despertó el sol. La habitación era muy amplia, pero la luz se colaba a raudales y el calor empezaba a ser sofocante. Oliver no sabía muy bien dónde estaba. Miró al techo y cayó en la cuenta. Estaba en España, en San Luis, en la villa de sus padres, y no tenía nada que hacer durante unos días. Aunque no había conseguido escapar de los remordimientos que lo agobiaban.

El nombre de Grace estaba omnipresente. Hacía bastantes días que la dejó en casa de Tom, pero no conseguía olvidarse de lo que había pasado. Independientemente de que no fuera digna de confianza, de que viviera con su hermano y de que no quisiera saber nada de él. Lo había hechizado.

También estaba avergonzado por su comportamiento. No por haberla invitado a salir, que habría sido lo más sensato, sino por haberla acariciado y haberse dejado llevar por los sentimientos más primitivos. ¿Qué pasaba con Miranda? ¿Y con Tom?

A su manera, Grace era tan perversa como Sophie. No estaba casada con Tom, pero él la consideraba suya.

Por eso se había alegrado de encontrar una excusa para irse al extranjero. Ya tenía la intención de hablar directamente con su padre sobre sus problemas económicos y había sido una buena excusa para Miranda, aunque fuese con tan poca antelación.

—Si me lo hubieras dicho antes —se quejó ella cuando se lo contó por teléfono—, podría haberme organizado para acompañarte.

Oliver lo lamentó, pero era lo que menos le apetecía. Necesitaba un poco de tiempo para aplacar ese deseo irresistible, pero involuntario, por la amante de su hermano.

Sus padres lo habían recibido con una alegría conmovedora, lo cual aumentó su remordimiento. Los había visto muy poco desde su ruptura con Sophie. Él siempre se había dicho que Tom era el favorito de su padre, pero, en el fondo, sabía que eso no era verdad. Sus padres estaban muy orgullosos de sus dos hijos y habían sufrido mucho con la separación de la familia.

Oliver se levantó y abrió las ventanas que daban a la terraza que rodeaba la casa. Eran las nueve y media y se sorprendió de lo bien que había dormido. La noche anterior, su padre y él estuvieron poniéndose al día hasta tarde y su madre debía de haber decidido no despertarlo. Aun así, hacía tiempo que no dormía tan profundamente y se encontraba con más fuerzas que el día anterior. Lo cual era de agradecer porque, si bien habían hablado de casi todo, su padre y él no habían tocado el asunto de los problemas económicos de Tom.

Antes o después, tendría que comprobar qué sabía su padre y qué creía que tenía que hacer su hijo mayor.

Oyó que se abría la puerta y consiguió cubrirse con la sábana. Era su madre, que llevaba una bandeja con una cafetera y unos bollos con canela.

—Ya te has levantado... —dejó la bandeja en la mesilla—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien —Oliver se ató la sábana alrededor de la cintura—. No hacía falta que me trajeras el desayuno.

—Ya lo sé, pero no todos los días tengo a mi hijo mayor en casa. Quiero que notes que siempre eres bien recibido.

Oliver sintió una punzada de vergüenza.

—Lo sé, mamá.

—Pues ha pasado mucho tiempo, Oliver —se le acercó para darle un beso en la mejilla.

El asintió con la cabeza y volvió a sentirse conmovido por el recibimiento.

—¿Dónde está papá?

—Está leyendo el periódico —echó una ojeada alrededor del cuarto —. ¿Tienes algo para lavar? María llega a las diez y siempre le sobra tiempo.

Oliver sonrió.

—Aunque no te lo creas, mamá, soy perfectamente capaz de poner la lavadora. Aparte, tengo una asistenta muy eficiente que se ocupa de todo.

—Me alegro de saberlo —la señora Ferreira, antes de salir, volvió a mirar a su alrededor con cierta incredulidad—. Que te aproveche el desayuno.

—Estoy seguro.

Su madre se quedó sujetando la puerta.

—No te pasa nada, ¿verdad, Oliver? —se sonrojó un poco—. Hemos oído algo sobre Sophie y Tom. Supongo que habrá sido una sorpresa para ti.

Oliver suspiró.

—La verdad es que sí, pero a mí me da igual, mamá, sinceramente.

Ella vaciló.

—Entonces, no tienes intención de volver con ella...

—¡Claro que no!

—Perfecto —su madre sonrió aliviada—. Iré a ver qué hace tu padre. No tengas prisa.

Una hora más tarde, Oliver salió de su cuarto con unos pantalones cortos y una camiseta. Se encontró con María, que estaba pasando la aspiradora. Ella parecía muy contenta de verlo e intercambiaron algunas palabras en su idioma. Le pareció increíble la facilidad que

tenía para cambiar al español cuando lo había aprendido en el colegio y durante sus vacaciones en España. Se dijo que sería algo genético y se acordó de que Tom siempre había tenido dificultades con los idiomas.

Sus padres estaban en el patio tomando una taza de café. La villa estaba en una colina sobre el pueblo de San Luis y tenía una vista maravillosa del mar. Oliver se dejó dominar por la sensación de bienestar.

—Siéntate —su madre se levantó—. Traeré otra taza. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias —la agarró del brazo—. Siéntate, mamá, tómate el café tranquilamente. Yo acabo de desayunar.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Su madre se sentó y Oliver se sentó en el muro bajo que rodeaba el patio. Todo lo que había alrededor era una demostración de la pasión de su padre por la jardinería. La exuberancia tropical compartía el espacio con las rosas y los geranios. Sobre su cabeza, una buganvilla marcaba el contorno de la pérgola de bambú y, a lo largo de la terraza, las fucsias y las gardenias perfumaban el ambiente.

—Tu madre dice que has dormido bien —su padre apartó el periódico—. No sé por qué no vienes más veces. Sabes que eres muy bien recibido.

—Sí, lo sé.

—Lo digo en serio —insistió con un gruñido—. Además, si quieres venir con esa joven, tu madre y yo no tenemos inconveniente.

Oliver asintió con la cabeza.

—Gracias, papá.

—Se llama Miranda, ¿no? —le preguntó su madre—. Es abogada, ¿verdad? Tiene que ser un trabajo fascinante.

Oliver no quería hablar de Miranda, pero sabía que sus padres estaban interesados.

—Parece que a ella le gusta...

—¿La relación es seria? —le preguntó inocentemente su madre aunque su padre la taladró con la mirada.

—Déjalo en paz, Nancy. El chico sólo hace un par de meses que la conoce. Después de lo que pasó con quien ya sabes, yo me lo pensaría mucho antes de comprometerme.

—Vamos, George...

A Oliver le hizo gracia que volvieran a llamarle «chico» e interrumpió a su madre.

—Somos amigos, mamá, nada más —se preguntó qué pensaría Miranda de que calificara así su relación—. Creo que voy a darme un paseo por la playa.

—¿A la playa? —a su madre no le gustaba la idea—. Oliver, la playa está a casi dos kilómetros y no estás acostumbrado a este calor.

—¡Por amor de Dios! —su padre estalló—. Oliver es un hombre adulto, Nancy. Deja de tratarlo como si fuera tu polluelo. Toma —le dio una gorra a su hijo.

—Gracias.

Oliver sonrió a su madre, pasó por encima del muro y tomó el camino que llevaba a San Luis. El camino también rodeaba la villa de los vecinos. Se preguntó si sería la de los padres de Grace. Las persianas estaban cerradas y envidió la piscina que se vislumbraba entre los cipreses y las palmeras. Era más grande que la villa de sus padres y, a juzgar por los aspersores, el señor Lovell tenía un jardinero.

Hacía calor, como había dicho su madre. Se puso la gorra al revés para protegerse el cuello. Cuando llegó al pueblo, se sentía como un turista. Aunque San Luis no ofrecía mucho a sus visitantes extranjeros. Esencialmente, era un pueblo de pescadores y, aunque había algunos yates de lujo en el puerto, no había bares de tapas ni grandes hoteles.

Oliver paseó por el muelle y vio los langostinos y otros mariscos que habían capturado los pescadores. Pasado el puerto, unas dunas cubiertas de hierba llevaban a una franja de arena dorada. Oliver se quitó las zapatillas, ató los cordones de una con los de la otra y se las colgó del cuello. Hasta ese momento no se dio cuenta de lo largo que le había parecido el invierno. Era como si hubieran pasado años desde que Miranda y él habían estado diez días de diciembre en las Barbados. Hizo una mueca. Entonces, sólo hacía unas semanas que se conocían y, cuando le propuso que fuera con él al Caribe, pensó que ella se negaría. Sin embargo, no lo hizo. Mostró un interés casi desmedido en ir con él y creía que su relación quedó definida en ese momento. Hasta entonces, todo había sido muy abierto y Oliver podía salir con otras mujeres si quería. Sin embargo, después de Barbados, Miranda empezó a esperar cierta exclusividad y a él no le había costado concedérsela hasta que apareció Grace Lovell.

Su padre tenía razón. Tendría que haber aprendido la lección de Sophie y lo había hecho, como demostraba su relación con Miranda. Era una relación civilizada y sexualmente satisfactoria, pero los sentimientos no entraban en ella.

A pesar del calor, el agua estaba fría, pero dejó los turbulentos pensamientos a un lado y siguió paseando. Había ido allí a hablar con su padre y encontrar la forma de que le dejara ayudarlo.

Grace salió al solárium que había detrás de la casa. Llevaba una taza de café y se quedó deslumbrada por el sol. Iba descalza. La camiseta y los pantalones cortos que usaba para dormir estaban cubiertos por una bata muy fina y desatada. Arrastraba un extremo del

cinturón y buscó la sombra de una sombrilla con rayas verdes que había junto a una mesa y unas butacas.

Se había olvidado de que el mar pudiera ser tan azul. También se había olvidado de lo sencillas que podían ser las cosas allí. No podría vivir allí, tan aislada, pero necesitaba pasar unos días entre tanta paz.

Le había mentido a Tom cuando le dijo que sus padres la habían invitado, pero había sido una mentira piadosa. Sus padres siempre le decían que tenía que aprovechar la villa aunque no estuvieran ellos. Además, tampoco les habría importado que hubiera invitado a un hombre. Ella sabía que incluso lamentaban que no lo hubiera hecho, pero no hablaban mucho de ese asunto. Grace se temía que hubieran perdido la esperanza de que encontrara un hombre al que quisiera.

¿Qué pensarían si supieran que, aparte de una experiencia torpe cuando era una jovencita, nunca se había acostado con un hombre? No estaba orgullosa de ello ni lo habría elegido, pero había aprendido desde muy joven que los hombres sólo la tomaban como un objeto sexual.

Quizá no hubiera encontrado el hombre adecuado. Quizá no tuviera mucho apetito sexual y por eso le resultaba tan fácil negarse. La imagen de la cara de Oliver Ferreira mientras dejaba la cocina de Tom le estremeció hasta la médula. La inexpresividad absoluta y la ironía amarga de las palabras que había intercambiado con su hermano eran aterradoras. Había abierto una rendija en la muralla que ella se había construido alrededor y luego había pisoteado los sentimientos que se había encontrado dentro.

No quería pensar en Oliver. Volvió a levantarse y bajó los escalones que llevaban a la piscina. Había ido allí para no pensar en él. Era absurdo, él no era mejor que cualquiera de los otros hombres que habían intentado acostarse con ella. La única diferencia era que ella habría estado encantada. Se estremecía al recordar cómo le había acariciado los pezones y le había pasado la lengua por el cuello. Nunca había deseado a un hombre hasta que él la tocó y le costaba muchísimo pensar en otra cosa.

Suspiró, se acercó al borde de la piscina y tocó el agua con el dedo gordo del pie. Estaba fría, pero ya se lo esperaba. Levantó la cabeza y volvió a mirar la enorme extensión azul. Era una maravilla y le sosegaba mucho.

Iba a volver hacia la casa cuando vio a un hombre que entraba en el sendero que iba por detrás de la parcela. Desde lejos sólo podía ver que era alto y moreno. Podía ser español y se preguntó si sería alguien nuevo que se había mudado a una de las villas de alrededor.

Sin embargo, a medida que iba acercándose, ella iba quedándose más paralizada. No era español, bueno, lo era a medias, pero esa mitad se había diluido por los años que había pasado en climas más

fríos. ¿Por eso era tan frío y controlado? ¿O sería que Sophie lo había dejado seco de sentimientos?

Afortunadamente, había una barrera de árboles entre el camino y ella y, si se iba en ese momento, él no sabría que había estado allí.

Intentó moverse, pero los miembros no la obedecían y él giró la cabeza y la vio. Pudo notar que la había reconocido y que se había quedado desconcertado de verla allí.

Entonces, en vez de seguir su camino, como ella había esperado, aunque no del todo, fue hasta la valla que rodeaba la parcela y pasó por encima. Atravesó el pinar y llegó hasta el césped donde estaba ella.

—Vaya, vaya, Grace, es un placer inesperado.

Capítulo 8

GRACE se dijo que era un mentiroso y no podía soportar que el pulso se le acelerara cada vez que la miraba. Nunca había visto un hombre al que le sentaran tan bien unos pantalones cortos y la camiseta azul marino resaltaba el bronceado. Iba descalzo, como ella. La piel le brillaba un poco y ella dio por supuesto que habría sudado al subir desde el pueblo. Si bien nunca le había parecido que los hombres sudados fueran atractivos, todo lo que se refiriera a Oliver le parecía insoportablemente sensual. Apartó la mirada antes de que él pudiera percibir algo que no quería que percibiera.

Los miembros le obedecieron y se ató la bata, se dio la vuelta y tomó los escalones que llevaban a la terraza.

—No sabía que pensabas venir aquí —comentó ella a la defensiva —. ¿Te ha dicho Tom que yo iba a venir?

—Sí, claro —el tono era burlón—. Aunque no te lo creas, llevo días sin hablar con mi hermano.

Cuatro días, para ser más exactos, se dijo ella.

—Vaya, yo creía, por lo que decía tu madre, que tú no venías por aquí.

—¿Y tú? —Oliver llegó a lo alto de la escalera y Grace se paró en seco—. Yo tampoco sabía que tú fueras a venir.

—No lo tenía pensado, pero mis padres siempre están insistiendo en que venga —añadió para que no pensara que su decisión tenía algo que ver con él.

—¿Están tus padres?

—No... no... todavía —balbució—, pero piensan venir dentro de un par de semanas.

¿Por qué se lo había dicho? Pensaría que ella quería que él supiera que estaba sola.

Oliver lo asimiló en silencio y, ante el espanto de ella, empezó a bajar las escaleras. Se movía con agilidad y la tela de los pantalones se ceñía a sus muslos para luego separarse.

Sin embargo, él tenía los ojos clavados en la piscina y ella se dirigió al abrigo de unas tumbonas, con la esperanza de que no resultara demasiado evidente.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó Oliver.

Grace resopló nerviosamente.

—Mmm... —no podía evitar la respuesta—. Llegué anoche —se preguntó si Tom habría hablado con su hermano después de que ella tomara la decisión—. ¿Y tú?

—Hace un par de días —Oliver se acercó a la piscina y metió el

dedo gordo del pie, igual que ella había hecho antes—, pero tienes razón, no vengo muy a menudo.

—Ah.

Grace asintió con la cabeza e intentó no fijarse en el trozo de piel morena que dejó al aire la camiseta cuando se agachó hacia el agua. Los pantalones también se le bajaron un poco y ella se preguntó si el bronceado sería integral, como parecía.

Oliver se irguió otra vez y ella miró hacia otro lado. No sabía qué le pasaba. Nunca en su vida se había preguntado cómo sería el cuerpo de un hombre. Aunque tampoco se acordaba de cada segundo que había pasado con un hombre y podía recordar hasta el más mínimo detalle de su encuentro con él en la cocina de Tom. Había querido estar junto a él, sentir sus manos sobre su cuerpo y entregarse a él, lo había querido con una intensidad que la había aterrado.

Sin embargo, no pasó entonces y no iba a pasar en ese momento. Aunque ella tuviera tan poca dignidad que estaba dispuesta a perdonarlo por la forma en que la había tratado, él no habría cambiado su opinión sobre ella.

¿Quién podía culparlo? Tom había hecho todo lo posible para darle la sensación de que estaban juntos. En cualquier caso, ¿qué más daba? Estaba imaginándose una relación seria sólo porque él la había besado, cuando lo más probable era que la hubiera utilizado para fastidiar a su hermano.

—El agua está fría —comentó Oliver mientras se alejaba del borde de la piscina—. ¿La usas mucho?

—A veces —respondió ella con tono desenfadado—. Tú también puedes usarla si quieres.

¿Por qué no se callaría? Grace reprimió un gruñido y Oliver arqueó las cejas.

—¿No te importa?

—¿Por qué iba a importarme? No es mi piscina.

Oliver apretó los labios.

—Ya...

—De verdad... —Grace se puso tiesa—. Ahora tengo que ir a vestirme.

—¿Por qué?

—Como que por qué...

—Sí, ¿por qué? —se acercó a ella—. No lo hagas por mí —la miró penetrantemente—. Me gustas como estás.

—Eres muy amable —replicó ella sin cambiar de tono—, pero ya sé que no lo dices en serio.

—De verdad —se acercó hasta que sólo los separó el ancho de una de las tumbonas—. Claro que lo digo en serio, ¿por qué crees que no?

—¿Por qué...? Veamos... A lo mejor tiene algo que ver con que

salieras corriendo la noche que fuiste a casa de Tom...

Oliver endureció el gesto.

—¿Me lo reprochas? —se metió los dedos pulgares en los bolsillos del pantalón—. Prefiero no hacer el amor en público. ¿O querías que hiciera el amor contigo en sus narices? Perdóname, pero no sabía que fuera algo que te excitara.

—¡Eres un engreído! —exclamó ella—. ¿Por qué crees que yo quería hacer el amor contigo?

—¿No querías?

Ella intentó agarrarse al respaldo de la tumbona, pero él la apartó. Oliver se acercó mientras la miraba con sensualidad.

—Yo creo que sí querías —Oliver se inclinó, agarró el cinturón de su bata y tiró de él para atraerla hacia sí—. A las mujeres les gusta provocar —ella notaba su aliento en la mejilla—. ¿Intentabas poner celoso a Tom? Pues lo conseguiste...

—No intentaba poner celoso a nadie —Grace se sentía abrumada por el contacto del muslo desnudo de Oliver en el suyo—. Yo no te invité a que fueras esa noche. Tú lo hiciste todo.

—Efectivamente.

La miraba intensamente sin apartar los ojos de su boca. A Grace le costaba respirar y él transmitía la misma sensualidad a flor de piel que aquella noche.

—Tengo que vestirme.

Él estaba más que presentable incluso con unos vaqueros cortados y una camiseta, pero ella no estaba nada favorecida con el top de algodón y los pantalones cortos que usaba para dormir. Además, la bata se le estaba cayendo y se le había desecho la trenza y el pelo le caía sobre los hombros.

—¿Por qué no nos damos un baño? —le propuso Oliver mientras le terminaba de quitar la bata, que cayó al suelo—. Tú no llevas nada debajo de esa ropa, lo cual es una ventaja, y a mí no me gusta bañarme solo.

Grace se sorprendió de la reacción de su cuerpo a esa invitación, pero hizo todo lo posible por disimularlo.

—Estoy segura de que no haces nada solo —dio un paso atrás—, pero yo, en contra de la opinión que evidentemente tienes de mí, no me baño desnuda con nadie.

—¿Por qué? —se acercó a ella y la agarró del top—. Seguro que no eres una mojigata con ese cuerpo que se hizo para admirarlo. Incluso el tatuaje de la rosa —la miró de tal forma que ella se sintió abrasada—. Enséñamelo otra vez...

Ella tragó saliva al notar las manos de él sobre el abdomen.

—¿Qué quieres que te enseñe?

Lo sabía perfectamente.

—Quítate el top y los dos lo veremos —ella notó las manos de él en la parte superior de los muslos, en el borde del pantalón—. Quítate esto también. Sabes que estás deseando —añadió.

—No es verdad.

Claro que estaba deseando. El mero contacto de sus dedos hacía que la palpitante humedad de entre las piernas le rebosara de excitación.

—No te creo —replicó él mientras le pasaba la lengua por los resecos labios—. Lo deseas tanto como yo. La otra noche... Todo fue una equivocación. El sitio equivocado y el momento equivocado —le puso la mano en la nuca y le acarició detrás de la oreja—. Ahora todo es perfecto y no van a molestarnos.

Grace le puso una mano en el pecho para frenarlo, pero no tuvo mucho éxito.

—¿Por qué... lo sabes?

Oliver pareció sorprendido.

—Dijiste que tus padres no están aquí.

—No, pero eso no quiere decir que esté sola.

Él le tomó la cara entre las manos.

—¿Quién es? —le pasó los pulgares por los pómulos—. ¿Es Tom?

—No —contestó con sequedad mientras intentaba resistir la tentación de acariciar aquellos músculos que notaba debajo de la camiseta—. Él no es el único amigo que tengo.

—Te creo —replicó Oliver con tono burlón—. Aunque algo me dice que estás dando palos de ciego —le pasó los dedos por la melena—. ¿Qué temes, Gracie? Que te guste si te dejas llevar...

Ella apretó los dientes, en parte por ira y en parte por impotencia.

—No... no me llames Gracie —le ordenó mientras lo apartaba con las manos—. No me llamo así.

—Es como te llama Tom.

—Él también sabe que lo detesto.

—De acuerdo —Oliver esbozó una leve sonrisa de satisfacción—. ¿Cómo quieres que te llame? Cariño, corazón, amor mío...

—Grace está bien —contestó lacónicamente a pesar de que sintió un escalofrío al notar los labios de él en el hombro—. Oliver, por favor...

—Lo intento —susurró él que la interpretó mal voluntariamente. Le acarició la espalda y ella, casi instintivamente, se arqueó contra él —. Mmm, me encanta —introdujo las manos por dentro del pantalón para acariciarle el trasero—. Es una maravilla.

Ella quería pararlo. Quería explicarle que, independientemente de lo experimentada que la considerara, ella no era tan liberal como él pensaba. Pararle los pies le habría resultado muy fácil con cualquiera y lo había hecho muchas veces, pero siempre había mantenido el

dominio de sí misma. Sin embargo, en ese momento, el cuerpo la traicionaba y se temía que no pudiera hacer gran cosa. Sobre todo cuando él la besó en la boca con voracidad. A ella le flaquearon las piernas y tuvo que aferrarse a él.

Grace oyó un profundo gemido de Oliver, como si él tampoco se hubiera esperado tanta intimidad. También se temió que, si él no hubiera estado agarrándole el trasero, se habría caído a sus pies.

Aun así, disfrutaba con cada sensación: con la lengua que entraba apremiantemente en su boca, con su pecho contra sus pechos, con sus piernas desnudas contra las suyas, con su erección contra su vientre... Él tampoco podía ocultar el anhelo primitivo que sentía y eso compensaba en parte el efecto devastador que estaba teniendo en sus sentimientos.

—Grace... —farfulló Oliver mientras apoyaba su frente en la de ella—. ¿Te imaginas lo que quiero hacer contigo?

Ella lo sospechaba y, asombrosamente, no la asustaba como debería. En ese momento, ella no podía pensar en nada más que en concederle campo libre y no sabía qué habría contestado si él no hubiera bajado la cabeza hasta sus pechos.

Tenía los pezones duros y se notaban claramente debajo de la camiseta. Cuando él tomó uno entre los labios, ella sintió un ardor sexual que le recorrió todo el cuerpo. La tela no era un obstáculo para sus dientes y mordisqueos y ella jadeó como demostración de su rendición.

Ella agarró la cinturilla de sus pantalones y se deleitó con la delicada piel que notaba contra los nudillos. Le habría gustado introducir las manos dentro del pantalón, como había hecho él, pero no era tan atrevida. Se contentó con pasarle el pie descalzo por la parte de atrás de la pantorrilla y notar cómo se estremecía.

—Ibas a decirme lo que querías hacer conmigo —le recordó ella mientras Oliver le quitaba el top y le lamía un pezón—. Creo que deberíamos quitarnos del sol —añadió Grace haciendo un esfuerzo sobrehumano para demostrarle que todavía podía pensar.

Oliver tomó aliento y ella supuso que tampoco podía pensar coherentemente. Él retiró los labios del pezón con una desgana idéntica a la de ella.

—¿Quitarnos del sol? —repitió Oliver antes de que una mano sustituyera a los labios y tomara el pezón entre el pulgar y el índice—. ¿Eso es lo que quieres?

Grace tomó una bocanada de aire.

—Estamos... muy a la vista. Tú me viste... entre los árboles.

—Ya, claro —Oliver suspiró, la agarró de las caderas y la apartó mientras sacudía la cabeza con evidente desconcierto—. Debo de estar loco. Me vuelves loco. No sé en qué estaba pensando.

Grace lo miró sin salir de su asombro.
—Yo creía… esperaba que estuvieras pensando en mí.
—Efectivamente —Oliver no parecía especialmente orgulloso y dejó caer las manos—. Pero has hecho bien en pararme —se apartó un poco más—. Gracias —añadió inexpresivamente.
Grace se quedó boquiabierta.
—Yo no he dicho que quisiera pararte —le corrigió—. He dicho…
—Sé lo que has dicho y te lo agradezco —le interrumpió Oliver—. No me arrepiento de nada, pero no debería haber pasado.
—¿Por qué…? —no entendía lo que el quería decir—. Somos adultos, ¿no? ¿Por qué no…?
—Porque no soy libre.
Grace se quedó con los ojos como platos.
—Creía que Sophie y tú…
—No es Sophie —masculló sombríamente—. Es otra. Alguien con quien llevo algún tiempo. Lo siento.
Grace lo atravesó con la mirada.
—Entonces, ¿por qué…?
—Ya te lo he dicho. Me vuelves loco —se justificó con amargura.
—¿Te volvía loco la noche que fuiste a casa de Tom? —le preguntó con un tono gélido.
Oliver hizo un gesto desdeñoso.
—Supongo que sí. No estoy orgulloso de mí mismo.
—Yo tampoco lo estoy de mí misma —Grace sollozó y notó que la humillación le atenazaba la garganta—. Lárgate. No te soporto.
—Grace…
—Vete —le ordenó antes de darse la vuelta y subir los escalones que llevaban a la casa.

Capítulo 9

AL día siguiente, la madre de Oliver comentó que Grace estaba en casa de sus padres.

—Ya la conoces, ¿verdad, Oliver?

Su madre estaba en la cocina preparando una ensalada y no se fijó en la cara de Oliver, que había pasado por allí sólo para preguntarle dónde estaba su padre. Sin embargo, su madre quería una respuesta y él, a regañadientes, tuvo que reconocer que la había visto.

—Estaba segura —eso quería decir que Grace no había comentado nada con su madre—. Por eso he decidido invitarla a cenar esta noche. Está sola, sabes...

Oliver resopló y se preguntó cómo podría salude esa situación. Después de lo que había pasado el día anterior, le sorprendía que Grace hubiera aceptado. Suponía que ella tampoco habría encontrado una excusa.

—Es una chica encantadora. Tu padre y yo conocemos a los Lovell desde hace tiempo. A veces nos preguntábamos si Tom y ella congeniarían, pero... —se sonrojó al darse cuenta de lo que iba a decir —. Nunca debería haberse liado con Sophie. Fue una estupidez.

Oliver se alegró de que su madre estuviera demasiado avergonzada de lo que había dicho como para fijarse en su reacción.

—Siempre hay esperanza —dijo Oliver despreocupadamente—. ¿Puedo probar el aguacate?

Su madre pinchó un trozo con la punta del cuchillo y se lo ofreció.

—No te importa que haya invitado a Grace, ¿verdad? Como Miranda no está, he pensado que te alegraría tener algo de compañía.

Oliver suspiró.

—He venido a veros a vosotros y a nadie más, pero no me importa —esbozó una sonrisa forzada—. ¿Qué dijo Grace cuando la invitaste?

—Naturalmente, dijo que no quería ser una molestia, pero yo le expliqué que no era ninguna molestia y que, seguramente, tú echarías de menos una compañía femenina.

¡Lo que faltaba!

Oliver consiguió disimular la contrariedad y salió de la cocina después de enterarse de que su padre estaba en el patio. Sin embargo, fue a su cuarto, se sentó en la cama, apoyó los codos en las rodillas y escondió la cara entre las manos.

¿Qué le diría a Grace? ¿Cómo iba a pasar una noche con ella sin que se le notara cuánto le perturbaba? Podía repetirse mil veces que ella no merecía tanto desasosiego y que él podía dominar todo lo que sentía por ella, pero no funcionaba. Cuando estaba con ella, pensaba

con el sexo y no con el cerebro.

Se tumbó y se quedó mirando al techo. No era un animal, se dijo. No perdía el tiempo con mujeres a las que no respetaba y no respetaba a Grace ni el juego que había puesto en marcha de enfrentarlo con Tom.

El problema era que parecía completamente inocente. Hasta que la vio con Tom, nunca la habría comparado con su ex mujer. Aun así, eso no lo había alejado de ella. No sabía exactamente lo que buscaba cuando fue a casa de Tom y la encontró sola, pero estaba seguro de que el sexo estaba incluido. La deseó entonces y la había deseado el día anterior. Sin embargo, las palabras de ella despertaron el poco juicio que le quedaba y encontró la fuerza para salir de allí. Lamentaba haber utilizado a Miranda de excusa porque no se lo merecía.

Frunció el ceño y se pasó los dedos por el pelo mojado. Se había duchado y, antes de que su madre le dijera lo de Grace, había pensado dedicar el día a aclarar la situación económica de su padre. Había encontrado una posibilidad de conservar la villa y también salvar el centro de jardinería. Eso sacaba a Tom del atolladero, pero lo prefería a pensar que su anciano padre iba a tener que vender la villa y pasar los inviernos en un espantoso edificio de apartamentos.

Sin embargo, sólo podía pensar en la cena de esa noche. No le ayudaba pensar que ella estaría igual de horrorizada. Su bienintencionada madre le había puesto en un trance espantoso y habría fingido una enfermedad si no hubiese sido una cobardía excesiva.

A última hora de la tarde, había conseguido convencerse de que estaba exagerando. Al fin y al cabo, sólo era una cena. Sus padres llevarían la conversación y él podía mantener las apariencias durante una noche. Había disfrutado hablando con ella, hasta que la libido lo convirtió en un majadero. Ella era inteligente y estaba claro que apreciaba y respetaba a sus padres.

Su madre le había dicho que había pedido a Grace que no llegara después de las siete y media para cenar a las ocho. A las ocho y cuarto, Oliver iba de una lado a otro del patio con la segunda cerveza en la mano. Su madre le había puesto mala cara cuando fue a la nevera a por la segunda botella, pero no había dicho nada.

Él sabía que su madre estaba preocupada porque pensaba que todavía sentía algo por su ex mujer y que había ido allí a aclararse las ideas. Ojalá. En aquel momento, Sophie no tenía cabida en sus pensamientos.

Miró hacia la profundidad de la aterciopelada oscuridad. Había faroles en el patio, pero casi todo el jardín estaba cubierto por unas sombras de donde procedían los más variados perfumes. Dentro de la

casa, el olor de la salsa de estragón de su madre llenaba el ambiente. Había preparado pechugas de pollo con una mousse de foie gras y su postre favorito: natillas con caramelo.

Estaba dando un sorbo de cerveza cuando se dio cuenta de que ya no estaba solo. No sabía como se había dado cuenta, pero notaba los ojos de ella clavados en él.

No se sorprendió cuando la vio aparecer, lo que le sorprendió fue su aspecto. Hasta entonces siempre la había visto con pantalones, salvo la ropa para dormir del día anterior, y le impresionó verla con falda, y menuda falda... Era de seda de color bronce y negro y muy ajustada. A pesar de la abertura que iba desde el borde hasta casi la cintura, se ceñía a cada forma de las caderas y los muslos. Un top de seda con lentejuelas y sin mangas completaba el atuendo y dejaba ver las muñecas, que portaban al menos media docena de finos aros de oro. El escote era hipnotizador, el pelo rojo con reflejos dorados caía suelto sobre los hombros y unos pendientes de oro hacían juego con las pulseras.

Sin embargo, lo que atrajo la atención de Oliver fue el trozo de abdomen que enseñaba al moverse. Tenía un rubí metido en el ombligo que se ondulaba sensualmente al caminar.

Sintió un arrebato de lujuria incontrolada. Era puro sexo en movimiento y él no habría sido humano si no hubiera reaccionado a su atractivo.

Oliver, que pensó que no apagaría ese fuego ni con una docena de cervezas, se apoyó en la pared e intentó parecer desenvuelto.

—Hola —se cruzó de brazos sin soltar la cerveza—. Pareces... distinta.

Era un mal sustitutivo de un piropo y Grace esbozó una sonrisa burlona.

—¿Quieres decir que voy vestida? —le preguntó mientras se aseguraba de que estaban solos—. Supongo que esta situación te espanta tanto como a mí...

—¿Que vas vestida...? —hizo una pausa—. Intuyo que no me has perdonado.

—¿Perdonarte? —se quedó a un metro de él jugando con uno de los pendientes—. ¿Por qué? ¿Por coquetear conmigo? ¿Por hacerme creer que estabas interesado en mí? ¿Por casi seducirme a la vista de todos los vecinos?

Oliver apretó los labios y dejó la cerveza en el muro.

—Por todo. Como ya te dije, no debería haber pasado.

¿A quién estaba engañando? A ella no, desde luego. Había querido que pasara y ella lo sabía. No quería que lo atrajera de aquella manera, no quería sentir aquel anhelo cada vez que la veía, pero lo sentía. Tenía que superarlo porque ella no era para él.

—No te tortures por eso —ante la sorpresa de Oliver, ella se acercó más—. ¿Qué estás bebiendo? —le preguntó mientras agarraba la botella de cerveza—. Creía que no bebías...

—No suelo beber —intentó recuperar la botella—. ¡Eh! He bebido de ahí.

—Ya lo sé —Grace se llevó la botella a los labios y dio un sorbo—. Puedo notar tu sabor en el cristal.

Oliver no sabía qué habría hecho si no hubiera aparecido su padre.

—Ah, Grace, cariño —exclamó—. Espero que Oliver te esté atendiendo. ¿Qué bebes? Cerveza... Estoy seguro de que podemos ofrecerte algo mejor.

—Me gusta la cerveza —replicó ella mientras se acercaba al señor Ferreira y se daban un beso en cada mejilla—. Me alegro de volver a verlo, tiene muy buen aspecto.

—Tú estás guapísima —exclamó el padre de Oliver.

Oliver, por su parte, los observaba y sintió una ridícula punzada de envidia.

—¿Con estos trapos? —Grace se señalaba la falda y el top con cierto desprecio—. Creo que la falda es de mi madre y me queda un poco estrecha.

—En los sitios adecuados.

Oliver nunca había visto así a su padre y quiso apartarlo de Grace de un manotazo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso no sabía que no era mejor que Sophie? ¿Por qué la trataba como si no hubiera roto un plato en su vida? Le daba náuseas.

Fue un alivio que apareciera su madre y que captara toda la escena con una mirada. Aunque Oliver esperaba que mostrara alguna impaciencia con su padre, ella sonrió cálida y francamente.

—Grace, espero que mi marido no te haya importunado.

—Como si pudiera —replicó Grace mientras abrazaba a la señora Ferreira—. Es un viejo adulador, nada más.

—Desde luego, es un viejo —murmuró la madre de Oliver—. George, trae la bandeja, por favor. Creo que todos tomaremos un cóctel antes de cenar, ¿no?

—A sus órdenes.

George entró en la casa y Grace y la madre de Oliver se intercambiaron unas miradas burlonas. Oliver se sintió como si estuviera marginado y no le gustó. Sus padres nunca habían tratado a Sophie con cariño, pero Sophie tampoco hizo ningún esfuerzo por llevarse bien con ellos.

Sin embargo, su madre no se había olvidado de él.

—Oliver, ven a rescatar a Grace de tu padre. Ella es demasiado educada como para decirle que está haciendo el ridículo.

—Encantado —no tuvieron que decírselo dos veces, aunque Grace

lo miraba con ojos de contrariedad—. Aquí viene papá con los cócteles, tomarás un margarita, ¿verdad?

Grace tensó el gesto y Oliver esperó alguna respuesta despectiva, pero se volvió hacia el padre de Oliver.

—Me encantaría. Gracias, señor Ferreira. Es justo lo que necesitaba.

Se sirvieron todos y, para bochorno de Oliver, su padre decidió hacer un brindis.

—Por Oliver. Nos alegramos de tenerte aquí ahora que... bueno ahora que quien tú sabes ha desaparecido del mapa. Espero que te veamos más a menudo, a pesar del trabajo.

—Un momento —la señora Ferreira agarró a su hijo del brazo y apoyó la cabeza en su hombro—. Te hemos echado de menos y, a pesar de sus culpas, sé que Tom también te ha echado de menos.

Oliver tenía la sensación de que lo único que había echado de menos Tom era su apoyo económico. Aunque a lo mejor estaba siendo demasiado crítico. Además, dudaba que pudieran recuperar su amistad mientras su hermano estuviera acostándose con Grace.

—Yo también me alegro de estar aquí —Oliver levantó su copa—. Se me había olvidado lo maravilloso que es que te mimen. Siempre hacéis que me sienta bien recibido y os lo agradezco.

—Bobadas —replicó su madre que, sin embargo, se frotó disimuladamente el extremo del ojo—. Es tu hogar, Oliver. Tanto como tu piso de Newcastle.

La cena fue perfecta y las natillas con caramelo estaban «para morirse», según dijo Grace.

—Puedes agradecérselo a Oliver —le dijo la señora Ferreira—. Es su postre favorito y lo he hecho por él.

—¡Qué enternecedor!

Grace consiguió que no pareciera sarcástica, pero no engañó a Oliver, a quien le dolió la insinuación de que era un hijo pródigo.

Tomaron café en el patio. Hacía una noche cálida. Sin embargo, Oliver estaba desasosegado. Cada vez le parecía más difícil comportarse como si Grace fuera una mera conocida y, además, ella aprovechaba cualquier ocasión para provocarlo.

—¿Pasas mucho tiempo en España, Oliver? —le preguntó con aparente inocencia, pero unos ojos rebosantes de frialdad.

—Desgraciadamente, no tengo muchas oportunidades de venir —respondió sin alterarse.

—Es lo que le decimos siempre —intervino su madre con tono de reprimenda cariñosa—. Pero esperamos que eso cambie en el futuro.

—Ah... —Grace arqueó una ceja—. ¿Puedo preguntarle por qué?

Oliver se dijo que no podía preguntarlo, que no era de su incumbencia. Sin embargo, su madre no opinaba lo mismo.

—Ahora que Sophie ha desaparecido del mapa... Ya te imaginas los problemas familiares que ha causado esa mujer.

—Creo que es un asunto que no interesa a Grace —intervino Oliver con cierta acritud.

—¿Por qué? —preguntó su madre con tono defensivo—. No es un secreto y no creo que Grace vaya a ir por ahí cotilleando.

—Claro que no —les tranquilizó Grace, aunque Oliver no se fió de la expresión bondadosa—. Seguro que es un alivio para todos que él haya encontrado a otra mujer.

Oliver apretó los labios al comprenderlo todo.

—¡Desde luego! —su madre ya estaba imparable—. Estoy segura de que Miranda no se parece nada a Sophie.

—¿Miranda...? —¿era él el único que se daba cuenta de que Grace estaba sonsacándoles cosas cada vez más personales?— ¿La conocen?

—Desgraciadamente, no. Todavía no. Es abogada y le va muy bien. Al revés que Sophie, que nunca ha trabajado más de dos semanas seguidas.

—¡Nancy! —por fin, el padre de Oliver intervino—. Es un asunto de Oliver, no nuestro. A nosotros no nos importa.

—Claro que nos importa. Quieres que tu hijo sea feliz, ¿no?

—Naturalmente, pero por la misma regla de tres, no quiero que vuelva a desaparecer por meternos en sus asuntos.

La madre de Oliver se quedó un poco preocupada.

—Estoy segura de que él sabe que lo hago con la mejor intención del mundo.

—Claro —Oliver miró con agradecimiento a su padre—, pero hablemos de otra cosa, tampoco es cuestión de aburrir a la invitada.

—No me aburro —Grace miró retadoramente a Oliver—. Creo que tengo que irme. Está haciéndose tarde y los cambios de temperatura me dejan agotada.

—Pero... —la señora Ferreira se contuvo a tiempo—. Bueno, si estás cansada...

—Lo he pasado muy bien —Grace se levantó y Oliver y su padre hicieron lo mismo—. La cena estaba deliciosa. Si me hubiera quedado en casa, me habría conformado con unas tostadas y una lata de algo.

—Tienes que volver —la madre de Oliver estaba encantada—. Diga lo que diga, yo sé que a Oliver le parecemos aburridísimos.

Oliver consiguió hacer un esfuerzo para no decir lo que sentía, pero se dio cuenta de que Grace sabía perfectamente lo que sentía.

—Ya veremos... Pero muchas gracias. Son todos muy amables.

Besó a los señores Ferreira, pero su madre tuvo que decir la última palabra mientras ella cruzaba el patio.

—Oliver —lo miró con unos ojos rebosantes de ingenuidad—. ¿Por qué no acompañas a Grace hasta su casa? Ya sé que está al lado, pero

está oscuro y ella está sola.

—Yo...

Iba a decir que estaba seguro de que Grace no necesitaba ninguna compañía, pero ella se adelantó.

—Sería un detalle —dijo con unos ojos verdes en lo que no cabía una gota más de provocación—. Si no te importa, claro...

Capítulo 10

¿QUÉ podía hacer? Estaba prácticamente obligado a acompañarla. No podía ser grosero sólo porque no quería estar a solas con ella o porque se había pasado toda la velada convenciéndose de que podía dominar la maldita atracción que sentía por ella.

Si no la acompañaba, sería una grosería; resultaría raro; provocaría todas esas preguntas que él quería evitar. Sus padres estaban mirándolo con impaciencia.

El problema era que se temía que Grace hubiera aceptado sólo porque sabía cómo se sentía él. Seguramente, sabía que le disgustaría su atrevimiento. ¿Disgustarle? Ojalá pudiera contener la ira que sentía.

—Naturalmente —aceptó por fin—. ¿Vamos?

Grace no mostró ningún signo de sorpresa por la reacción de Oliver.

—Gracias otra vez —Grace se despidió con la mano y tomó el camino que rodeaba la casa.

Entraron en el jardín de los Lovell y llegaron hasta el pórtico con columnas que daba paso a la puerta de doble hoja. Grace sacó las llaves del bolso.

—Bueno, gracias por acompañarme —se despidió con frialdad y casi sin mirarlo.

—De nada —Oliver tampoco estaba dispuesto a que se saliera con la suya—. ¿No quieres que mire dentro a ver si ha entrado alguien?

—No hace falta... —de repente, Grace se quedó sin respiración—. ¡Dios mío!

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?

—No —Grace tragó saliva y señaló por el cristal emplomado que había alrededor de la puerta—. Hay una luz encendida.

Oliver frunció el ceño.

—No la has dejado tú, ¿verdad? —preguntó con delicadeza.

—No.

—Entonces... ¿Hay alarma?

—Sí, pero yo no la pongo —reconoció con un hilo de voz.

—Muy bien... —le quitó la llave y la metió en la cerradura—. Quédate aquí.

—¿Qué? No puedo consentir que entres solo. Puede ser un ladrón armado.

—¿Y qué harás tú? ¿Vas a sacar la pistola y dispararle?

—No tengo... —cayó en la cuenta, se puso muy recta y se acordó de que aquello no era un juego—. Bueno... Ten cuidado, por favor.

—No sabía que te importara…

Giró la llave con cuidado y empujó la puerta. A pesar de las bromas, le habría gustado tener algo que le sirviera de arma. Apartó a Grace de la puerta.

—Quédate aquí y no te muevas.

—Pero…

—Hazlo —le ordenó mientras cruzaba la puerta.

La luz llegaba del fondo de la casa. Le parecía que llegaba de la cocina y se preguntó qué esperaba encontrar allí un ladrón. Aunque sabía que había gente que escondía cosas en la nevera.

Afortunadamente, el suelo era de mármol y no hacía ningún ruido. Avanzó pegado a la pared. La luz de la luna entraba por un ventanal e iluminaba un amplio salón.

Casi había llegado a la puerta de la cocina cuando se dio cuenta de que estaba entreabierta, pero también se dio cuenta de que la luz no salía de la cocina, sino que llegaba de fuera a través de las ventanas. Alguien, o quizá un gato, había hecho saltar todas las luces de seguridad de la parte trasera de la casa.

Oliver resopló. El intruso, si había habido tal intruso, se había marchado hacía tiempo sin intentar entrar en la casa. Se sintió aliviado de no tener que hacer de héroe.

Empezaba a recuperar el pulso cuando una mano lo agarró del hombro. Sintió tal descarga de adrenalina, que no se paró a pensar. Se giró bruscamente y empujó a la persona contra la pared.

No habría sabido decir cuál de los dos estaba más asustado. Grace, con el brazo de Oliver en el cuello, soltó un quejido y el dejó escapar un gruñido.

—Por Dios, Grace… —le quitó el brazo y encendió la lámpara de bronce que iluminaba parte del vestíbulo—. Perdona, creía que eras…

—Ya… Un ladrón. Perdóname tú.

—¿Por qué no te has quedado donde estabas? Podría haberte partido el cuello.

—Lo sé —Grace seguía apoyada contra la pared y pálida como la cera—. Pero me he dado cuenta de dónde venía la luz —se frotó la garganta con una mano—. No quería asustarte.

—¿Asustarme? —Oliver no pudo contener una risa forzada—. Casi me da un síncope…

Grace sonrió y pareció darse cuenta de lo cerca que estaban.

—Te lo agradezco mucho.

¿Cuánto se lo agradecería?

Le pareció que la idea era repugnante y le espantó, pero Oliver no pudo evitar que sus ojos se dirigieran a la boca de Grace. Se le habían despintado los labios, pero seguían siendo igual de apetecibles que al principio de la noche. Sus dedos, por voluntad propia, los acariciaron.

El pulgar, sensual y posesivo, le recorrió con fuerza la delicada y húmeda superficie.

Ella lo miraba fijamente y él se inclinó para tomarle el labio inferior entre los dientes. Lo mordió y comprobó que el dolor se reflejaba en los ojos de ella. Entonces, como si ella tampoco pudiera dominarse, Grace se dejó caer sobre él.

Apoyó las manos sobre su pecho. Si eso era un intento de contenerlo, era un intento muy poco convincente. Cuando él se acercó más, ella lo agarró de la camisa casi compulsivamente.

—¿Quieres que me marche? —le preguntó Oliver.

—Quiero que te calles —susurró ella.

Oliver se olvido de cualquier intento de dominarse y la besó en la boca.

Notó que los pechos de Grace se aplastaban contra su pecho y que ella le pasaba los dedos por el pelo de la nuca.

Grace separó los labios para que las lenguas se encontraran en una danza frenética. También le clavó las uñas en el cuello para que no quedara duda de lo receptiva que se sentía. A Oliver, el deseo le abrasaba las entrañas. Se sintió abrumado por el anhelo, dobló los brazos y la aprisionó contra la pared.

Su erección hizo que ella separara las piernas para que pudiera acomodarse. Encajaban tan bien que parecían hechos el uno para el otro y se olvidó de Tom y de que él ya había estado en esa misma situación. Le tomó la cara entre las manos y la besó una y otra vez con una pasión que lo llevó al abandono absoluto. Nunca había estado tan excitado y su miembro palpitaba con una intensidad casi dolorosa.

Su anhelo le privaba de cualquier coherencia. Sólo deseaba estar dentro de ella, sentir su humedad, que su calor envolvente aplacara el hambre que había despertado en él. No descansaría hasta satisfacer ese apetito. Lo aceptaba y quería conseguirlo.

Le pasó las manos por los sedosos y sensuales mechones color caoba. Le pasó los labios por la oreja, jugueteó con el lóbulo y siguió por el cuello. Podía notar el pulso desbocado, tanto como el suyo, y el hombro que se movía en una invitación a disfrutar de su delicada piel. Lo hizo, le mordisqueó un trozo de piel y ella dejó escapar un jadeo. Miró hacía el escote, tomó aliento, y permitió que sus manos siguieran la dirección de su mirada. Tomó los pechos con las manos y notó su calidez a través de las lentejuelas. Sus pezones se endurecieron cuando los acarició con los pulgares y se inclinó para besar la hendidura que los separaba.

Aquello no era suficiente. Quería tocarla sin lentejuelas por medio. Quería quitarle el top y quería quitarse la camisa, quería notar sus pechos en su pecho, quería restregarse contra ella hasta que estuviera tan excitada y fuera de control como él mismo.

Había un lazo en la nuca de ella. Tiró de uno de los extremos y se deshizo inmediatamente, pero ella se sujetó el top como si hubiera ido demasiado lejos.

—No te eches atrás —la mera idea de renunciar a ella podía enloquecerlo.

—No —replicó agarrándolo de la mano—. Ven conmigo.

Lo llevó hacía el salón que él había visto antes.

Las luces del exterior se habían apagado y sólo llegaba el leve resplandor de la luz del vestíbulo. Dos sofás de terciopelo flanqueaban una chimenea de piedra que tenía el hogar lleno de velas apagadas. El suelo estaba cubierto de alfombras chinas, unas largas cortinas tapaban las ventanas y en una repisa había un equipo de música.

Grace se tumbó en uno de los sofás, arrastró a Oliver a su lado y dejó que el top de lentejuelas cayera hasta su cintura. No era fácil interpretar su expresión, pero a él le pareció que estaba un poco sorprendida de su propio comportamiento. Tuvo la absurda sensación de que ella nunca había hecho nada parecido, pero el deseo hizo que se olvidara de cualquier duda. Tenía los pechos firmes y los pezones duros y de un color rosa oscuro. La excitación los dirigía apremiantemente hacia él y los cubrió con las manos mientras dejaba escapar un murmullo de placer.

—Eres... una preciosidad —susurró Oliver con un tono vacilante.

Le pasó un dedo por la curva del cuello y la miró con embeleso. Se dio cuenta de que quería mucho de aquella mujer, pero no sabía lo que ella quería de él.

Ella levantó una mano y le acarició la mandíbula. La delicadeza de la mano lo encendió, cada terminación nerviosa se puso en tensión. Le besó la palma de la mano, siguió por el brazo hasta el codo y le pasó la lengua por los puntos más sensibles. Ella se estremeció.

—Quítate la camisa —le pidió ella con una voz áspera—. Quiero verte.

Oliver obedeció y ella se apartó hasta donde le permitían los almohadones. Oliver se tumbó sobre ella para notar los pezones sobre su pecho. Los notó sobre el triángulo de vello que le bajaba hasta el ombligo y tuvo la necesidad apremiante de sentir cada centímetro de su cuerpo desnudo bajo él en el improvisado lecho.

Las bocas volvieron a encontrarse. Era como si ella nunca fuera a saciarlo y su lengua participara de su entrega. Se tumbó junto a ella y la acarició desde los hombros hasta las rodillas. La abertura de la falda le permitía acariciar la parte posterior del muslo y las piernas se separaron casi involuntariamente, como si lo invitara a poner una de sus piernas entre ellas. Lo hizo y frotó su muslo contra su intimidad mientras ella emitía un sonido sordo contra su hombro. Grace volvió a cerrar las piernas y lo atrapó con una oleada de sensaciones.

Oliver tomó uno de los pezones con la boca, lo succionó con ansia y gozó con la reacción de la carne tierna a su lengua.

Ella se arqueó y le agarró del cuello con los brazos desnudos. Oliver gimió desde lo más profundo de su garganta. Grace era receptiva y sensible a sus deseos. El no habría sido humano si no hubiera sentido el apremio que lo llevó a bajar las manos hasta su cintura.

Vacilaron levemente mientras soltaban el botón de la falda v se distrajo ligeramente con el anilla que llevaba en el ombligo, pero cuando introdujo la mano dentro de la prenda de seda y comprobó que ella estaba tan excitada como él, cualquier otro pensamiento abandonó su cabeza. Ella se cimbreó instintivamente contra la mano y sus dedos se abrieron

—¡Oliver...!

Dos dedos penetraron en la hendidura y ella se sacudió sin control cuando el pulgar encontró y acarició el coral de su feminidad.

—No... no deberías... —consiguió decir Grace entre jadeos.

Oliver escondió la cara en la fuente de su placer y se deleitó con el sabor de la pasión.

—¿Por qué...? —balbució Oliver cuando consiguió respirar y mientras le bajaba la falda y la ropa interior—. Te gusta, ¿no? Al menos, lo parece.

—Pero tú sigues vestido —le reprochó ella antes de llevar las manos a su cinturón—. Te ayudaré.

A Oliver se le paró el pulso cuando ella rozó la palpitante protuberancia de su erección. Grace dejó de luchar contra el cinturón, tomó la forma del miembro entre sus dedos y luego le bajó la cremallera.

—Enséñamelo —susurró.

Grace tenía los labios separados y húmedos y Oliver no había estado tan excitado nunca en su vida. Casi no había desabrochado el botón de la cintura del pantalón cuando sintió los dedos de ella dentro de los calzoncillos. Cerró la mano alrededor de él y la movió de arriba abajo, observó la punta satinada y se la llevó a los labios.

—No... —*dijo* Oliver con voz entrecortada.

Se levantó, se quitó los calzon cillos y se deshizo de los zapatos de una patada.

—Déjame a mí...

Se tumbó junto a ella y la cubrió con su cuerpo para que notara las distintas texturas de vello y piel. Le separó las piernas y apoyó su muslo sobre su montículo. Ella se estremeció debajo de él.

Durante unos minutos, le bastó con disfrutar de la intimidad de su cuerpo y de su cálido aliento contra la mejilla. Ella bajó la mano por la espina dorsal hasta tomarle los poderosos músculos de las nalgas

entre las manos. Le clavó las uñas y le despertó sensaciones para él desconocidas. La erección se convirtió en una presencia casi dolorosa.

Ella se movió debajo de él y le pasó el pie por la pantorrilla. El embriagador aroma de su excitación lo enloquecía y todo él se endureció más todavía. Cuando la miró, no encontró temor ni arrepentimiento en su mirada. Independientemente de lo que hubiera hecho antes, en ese momento, era suya.

—Hazlo... —le susurró ella con un hilo de voz.

Grace levantó las rodillas, se expuso completamente y el anhelo superó cualquier posibilidad de retrasar lo inevitable. Oliver se arrodilló delante de ella y se abrió paso entre los húmedos rizos. Ofreció cierta resistencia, tanta, que él casi llegó a pensar que era virgen, pero no había ninguna barrera, sólo eran músculos que se tensaban y relajaban para acogerlo entre los gemidos y ligeros gritos de ella.

Le costaba ser paciente y ralentizar su necesidad de estar completamente dentro. Aunque también era un deleite increíble y desconocido alargar el placer de ambos. Sin embargo, al final acabó inmerso en su ardiente hendidura. Por un instante, Oliver temió hacerle daño, pero ella lo recibió sin quejas y él tardó un instante en moverse.

Grace, como si hubiera captado lo que sentía Oliver, rozó sus labios con los de él y le buscó la lengua con la suya. Oliver no pudo resistir el deseo de conseguir que ella disfrutara de aquello tanto como él.

Apoyó las manos a cada lado de la cabeza de Grace y se elevó hasta casi separarse completamente de ella, quien, instintivamente, se arqueó par acompañarlo. Él volvió a embestir para acompasa su ritmo. Pensó que hacían una pareja perfecta notó que ella tensaba los músculos alrededor de é Ella correspondía a cada uno de sus movimientos el deseo de prolongar el placer se vio superado pe el apremio de su avidez.

Aun así estaba decidido a que ella lo acompañar en cada paso del proceso. Aceleró los embates e introdujo una mano entre ellos para acariciarle el lugar palpitante que ya había acariciado antes. Ella respondió inmediatamente. Se aferró a sus hombros dejó escapar un gemido casi imposible por la falta de aliento. El climax de Grace lo bañaba con s esencia y él perdió todo el control. Empujó una última vez y, en un paroxismo de sensaciones, explotó dentro de ella.

Se derrumbó sobre Grace entre las convulsione del orgasmo y no se dio cuenta hasta que ella se movió como si se quejara de su peso. Había hecho el amor sin pararse a pensar en la protección y sintió remordimiento. Ella se merecía lo mejor de él y tendría que estar avergonzado. Aunque también con prendía que le habría resultado

imposible pararse pensar. Se había sentido dominado por la pasión y deseo y había querido sentirla directamente. Si pero si eso había alguna consecuencia, tendría que cargar con ella, pero en ese momento, le parecía que cualquier precio era pequeño.

Sin embargo, cuando giró la cabeza para besar cuello de Grace, ella hizo un gesto de rechazo cuando se dio la vuelta para ponerse de costado, el se bajó del sofá casi precipitadamente.

Se agachó para recoger la ropa, la estrechó contra ella y lo miró desde arriba. Él se quedó atónito al comprobar que tenía los ojos irritados, como si hubiera llorado.

—Creo que deberías irte —dijo Grace inflexiblemente.

Oliver se dio cuenta de su desnudez y de que su miembro todavía palpitaba en semierección.

—Si es lo que quieres... —replicó sin entender nada.

Se sentó, agarró los pantalones, se los puso, se metió los calzoncillos en un bolsillo y se levantó.

—¿Te pasa... algo?

—¿Qué iba a pasarme? —le preguntó ella a su vez con el mismo tono tenso mientras él se ponía la camisa—. ¿Ya estás?

—Grace...

—Vete —insistió ella—. Tus padres estarán preguntándose dónde estás.

—Me dan igual mis padres.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya. Seguro... Buenas noches, Oliver. Echa el pestillo cuando te vayas.

Capítulo 11

GRACE durmió sorprendentemente bien. Pensó que después de lo ocurrido se quedaría desvelada, pero no fue así.

No había cerrado las cortinas del dormitorio y la luz la despertó. Todavía era pronto, alrededor de las siete, pero Grace no se quedó en la cama. Tenía calor, se sentía pegajosa después de haber hecho el amor con Oliver y le extrañó que no se hubiera duchado antes de acostarse.

Se metió en la ducha, abrió el agua fría y se restregó cada centímetro del cuerpo para eliminar cualquier rastro del contacto con Oliver. Se quitó el aro que, había llevado en el ombligo y decidió que no volvería a usarlo nunca más.

A pesar de todos los esfuerzos, todavía tenía el sabor de Oliver en el paladar y su olor en los pulmones. Pensó que lo mejor era ir a correr a la playa para respirar aire puro.

Quitó la ropa de cama y la metió en la lavadora, se puso una camiseta rosa y un pantalón corto negro y se hizo una trenza con el pelo mojado.

Se detuvo un momento para tomar una taza de café y fue al garaje para tomar el coche de su padre. Si iba en coche, no corría el riesgo de encontrarse **a** Oliver en el camino que iba al pueblo. Cuando salió de su casa, comprobó que, aparentemente, no había nadie en la casa de los vecinos. Quizá durmieran hasta más tarde por haberla invitado la noche anterior. No pudo evitar un ligero estremecimiento al imaginarse a Oliver en la cama. Nunca olvidaría su imagen tumbado en el sofá; su desnudez y falta de pudor. Nunca había conocido a un hombre tan satisfecho de su cuerpo. También tuvo que reconocerse que no había visto muchos hombres desnudos y que hasta la noche anterior no había disfrutado plenamente del sexo. Las chicas del trabajo hablaban de sexo, pero ella siempre había pensado que exageraban. Aunque lamentara amargamente lo que había pasado, no podía negar que sentía como una verdadera mujer por primera vez en su vida. Gracias a Oliver. Al margen de todo lo demás, el día anterior le había dicho que no era un hombre libre, le había dado una lección magistral en el arte de la seducción. Ella había llegado a perder todo el juicio y la decencia. No había sido capaz de dominar lo que estaba pasando, ni él tampoco. Sólo se habían ocupado de satisfacerse mutuamente. Pensar que le había preocupado que Tom se insinuara... Al lado de su hermano, era un aficionado.

No quería buscarse excusas y se reconoció que era tan culpable como él de haber traicionado a alguien. Había comprobado el

concepto de la fidelidad que tenía él, pero eso no le había impedido entregarse. Lo cual era más increíble si se tenía en cuenta que durante toda la cena había estado buscando la manera de vengarse por el trato que le había dado la mañana anterior. Se había vestido para dejarle claro lo que estaba perdiéndose. Quería humillarlo. Por eso le había dejado que la acompañara, para pararle los pies si intentaba algo. Hasta que pasó toda la historia del ladrón. No era una buena excusa y sabía que el resultado habría sido el mismo de haber acabado en sus brazos por otro motivo. Él conseguía que no pensara juiciosamente. Lo único que podía hacer era mantenerse alejada de él y por eso estaba pensando en volverse a Inglaterra.

Llegó a la playa y la encontró casi vacía. No creía que Oliver estuviera levantado y fuera a encontrárselo, pero si lo hacía, tendría que lidiar con él. Al fin y al cabo, ¿iba a consentir que la mandara a Inglaterra? Además, en Inglaterra la esperaba Tom. No iba a gustarle que estuviera buscando otro alojamiento y tampoco podía olvidarse de que las exigencias de Sophie estaban poniendo en riesgo su empresa. Quizá debiera volver a casa de sus padres.

Aparcó el coche junto al muro de la playa y se quedó un momento mirando el mar. Lo fácil era echar la culpa a Oliver. Si no se hubiera casado con Sophie y la hubiera descuidado hasta que ella se fue con Tom, nada de todo eso habría pasado. Sin embargo, ella sólo contaba con la versión de Tom y, a juzgar por las ganas que tenía Sophie de recuperar su matrimonio, no parecía una versión muy exacta. Todo el mundo tenía que ser responsable de sus actos y ella la primera. Abrió la puerta y se bajó del coche. Se quitó los zapatos y los dejó dentro. Luego pasó por encima del muro y saltó a la arena.

A pesar de los esfuerzos, no podía dejar de pensar en cómo sería la novia de Oliver. Miranda... ¿Por qué todas las mujeres triunfadoras tenían nombres que parecían de niñas? Las abogadas tendrían que tener nombres sólidos que transmitieran confianza a sus clientes. Llamarse Miranda daba la sensación de que era una criatura delicada que necesitaba un hombre que la protegiera. Se mojó los pies en la orilla. Tal vez Miranda fuera así y Oliver lo aceptaba. Él nunca había negado su compromiso, aunque tuviera esa debilidad concreta por ella.

¡Una abogada! Seguramente, era la profesión más indicada para su novia. Así tendría una amante y una defensora en el mismo lote. Lo que le recordó los riesgos de tener un amante. Era improbable que se quedara embarazada en esas fechas, pero siempre quedaba la duda. Oliver habría supuesto que tomaba la píldora. Tenía tal concepto de su promiscuidad sexual que se esperaría cualquier cosa. No podía olvidarse de que creía que era la amante de Tom.

Sabía que no tenía que importarle lo que pensara Oliver, pero le

importaba. No le gustaba que la hubiera utilizado, aunque en su momento le hubiera encantado. Tendría mucho cuidado de que no volviera a utilizarla.

Volvió a su casa las nueve sin haber decidido lo que iba a hacer. No quería que Oliver pensara que se había ido porque la asustaba, pero, si era sincera consigo mismo, lo mejor para su tranquilidad de espíritu era que pusiera tierra por medio. Estaba buscando los zapatos por el suelo del coche cuando vio que alguien estaba cruzando el césped entre su casa y la del vecino. La carne de gallina y la humedad de las palmas de las manos le decían clarísimamente que se trataba de Oliver. Podría haber tenido la consideración de permitirle entrar en su casa antes de volver a torturarla.

Sin hacerle caso, tomó los zapatos con una mano y con la otra cerró el coche. ¿Conseguiría entrar antes de que él se diera cuenta?

No. Era imposible no demostrar que lo había visto.

—¿Querías algo? —le preguntó con una mirada gélida.

Grace sintió cierta satisfacción al ver la sorpresa reflejada en su rostro.

—Tenemos que hablar —le contestó él tranquilamente después de recomponerse.

—¿De verdad? —el tono fue como si no supiera de lo que estaba hablando.

—Lo sabes perfectamente —Oliver tenía el ceño fruncido.

—¿Por qué? —Grace llegó a la puerta y buscó las llaves en el bolsillo—. No le contaré a tu novia lo que pasó anoche si eso es lo que te preocupa.

Oliver soltó un exabrupto.

—No me refiero a eso.

—¿No? —Grace arqueó una ceja burlonamente como si fuera dueña de la situación—. Debe de estar muy segura de sí misma si no le importa que te acuestes con otras.

—No me acuesto con otras y no vas a provocarme para que diga cosas que no quiero decir —tomó aire—. Tenemos que hablar de lo que pasó.

—Pero no ahora —Grace fingió una indiferencia que no sentía—. Tengo que darme una ducha y desayunar —metió la lleve en la cerradura con la esperanza de que él no hubiera notado el ligero temblor de la mano—. Hasta luego...

Él se movió con una velocidad increíble y metió en pie entre la puerta y el marco.

—No puedes esquivarme toda la vida —le dijo mientras ella se alejaba por el vestíbulo—. Vamos a hablar, Grace. Ahora o en otro momento.

La confianza que había tenido Grace se evaporó.

—Ya te he dicho que no tenemos nada de qué hablar.

—No estoy de acuerdo. Quiero saber qué pasó anoche.

—¡Ah...! —exclamó Grace medio, histérica—. Haberlo dicho antes. Nos acostamos y estuvo muy bien, por cierto. Lo siento, ¿se me olvido darte las gracias?

No entendió lo que dijo Oliver, pero dio por supuesto que era algún insulto en español. Luego, con un gesto de impotencia, se dio la vuelta y dejó que la puerta se cerrara detrás de él.

Grace habría preferido hacer la maleta y largarse después del enfrentamiento con Oliver, pero no iba a dejar que la intimidara. No tenía por qué volver a verlo. Si volvían a invitarla sus padres, buscaría una excusa para no aceptar la invitación.

En cualquier caso, tuvo un cuidado especial cada vez que entraba o salía de la casa. No quería ofender a los Ferreira, que tan buena relación tenían con sus padres. Los dos días siguientes vivió casi como una ermitaña y sólo se acercaba a la piscina si estaba segura de que Oliver no andaba cerca.

Naturalmente, lo vio. Él parecía no sentir ninguna necesidad de mantenerse alejado de ella. Lo vio infinidad de veces; alto, moreno, perturbador... Llegó a pensar que disfrutaba mostrando su pecho musculoso y delgado para que ella lo viera desde su escondite.

Hasta que una mañana, cerca de una semana después de la llegada de Oliver, Grace salió de la piscina ante las voces que se oían en la casa de al lado. Un hombre y una mujer estaban hablando, no le hacía falta ver a Oliver para reconocerlo, pero la otra voz no era de su madre y Grace comprendió enseguida que se trataba de Sophie.

Grace, contra su voluntad, sintió un agujero en el estómago. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿La habían invitado los Ferreira? Le parecía improbable. ¿La había invitado Oliver? Seguramente, tampoco.

No podía oír lo que decían, ni quería hacerlo. Se envolvió en la toalla. Sólo quería llegar a su casa sin que la vieran, lo cual le resultó increíblemente fácil porque los dos estaban enfrascados en su conversación.

Sin embargo, mientras se duchaba, Grace notó una sensación que no quería reconocer. Se repitió una y otra vez que no estaba celosa. Oliver y ella se habían acostado, pero nada más. Los sentimientos no habían participado.

Estaba haciéndose una ensalada para comer cuando alguien llamó a la ventana de la cocina. Se asustó porque estaba concentrada y pensando en otras cosas, pero lo que más la asustó fue ver a Oliver, sobre todo después de los tórridos pensamientos que había tenido. Sin embargo, no podía hacer como si no lo hubiera visto. Se secó las manos y fue a abrir la puerta.

—Dime.

El saludo no fue muy acogedor y él lo reflejó en su gesto.

—¿Puedo entrar?

—¿Para qué?

—Quiero hablar contigo. No se trata de eso, creo que capté el mensaje —le aclaró inexpresivamente—. Hay otra cosa.

—Qué...

—Si me dejas entrar, te lo contaré.

—Si es una treta...

—No lo es.

Grace apretó los labios. Oliver parecía sincero y ella quería creerlo. Además, estaba deseando verlo, pero eso era peligroso y ella lo sabía.

—De acuerdo —dijo con un tono desenvuelto mientras le dejaba pasar.

La cocina era grande, pero parecía diminuta con él dentro y el cuarto de al lado tenía connotaciones que ella prefería no recordar en ese momento. Lo acompañó al despacho de su padre. Incluso allí, la presencia de Oliver le daba un carácter íntimo. Tenía la piel más morena por el tiempo que pasaba al aire libre y los pantalones cortos dejaban ver sus piernas largas y musculosas. La camisa tenía mangas y lo agradeció, pero la llevaba abierta hasta la mitad del pecho y estaba insoportablemente sexy y viril.

—¿Qué... quieres? —le preguntó mientras se parapetaba en un lado de la mesa de despacho.

Oliver hizo una mueca de disgusto por la maniobra defensiva.

—¿Puedo sentarme?

—Claro.

Grace estaba deseándolo para no sentirse intimidada, pero ella se quedaría de pie.

Oliver se sentó en una de las butacas de cuero.

—Es muy bonito. Supongo que es el refugio de tu padre.

—No has venido a hablar de las habitaciones de la casa, Oliver. ¿Qué quieres?

Él la miró de arriba abajo antes de contestar.

—¿Te pasa algo? Pareces cansada. ¿No duermes bien?

—Eso es lo que tú quisieras. Al grano, Oliver, tu mujer estará preguntándose dónde estás.

—No tengo mujer —Oliver la miró con fastidio—, pero supuse que la verías. No me mires así, yo no la he invitado.

—¿Crees que me importa?

Sin embargo el tono de voz la delató.

—Creía que podía importarte. Tenéis mucho en común —comentó irónicamente Oliver.

Grace lo miró con incredulidad.

—No tengo nada en común con esa... —Grace intentaba

controlarse—. ¡No se parece en nada a mí!

—¿Tú crees? —Oliver seguía mirándola con cierta amargura—. Si tú lo dices... Estoy seguro de que Tom estaría de acuerdo contigo. Para él, Sophie, de repente, tiene cuernos y rabo. ¿Eso pasó antes o después de que tú aparecieras en escena?

Grace se puso rígida.

—No tengo intención de hablar contigo de los asuntos de Tom.

—Asuntos... es una palabra muy versátil —Grace habría querido asesinarlo—. En cualquier caso, dejando a un lado los problemas sentimentales de Tom, ¿sabías que había intentado ponerse en contacto con un prestamista para conseguir el dinero de Sophie?

Grace parpadeó y se quedó atónita por el repentino cambio de tema.

—¿Yo...? No. ¿Por qué iba saberlo?

Oliver se inclinó hacia ella con los antebrazos apoyados en los muslos.

—Creía que te lo habría dicho —respondió Oliver con frialdad—. Tú te ocupas de los asuntos económicos de la empresa, ¿no? Tú lo sabes todo.

—Me halagas —replicó Grace con tensión—. La financiación es cuestión de Tom, no mía.

—De acuerdo. Entonces, ¿no sabías nada de que había pedido este préstamo?

—No —Grace dudó—. Sabía lo mismo que tú, que había ido a ver al director del banco.

—¿George Green?

—Sí. Se me había olvidado —Grace hizo una mueca—. Es amigo tuyo. ¿No te ha comentado que tu hermano busca dinero como sea?

—George no habla de sus clientes. ¿Quieres decir que lo ha rechazado?

—¿Por qué no se lo preguntas a Tom? —preguntó Grace con resentimiento—. ¿O a Sophie? Me imagino que todo viene de ahí.

Oliver no respondió inmediatamente, pero ella supo que tenía razón en cuanto vio que fruncía el ceño.

—Sí, ella me lo dijo —reconoció Oliver a regañadientes—. Dice que le preocupa que se meta en un verdadero lío si sigue por ese camino.

—¡Qué buena...! —Grace supuso que esa había sido su excusa para presentarse allí—. Es una santa.

Él había estado con los ojos fijos en el suelo, pero levantó la cabeza y la miró con cautela.

—¿No la crees?

—No he dicho eso —Grace suspiró—. De acuerdo, es posible que sea verdad. Tu amigo Green sólo está dispuesto a prestarle la mitad de

lo que necesita.

—¿La mitad?

—Sí. Tom ha asumido muchas deudas en los últimos meses por culpa de la ampliación. Cualquier banco se andaría con los pies de plomo.

—Ya... Entonces, ¿crees que Sophie ha hecho bien en venir a avisarme?

Grace sacudió la cabeza. . —No sé cuáles son los motivos de Sophie.

—Pero ella no te gusta mucho, ¿verdad?

—No tiene por qué gustarme. Es un problema tuyo, no mío.

Oliver suspiró con cansancio.

—¿Y si yo dijera que es un problema de Tom?

—Yo diría que eso es lo que quieres pensar —Grace rodeó la mesa con la esperanza de que él captara el mensaje y se levantara—. Bueno, si eso es todo...

—No lo es —Oliver cruzó la habitación sentado en la butaca con ruedas y la agarró de las manos—. ¿Cuándo podré verte otra vez?

Grace contuvo el aliento.

—Ahora estás viéndome...

Oliver la atrapó entre los muslos y le pasó las manos por las curvas del trasero.

—Ya sabes lo que quiero decir —apoyó la cara en el abdomen de ella—. Quiero estar contigo. Desde que estuvimos juntos... no he podido pensar en otra cosa.

—¿Ni siquiera en Miranda? —lo preguntó si saber por qué.

Tenía que acabar con aquella conversación.

Oliver dejó escapar una exclamación incontenible.

—Olvídate de Miranda —le pasó los labios entre los pechos—. Yo la he olvidado.

Por el momento... se dijo Grace, que se había dado cuenta de la ambivalencia de las palabras de Oliver. Él no se comprometía a nada. Grace estaba segura de que la deseaba. Notaba la protuberancia que le palpitaba entre las piernas, pero ¿hasta cuándo? Prefería no descubrirlo.

—Pues yo no —afirmó rotundamente—. Y salvo que quieras correr el riesgo de quedarte impotente —le frotó la rodilla contra la erección —, será mejor que te vayas.

Sin embargo, la amenaza era bastante inconsistente y él parecía saberlo. Le pasó los dedos por el borde del pantalón y luego, mientras subía las manos hacia su nuca con la intención evidente de bajarle la cabeza, sonaron las campanillas de la puerta principal.

—Han llamado a la puerta —constató Grace sin saber si se alegraba o lo lamentaba.

—Salvada por la campana. Pero esto no queda aquí, Grace. Te lo prometo.

Capítulo 12

GRACE se volvió a Londres al día siguiente. Sentía la necesidad imperiosa de analizar objetivamente sus sentimientos hacia Oliver y no confiaba en sí misma si lo tenía a la vuelta de la esquina. Tampoco confiaba en él, pero eso era otra historia.

Además, que ella supiera, Sophie estaba viviendo en casa de los Ferreira y ese era otro motivo para marcharse. Había estado muy grosera cuando fue a buscarlo y le dejó muy claro que la culpaba de su retraso.

Si ella supiera... se dijo Grace mientras esperaba al equipaje. Quién sabía lo que podría haber pasado si Sophie no los hubiera interrumpido.

Grace recogió las bolsas, tomó un taxi y le dio al taxista la dirección de sus padres en el barrio de Croydon. Había decidido pasar un par de días con ellos antes de volver a Newcastle. Tenía que ordenar las ideas y no lo conseguiría si Tom decidía que ya había esperado demasiado tiempo para expresarle sus intenciones.

Luego, tendría que seguir buscando un sitio donde vivir. Sólo deseaba que Tom resolviera sus problemas financieros para que no pareciera que estaba abandonando un barco que se hundía.

No estaba abandonándolo y no había ningún barco hundiéndose, dijera lo que dijese Sophie. Iba a irse de casa de Tom para que nadie se imaginara cosas.

Cuando llegó a la casa victoriana, sólo estaba su madre. Su madre no la esperaba y pareció muy sorprendida de verla.

—Creía que estabas en España —se dio cuenta de que Grace estaba muy pálida—. ¿Te pasa algo?

—No —Grace sabía que no resultaba muy convincente—. He pensado que podía pasar un par de días con mi familia antes de volver al trabajo. No os importa, ¿verdad?

—Claro que no —la respuesta fue inmediata y tranquilizadora—. Lo que pasa es que no entiendo que prefieras el triste Londres al soleado San Luis —se detuvo un segundo—. ¿Estabas con Tom?

—¡Tom! —exclamó con cansancio—. ¡No! Tom no estaba conmigo. ¿Por qué crees que estaba?

—Yo... —la señora Lovell parecía desconcertada—. Hace unos días hablé con Nancy y me dijo que un hijo suyo estaba allí. Yo, naturalmente, supuse que era Tom.

—No era Tom —Grace dejó la mochila en el suelo—. ¿Puedo tomar una taza de té? No he tomado nada en el avión.

—Perdona, cariño. Yo hablando de los Ferreira mientras tú te

mueres de hambre... Vamos a la cocina. Te haré algo de comer.

—Basta con una taza de té. Luego, desharé las maletas.

—Como quieras.

Fueron hasta una cocina muy agradable que daba a un precioso jardín rodeado de muros. Su madre puso la tetera y se volvió hacia su hija con una sonrisa.

—¿Te lo has pasado bien?

Grace resopló lentamente.

—Muy... muy bien. Mmm, ¿qué tal está papá?

—Bien —era evidente que su madre no quería hablar de ellos—. ¿Qué hiciste?

—No gran cosa —Grace suspiró—. He nadado y he tomado el sol. Hacía bastante calor para hacer otra cosa.

—¿Viste a los Ferreira?

—Cené una noche con ellos.

—¿Qué tal están?

Su madre le había dicho que había hablado con Nancy y Grace quiso contestarle que ya lo sabía, pero se contuvo.

—Están bien. Al menos, eso parece.

—Entonces, ¿estaba Oliver?

—Sí—contestó Grace lacónicamente.

—¿Qué tal está? —como siempre el interrogatorio era exhaustivo —. Supongo que Sophie no estaría con él.

—Están divorciados, mamá —Grace se dio cuenta de que para ella también era importante creerlo—. Estupendo, el agua está hirviendo.

Su madre fue a preparar el té y, cuando se volvió, Grace comprendió que el intento de cambiar de conversación había sido inútil.

—Pasa algo, ¿verdad? —sacó de la nevera una jarra con leche y la dejó sobre la mesa—. Supongo que se trata de Tom. Lo supe cuando Nancy me dijo que Sophie se había ido de casa.

—¿Cómo? ¿Qué sabes? —Grace sentía impotencia por la certeza de su madre—. No estoy liada con Tom si es lo que estás insinuando. Nunca he estado liada con él ni pienso estarlo. ¿Te ha quedado claro?

—No hace falta que me hables en ese tono, Grace —su madre parecía ofendida—. Que Tom no te corresponda...

—¡Tom es un imbécil! —la interrumpió Grace—. A veces no me gusta nada.

—Es lo que dices ahora, cariño —le pasó la taza de té a su hija—, pero te conozco bien y sé que no te irías de España de repente si no estuvieras molesta por algo.

Grace la miró fijamente y con incredulidad.

—¿De verdad piensas que me interesa Tom?

—Bueno, tienes que reconocer que el verano pasado te llevaste

muy bien con él. Al fin y al cabo, si no hubiera sido así, no te habría ofrecido el trabajo.

—El trabajo no tiene nada que ver —decidió que no iba a quedarse tranquila hasta que le aclarara las intenciones de Tom—. De acuerdo. Me fui a España por culpa de Tom.

—Estaba segura —su madre adoptó un aire satisfecho.

—Pero no es por lo que tú te imaginas. Desde que Sophie se fue, las cosas se pusieron... difíciles. No me gusta vivir sola en la casa con él. No me fío. Él cree que es una cuestión de tiempo que seamos... algo... ya sabes. Eso no ocurrirá nunca.

La señora Lovell frunció el ceño.

—¿Te ha amenazado?

—Claro que no —Grace sacudió la cabeza—. Pero se empeña en que la gente piense que soy su novia. Por eso he decidido irme a vivir por mi cuenta.

—¿Vas dejar el centro de jardinería?

—No, a no ser que me eche. Podría hacerlo si creyera que podía salir impune.

—¡Dios mío! —su madre sacudió la cabeza—. No sabía que Tom fuera así.

—¿No? —el tono de Grace era sarcástico—. ¿Te has olvidado de que Sophie estaba casada con Oliver cuando Tom empezó a salir con ella?

—No, claro —su madre se mordió el labio inferior—, pero siempre sostuvo que Oliver y ella tenían problemas antes de que tuvieran la aventura.

Grace se encogió de hombros.

—Es posible —dio un sorbo de té—, pero, en cualquier caso, no es de nuestra incumbencia, ¿verdad?

—Supongo que no —la señora Lovell tomó una bocanada de aire —. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas buscarte un sitio antes de volver al trabajo?

Grace deseó poder hacerlo, pero le parecía improbable.

—Seguramente no. Lo pensaré. Por el momento, ¿puedo quedarme un par de días aquí?

—No hace falta que lo preguntes. Siempre te recibiremos con los brazos abiertos. A tu padre va a encantarle que su hijita esté aquí otra vez.

—No tan hijita... Gracias, mamá. Sabía que podía contar contigo.

Esa noche, Oliver comprobó que Grace se había marchado. No la había visto, pero había supuesto que estaba evitándolo. Oliver, después de llevar a Sophie al aeropuerto, llamó a la puerta de la casa de Grace y comprobó que todo estaba cerrado y vacío.

Se sintió muy contrariado de que se hubiera ido sin decirle qué

pensaba hacer. Se había vuelto a Inglaterra, y a Tom, y lo había dejado con la sensación de ser un idiota.

Decidió que él haría lo mismo. Le había dado un mensaje a Sophie para que se lo entregara a su hermano y, así, él poder alargar las vacaciones, pero eso ya no era una alternativa. La marcha de Grace lo había dejado furioso e intranquilo y estaba decidido a aclararlo todo definitivamente.

—No hay ningún motivo para que te marches —se quejó su padre —. Sophie se quedara contenta cuando reciba su dinero y Tom debería sentirse afortunado de tener un hermano capaz de perdonar, olvidar y salvarle el cuello. Yo me siento afortunado. Tu estancia aquí ha significado mucho para mí. No lo olvidaré.

Oliver sacudió la cabeza.

—No me he ocupado mucho de ti en el pasado, padre. Tú, en cambio, hiciste muchísimo por mí. Me alegro de poder corresponderte.

—Aun así...

—Creo que es mejor que vuelva —afirmó Oliver amablemente—. Llevo mucho tiempo fuera y Andy va a pensar que me he jubilado anticipadamente.

—Además, también está Miranda —intervino su madre—. Supongo que te echará de menos.

—Claro.

Oliver esbozó una sonrisa como si se sintiera culpable, pero la verdad era que Miranda no contaba como una de sus prioridades. Tendría que verla. Le debía una explicación personal. Pasara lo que pasase con Grace, no podía seguir con ella.

Resopló con pesar. Se temía que estaba engañándose en lo referente a Grace. Era evidente que, cuando estaba con ella, sentía algo muy especial. Le había demostrado que lo vivido con Sophie y Miranda era un juego de niños en comparación con lo podían ser las cosas. Sin embargo, todavía tenía que comprobar si eso era suficiente para los dos.

Tenía algo claro, no pensaba compartirla con su hermano. Si seguía con Tom, eso le daría un buen motivo para retirarse. Le costaría, pero lo superaría. Ya había superado otros desastres en su vida.

Durante el viaje de vuelta pensó que tenía otra alternativa. Podía cortar todo contacto con Grace y ahorrarse todas las elucubraciones. Eso sonaba muy bien en teoría, pero sería muy difícil de conseguir en la práctica.

Llegó a su piso a última hora de la tarde. Se hizo un sandwich, llamó a Andy y se fue a deshacer la maleta después de tranquilizar a su socio y prometerle que a la mañana siguiente estaría en la oficina.

Estaba pensando en lo que se haría de cena cuando sonó el

teléfono. Contestó con cierta desgana. No podía ser Grace porque no le había dado el número, pero pensó que podía ser su madre para comprobar que había llegado sano y salvo.

—Dígame.

—¡Has vuelto!

Era Tom. Oliver sintió un agujero en el estómago.

—Sí —contestó sin alterarse—. ¿Estabas buscándome?

—Toda la semana pasada —el tono de Tom era agresivo—. Supongo que has estado de vacaciones.

—¿Es un delito? Es más, he estado con papá y mamá, pero ya lo sabrás...

—Sí, ya lo sé —el tono no era más sosegado—. Sophie me ha dado tu mensaje.

—Perfecto. George se ocupará de los detalles, pero, en esencia, lo que hago es avalar tu préstamo. No me debes nada.

—¿No? —su voz conservaba cierto tono beligerante—. ¿Crees que como me has sacado de un embrollo no tengo sentimientos?

Oliver resopló.

—Tom, no espero ninguna gratitud; pero sí esperaba que te alegrara.

—¿Por qué? —le espetó Tom—. ¿Porque has estado viéndote con Grace a mis espaldas?

—Ah. ¿Te ha dicho eso?

—Sí. ¿No es verdad?

Oliver no quería comentar nada de Grace. Que ella le hubiera contado eso a Tom significaba que tenía una relación muy profunda con él.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —colgó antes de que Tom pudiera contestar.

El teléfono volvió a sonar casi inmediatamente, pero Oliver no descolgó. El día había empezado mal y había ido a peor. Se olvidó de la cena, tomó una botella de whisky y se fue a su cuarto.

Sin embargo, tampoco le seducía la idea de beber hasta la inconsciencia. No iba a solucionar nada. El teléfono volvió a sonar. Aunque no quisiera ver a Grace otra vez, tendría que hacerlo. Si no, no conseguiría estar tranquilo.

Capítulo 13

OLIVER no tuvo la oportunidad de pasar por el centro de jardinería durante los dos días siguientes. El primer día tuvo que ponerse al tanto en la oficina. Se fue a casa a las seis y media, pero no apagó la luz hasta después de las doce.

Al día siguiente, Andy le mandó a una cena benéfica.

—Uno de los dos tiene que ir y la semana pasada, Jill y yo fuimos al cóctel de los Masterson mientras tú tomabas el sol —le explicó Andy mientras le daba la invitación.

—Pero es esta noche y no tengo pareja.

—Te encontraré una inmediatamente. ¿Qué pasa con tu abogada?

Oliver, sin ninguna gana, llamó a Miranda y a última hora de la tarde entraban juntos en el hotel Gosforth Manor.

—Es precioso —dijo ella mientras avanzaba por el vestíbulo del brazo de Oliver—. ¿Cuándo cenaremos? No he tenido tiempo de almorzar.

—Espero que pronto.

Tuvieron que abrirse paso entre las mesas y Oliver aprovechó la ocasión para soltarse del brazo de Miranda. A cada paso se paraba para saludar a alguien, pero en esa ocasión no presentaba a su acompañante. Encontraron la mesa, sentó a Miranda al lado de la mujer de un concejal conservador y se disculpó antes de dirigirse hacia la salida.

Sin embargo, no se libró de la gente ni en el vestíbulo del hotel. Dirigía una empresa muy conocida y sabía que tenía que ser correcto, entre otras cosas, por Andy, aunque su estado de ánimo no era el más adecuado. Entonces, vio que su hermano iba hacia él con una expresión muy decidida.

Oliver dejó escapar un juramento, pero la cara debió de traicionarle porque su hermano puso cara de satisfacción perversa.

—Vaya, vaya —le dijo Tom cuando llegó a su altura—. Mi benefactor en persona. Supongo que contabas con encontrarme aquí y que por eso no has contestado a mis llamadas.

Oliver sintió un remordimiento fugaz por todas las llamadas que se habían acumulado en el contestador, pero no había querido tener otra discusión con su hermano.

—Mira, no es ni el momento ni el lugar de hablar de eso. Tenía pensado pasar por Tayford dentro de un par de días. Podemos hablar entonces.

Pareció como si Tom fuera a contradecirlo, pero se contuvo.

—Muy bien —echó una ojeada alrededor—. ¿Dónde está Gracie?

—¿Grace...? —Oliver lo miró fijamente—. ¿Por qué iba a saber dónde está Grace?

—Bueno, ella está contigo, ¿no? Es una cena de gala y todos deberíamos venir acompañados...

Oliver pasó por alto la pregunta.

—Bueno, no la he visto.

Tom frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya habéis roto?

—No. Yo... —Oliver no sabía cómo contestar sin revelar sus sentimientos ni humillarse ante su hermano—. Yo... bueno... tengo que volver.

—Pero...

Antes de que Tom pudiera indagar más, apareció una chica y lo agarró del brazo.

—Vaya, estaba buscándote —le reprochó mientras mientras estrechaba sus abundantes pechos contra su manga.

Fue el turno de que Tom se abochornara y Oliver, mientras esperaba a que se la presentara, se dio cuenta de que ya la conocía. Era Gina Robb y trabajaba en la oficina del centro de jardinería. ¡Gina! Tendría dieciséis años como mucho. ¿Intentaba poner celosa a Grace o era incapaz de ser fiel a una mujer como le había dicho Sophie? Tom pareció darse cuenta de lo que estaba pensando Oliver.

—Mmm... ya conoces a Gina, ¿verdad, Oliver? ¿Te acuerdas de mi hermano? —le preguntó a la chica.

—Claro —miró a Oliver con unos ojos azules e infantiles—. Hola, señor Ferreira. No esperábamos verlo por aquí...

—No.

—No me has dicho con quién has venido, Oliver —dijo con frialdad Tom, que ya se había recuperado del apuro—. ¿La conozco?

—Es una amiga y será mejor que vuelva con ella.

—Te acompañaremos para que nos la presentes —Tom había captado la resistencia de su hermano—. Quién sabe, a lo mejor estamos en la misma mesa.

Grace entró en la oficina a las ocho de la mañana. Había pasado cuatro días con sus padres en Londres y había decidido que ya podía volver al trabajo.

No iba ser fácil, a pesar de lo que hubiera dicho Tom. Tampoco había pensado en dimitir. No era una cobarde y, si Tom quería que se quedara, ella estaba preparada para hacerlo, pero según sus condiciones, no las de él.

A él no le había gustado la idea de que ella fuera a alojarse en un hostal de Ponteland hasta que encontrara un alojamiento. Él, naturalmente, se había opuesto, pero por mucho que le asegurara que no tenía nada que temer de él, ella quería que nadie tuviera ninguna

duda de que no había nada entre los dos, ese «nadie» quería decir Oliver. Quizá Oliver pudiera compartir sus necesidades sexuales con dos personas, pero ella no era como él. Además, nunca la había atraído Tom ni le había dado motivos para que pensara otra cosa y quería que quedara muy claro.

Pero no creía que a Oliver fuera a importarle. Estaba segura de que seguía viéndose con Miranda y, aunque le destrozaba imaginárselo con otra mujer, tendría que asimilarlo.

Eso le había explicado a su madre cuando acabó enterándose de lo que había pasado en España. Grace no había querido decírselo a sus padres, no quería estropear sus relaciones con los Ferreira, pero la alivió mucho poder hablar con alguien.

Su madre se quedó sorprendida por el comportamiento de Oliver, pero Grace le confesó que ella tenía tanta culpa como él. Reconoció que sentía algo por él aunque no fuera a hacer nada. El tenía una novia en Inglaterra y ella lo había sabido desde el primer momento. Su madre acabó aceptando que había sido un error por ambas partes.

Al menos eso dijo. Su madre la conocía demasiado bien como para tragarse que su hija había aceptado la situación cuando seguía tan dolida. Por eso, se había empeñado en que Grace llamara a Tom antes de volver al trabajo e hizo prometer a su hija que, si se sentía mínimamente incómoda con Tom u Oliver, se lo diría.

Grace no le había explicado que, gracias a Dios, había muy pocas posibilidades de que volviera a ver a Oliver. Por lo menos, eso esperaba ella. No quería ni pensar en la idea de trabajar con Oliver de forma cotidiana.

Sin embargo, esa mañana se sintió aliviada de ver que el centro de jardinería funcionaba tan bien como siempre. Había llegado a temer que los problemas de la empresa hubieran podido llegar a afectar a la gente que trabajaba allí.

Sin embargo, cuando entró en la oficina, Gina estaba allí, como siempre, y Bill Fletcher estaba sirviéndose una taza de café.

—Hola —Gina la saludó amablemente y eso sorprendió a Grace porque la chica solía estar de bastante mal humor por las mañanas—, Tom nos había avisado de que volvías hoy.

A Grace le sorprendió que lo llamara por su nombre de pila.

—Buenos días a todos. Bill, por favor, ¿me servirías otra taza a mí?

—Claro —Bill llenó una taza y se la dio a Grace—. ¿Has pasado unas buenas vacaciones?

Grace esbozó una débil sonrisa.

—No ha estado mal —dio un sorbo del café—. Mmm, está muy bueno.

—No estás muy morena —comentó Gina—. ¿No ha hecho buen tiempo?

—Ha hecho mucho calor. A veces, demasiado para tomar el sol.

—Nunca haría demasiado calor para mí —aseguró Gina apasionadamente—. Me encanta el calor. Estoy deseando que lleguen las vacaciones.

Grace fue a su mesa para dejar de hablar de aquellas vacaciones. No sabía si había llegado Tom. La puerta de su despacho estaba entreabierta, pero eso podía significar cualquier cosa. No estaría completamente segura de que iba a quedarse hasta que no viera su actitud. Sus dudas se despejaron en cuanto entró Tom.

—¡Eh! ¡Bienvenida—la saludó animadamente.

—Gracias.

Grace lo miró desde su mesa y se tranquilizó al verlo como siempre.

—¿Has tenido un buen viaje?

—Bastante bueno.

Grace vio por el rabillo del ojo que Gina los miraba con cara de desconcierto. Estaría preguntándose qué pasaba allí. Para Gina, ella seguía viviendo en casa de Tom.

—Ven al despacho. Tengo que contarte algo.

Tom ya le había contado que había visto a Oliver y Miranda en la cena benéfica y no quería hablar ni una palabra más de él.

—No te habrás olvidado de que vas a llevarme a ver las obras a la hora de la comida, ¿verdad, Tom? —le preguntó Gina.

Grace se dio cuenta de que Tom la miraba con expresión de fastidio.

—Dije que lo haría si tenía tiempo —se apartó para que Grace entrara en el despacho—. Tráeme un café, por favor.

Grace se dio cuenta de que, si las miradas pudieran matar, ellos estarían fulminados. Tom le indicó que se sentara y se dejó caer en su butaca tan tranquilamente.

—Me alegro de que hayas vuelto, Grace. La oficina no es lo mismo sin ti.

—¿De verdad? Al parecer, Gina y tú os lleváis muy bien. ¿Desde cuándo te llama Tom?

—Ya conoces a Gina. Ella cree que somos íntimos, pero no es verdad.

—A mí me da igual.

Grace se dio cuenta de que Gina estaba detrás de ella con la taza de café para Tom y se hizo un silencio un poco incómodo.

—Ah, es mi café... Gracias, eres un encanto.

Gina tenía una expresión de ira cuando pasó junto a Grace sin mirarla, pero la ira iba dirigida contra Tom.

—Dime —dijo Grace cuando se cerró la puerta—. ¿Qué querías contarme? —estuvo a punto de preguntarle por el préstamo, pero cayó

en la cuenta de que ella no tenía por qué saberlo—. ¿Has resuelto los problemas económicos?

Tom la miró pensativamente.

—¿Te lo ha dicho Oliver? Lo has visto en San Luis, ¿verdad? ¿Y a Sophie?

—¿Te lo ha dicho Sophie?

—¿Acaso no debería haberlo hecho?

—Supongo que depende de lo que te contara. No tengo que darte cuentas de lo que hago, Tom. Eres mi jefe, nada más.

Tom hizo un gesto de arrepentimiento, pero no desistió.

—Sophie me ha contado que Oliver y tú estuvisteis juntos. ¿No crees que tengo derecho a saber si te has estado acostando con mi hermano?

Grace se levantó inmediatamente.

—Si las cosas van a ser así en el futuro, creo que tendré que irme. Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia. Pero, para que conste, no me he estado acostando con nadie.

Para ella, lo que había hecho con Oliver no había sido solamente acostarse.

—De acuerdo, de acuerdo —Tom se levantó y pareció darse cuenta de que se había excedido—. Siéntate, Grace. Perdona, pero ya sabes lo que siento por ti. Me desespera imaginarte con Oliver.

—Supongo que a él le pasaría algo parecido cuando sedujiste a su mujer, pero no vas a velar por mi moral. Si quiero salir con alguien, lo haré.

—Incluido Oliver.

—Oliver tiene novia. Tú mismo me lo dijiste.

—Ya, claro, es verdad. Siéntate, por favor. Quiero hablarte del préstamo. Te prometo que no volveré a mencionar a Oliver.

Grace dudó. En el fondo, se temía que aquello no funcionaría nunca. Siempre le recordaría a Tom lo que había podido ser su relación. Sin embargo, se sentó. Quería saber cómo pretendía salvar el centro de jardinería.

—El banco me ha ampliado el préstamo. ¿Qué te parece?

Grace no sabía qué pensar. Se acordó de la reacción de Oliver cuando se enteró de las intenciones de su hermano y quiso saber si había influido para que el banco cambiara de opinión. Sin embargo, no quería volver a hablar de Oliver. Por el momento, le bastaba con saber que el futuro de la empresa estaba asegurado.

—Fantástico —consiguió parecer entusiasmada—. Estarás más tranquilo.

—Desde luego. Yo sabía que todo era una cuestión de tiempo.

Grace se reservó su opinión. No se había olvidado de lo mal que lo había pasado Tom cuando ella se fue. Sin embargo, él no le explicó

por qué había cambiado de opinión el banco y ella decidió que era el momento de volver al trabajo.

El día se le había hecho muy largo. La rutina no había conseguido que desaparecieran los fantasmas que la habían abrumado desde que se fue de San Luis. Ya no se sentía cómoda allí y no bastaba con culpar a Gina o a Tom.

Creía que Tom le ocultaba algo. No le había aclarado el repentino golpe de suerte y, aunque parecía aceptar su decisión de vivir en otro sitio, ella no acababa de estar convencida. Le gustaría saber qué tramaba.

Estaba recogiendo cuando Gina fue a su mesa. No se habían hablado desde la mañana y esperaba que no fuera a quejarse porque Tom no la había llevado a ver las obras.

—El martes hubo una cena benéfica. Tom me llevó con él. ¿Te lo ha contado?

—No...

Grace no pudo ocultar la sorpresa. Sabía que Tom había ido y había visto a Oliver y Miranda, pero no sabía que había ido con Gina.

—Lo pasamos muy bien —afirmó Gina con tono triunfal.

—Estupendo —Gina no tenía la culpa de que Tom estuviera comportándose como un idiota—. Me alegro de que lo pasaras bien.

—¿De verdad? Estoy segura de que te habría gustado estar aquí. Seguramente te habría llevado a ti.

—Yo no estaría tan segura. Tom y yo sólo somos compañeros de trabajo. No pasamos juntos nuestro tiempo libre.

—Pero vives en su casa...

—Ya no —Grace hizo una pausa—. Voy a vivir por mi cuenta. Por el momento, estoy en el hostal de Ponteland.

Gina la miró fijamente.

—¿Porqué...?

—Porque no era la situación ideal desde que se marchó Sophie. Además, necesito mi espacio propio.

—Entonces, no estás... saliendo con Tom...

—No.

Gina lo meditó.

—¿No estás celosa?

—No —a Grace le hizo gracia la idea—. ¿Lo ha dicho él?

—Dijo muchas cosas —Gina pareció dudar—. Bebió y creo que no sabía ni la mitad de lo que decía. Naturalmente, casi todo trataba de su hermano Oliver —se detuvo un instante—. ¿Es verdad que Oliver estaba en España cuando tú estabas allí? Tom creía que estabas viéndolo a sus espaldas.

Grace notó que le ardían las mejillas.

—Creo que Tom no tiene por qué hablar de lo que yo hice o dejé

de hacer en vacaciones. No tiene nada que ver con él.

Gina se encogió de hombros.

—Él cree que sí.

—Pues no —Grace tomó aire—. Además, Oliver está saliendo con otra mujer. Seguramente la conocerías.

—Ah, Miranda, sí... —Grace llegó a tener la esperanza de que Tom hubiera mentido, pero esa esperanza se desvaneció—. Me pareció que no estaba muy contenta.

—¿No? —a Grace se le aceleró el pulso—. ¿Por qué?

—Estaba furiosa porque Oliver la había dejado sentada mientras él hablaba con la gente en el vestíbulo. Nosotros lo encontramos allí y no parecía tener mucha prisa por volver.

—¿De verdad? —sabía que estaba agarrándose a un clavo ardiendo —. ¿Por qué lo sabes?

—Cuando Tom le dijo que le gustaría conocerla, Oliver puso trabas para presentárnosla.

—Ah.

Ya lo entendía. Naturalmente, Oliver no quería presentarle a Tom a su novia. Primero, porque sabía que Tom se lo contaría a ella inmediatamente y así demostraría que Oliver era un mentiroso. Segundo y, seguramente, lo más importante, no podía confiar en su hermano en lo relativo a la mujer que quería.

—Me alegro de haber tenido esta charla —dijo Gina, que por primera vez le sonreía abiertamente—. Hasta mañana.

Capítulo 14

CUANDO sonó el telefonillo, Oliver estaba en su piso intentando entender los planos que le había dado Andy antes de marcharse.

—Échales una ojeada e intenta poner algo de entusiasmo en el proyecto —la había pedido Andy—. La próxima vez que vayas a tomarte unas vacaciones, piénsatelo antes. No has levantado cabeza desde que volviste.

Había sido un comentario justo y Oliver se preguntó si sería él quien llamaba. Era un buen amigo y sabía que sólo quería lo mejor para él, pero en ese momento no quería ver a nadie. Excepto a Grace.

Pero Grace había desaparecido. Hacía una semana, cuando fue al centro de jardinería al día siguiente de la cena benéfica, Grace no estaba allí. Según Tom, sólo habían hablado por teléfono desde que volvió de España. Se había quedado en casa de sus padres y eso era todo lo que Tom estaba dispuesto a decir.

Oliver no tenía ninguna duda de que él era el responsable. Su comportamiento había sido reprobable, tanto antes como durante la estancia en España. También estaba seguro de que Tom le habría contado que lo había visto con Miranda. Quizá hubiera sido un error acudir con ella, pero Andy había dejado muy claro que tenía que representar a la empresa y ésa le pareció la única solución.

Además, quería hablar con Miranda para explicarle que no volverían a verse. Aunque una cena benéfica no había sido la ocasión más propicia. Miranda se hizo una idea equivocada cuando la invitó y luego, cuando le dio la noticia, se lo tomó muy mal. Fue una noche espantosa. Tom había disfrutado con su incomodidad y supuso que se lo contaría a Grace cuando volviera a su casa.

Al día siguiente, aprovechó una reunión de Andy para ir a Tayford, pero Grace no estaba allí. También supuso que Tom habría disfrutado por eso, aunque él no había dicho que hubiera ido a verla. Pero era el único motivo que tenía para ir y Tom lo sabía.

—¿Quién es? —preguntó al intercomunicador.

—Oliver...

Era una voz femenina, pero no la que él quería oír.

—Sophie —dijo inexpresivamente—. ¿Qué quieres?

—¿Es esa una forma de saludar a tu mujer? —Sophie parecía querer seducirlo—. Quiero hablar contigo, cariño. ¿Puedo subir?

—No se me ocurre nada que tengamos que hablar y no eres mi mujer. Lo siento, pero...

—Se trata de Grace —Sophie lo interrumpió—. Estoy segura de que te interesará lo que tengo que contarte. Ábreme, está empezando

a llover.

Oliver dudó. No creía que Sophie pudiera saber algo de Grace y no estaba de humor para tener paciencia.

Aun así, le abrió la puerta del almacén. No le haría ningún daño escucharla.

Sophie salió del ascensor envuelta en una nube de perfume. Intentó darle un beso, pero Oliver se apartó. No era un encuentro social ni la consideraba su amiga.

—¿Sigues trabajando...? Cariño, son más de las nueve. Hasta los trabajadores compulsivos como tú tienen que descansar.

Oliver se cruzó de brazos.

—Dime lo que tengas que decirme, Sophie. Estoy ocupado.

—Ya lo veo —ojeó los papeles que había sobre la mesa y se volvió hacia él—. ¿No vas a ofrecerme algo de beber? ¿No tienes alcohol en tu casa?

—No es una reunión social, Sophie. ¿Qué quieres?

Sophie puso mala cara.

—Eres deprimente. Tom lo decía, pero yo no le creía.

—¿Tom? —Oliver frunció el ceño—. ¿Te ha mandado Tom?

—¡Claro que no! —se rió con desprecio—. Tom no lo haría. Tiene mucho que perder.

Oliver la miró fijamente.

—¿De qué estás hablando? Creía que habías dicho que se trataba de Grace.

—Así es. ¿No sabías que tu hermano está encaprichado de ella? Lo ha estado desde que la convenció para que fuera a trabajar con él. ¿Por qué crees que me he marchado?

—Ya sé todo eso, Sophie. Ya me lo habías contado. No hace falta que insistas.

—Creo que sí —Sophie se sentó en el brazo de una butaca de cuero y cruzó las piernas—. Te he dicho que Tom está encaprichado de Grace, pero no he dicho que Grace esté encaprichada de Tom.

—No es lo que me dijiste antes —Oliver se puso tenso.

—Bueno, todos tenemos nuestras debilidades. Tom te hizo creer que era su amante, ¿verdad? Quizá yo también lo creyera.

—¿Estás diciendo que no era verdad?

Sophie se encogió de hombros.

—Quizá —respondió cautelosamente.

—¿Lo estás diciendo o no?

Oliver no estaba de humor para aguantar misterios y Sophie hizo un gesto defensivo.

—De acuerdo. Por si te interesa saberlo, creo que estaba equivocada.

Oliver se acercó a ella con un gesto de furia.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué te marchaste?

—Estás equivocado si crees que voy a quedarme con un hombre que no deja de mirar a otra mujer. Me puso en ridículo, Oliver, y ningún hombre queda impune si lo hace.

—¿Por eso te empeñabas en sacar el dinero del centro de jardinería? ¡Creías que ésa era la única forma de recuperarlo!

Sophie ni lo negó ni lo reconoció y Oliver la miró con incredulidad.

—Pero ¿por qué me lo cuentas? Vas a llevarte el dinero. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque tú lo has sacado del apuro. Yo quería que sufriera, pero tú se lo has puesto fácil. Era lo único que yo podía hacer.

Oliver no salía de su asombro.

—Dios mío, lo decías en serio... Nadie te pone en ridículo sin pagar por ello.

—Donde las dan las toman. Además, a lo mejor me siento generosa. He oído decir que has roto con la señorita Sawyer y me preguntaba si el motivo para que no hayas visto a Grace desde que volviste de España sería que no quieres hacer algo que tu hermano hizo sin pensárselo dos veces.

—¿A qué te refieres?

—A seducir a tu mujer. Yo no tuve nada que ver, te dijera él lo que te dijera. De acuerdo, no me resistí mucho, estaba harta de que no me prestaras atención, pero no te equivoques, tu hermano no tiene escrúpulos y va siendo hora de que alguien le dé un poco de su propia medicina.

—Ése soy yo, ¿no? —Oliver sacudió la cabeza—. No te preocupes, Grace no va a volver al centro de jardinería. Según Tom, va a quedarse en Londres.

—¿Te lo has creído? Vamos, Oliver... Tom nunca se da por vencido. Sigue deseando a Grace y está dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirla. Entre otras cosas, y sobre todo, manteneros alejados.

Era más de medianoche cuando Oliver llegó al hostal de Ponteland. Estaba muy animado. Sobre todo por haber sacado a su hermano de la cama y haberlo amenazado con darle una paliza si no le daba la dirección de Grace inmediatamente. Tom había intentado negarlo. Había intentado convencerlo de que Grace había dicho que no iba a volver y que había sido una sorpresa para él cuando se presentó hacía unos días.

Oliver sabía que eran mentiras. Sophie le había contado que Grace había vuelto al trabajo al día siguiente de que él fuera por allí. Tom tuvo que rendirse a la evidencia.

Oliver no pudo evitar una punzada de aprensión al pararse delante

de la casa donde vivía Grace. Había sido un acto impulsivo y, de repente, había perdido todo el ímpetu. A lo mejor se negaba a verlo. Quizá no lo creyera cuando le dijera lo que sentía por ella. No tenía motivos para creerlo y, después de oír todas las mentiras de Tom, ella pensaría lo peor.

Se pasó una mano vacilante por el pelo. Tendría que haber esperado a la mañana. A lo mejor la dueña llamaba a la policía. ¿Qué les diría? ¿Que era un idiota enamorado? A Andy le encantaría que lo detuvieran.

Sin embargo, abrió la verja impulsado por algo más fuerte que sus reparos. Llegó a la puerta. No había timbre y llamó con la aldaba.

El sonido pareció estruendoso en el silencio de la noche y pensó que debía de haber despertado a la mitad del vecindario. Sin embargo, nada se movió. No había un alma ni fuera ni dentro. Tendría que largarse o volver a llamar hasta despertar a todo el mundo.

Se alejó de la puerta para echar una última ojeada y vio algo que se movía en una ventana del piso superior. Se separaron unas cortinas y vio la cara de una mujer que lo miraba. ¡ Grace!

Oliver sintió que recuperaba todo el ímpetu que había sentido. Hizo unos gestos frenéticos para pedirle que bajara, pero, antes de que ella pudiera decir nada, se abrió la puerta de la casa y apareció una mujer de unos cincuenta años con una bata y el pelo cubierto por una redecilla.

—¿Sabe qué hora es? —le preguntó como si sólo le extrañara que fuera la una de la noche—. ¿Qué desea? —vio el Porsche y cambió el gesto—. Lo siento, no tengo habitaciones libres.

—No quiero una habitación —replicó Oliver con una sonrisa—. Una amiga mía está aquí y me gustaría hablar un momento con ella.

—¿Una amiga? —la posadera frunció el ceño—. Lo siento, pero no acepto visitas del sexo contrario después de las diez de la noche.

Como si la hora fuese importante, se dijo Oliver con cierta impaciencia.

—A lo mejor podemos hablar en el salón...

—¿A estas horas? No creo.

—Por favor... —Olíver estaba conteniéndose—. Es muy importante.

—Como le he dicho...

—Está bien, señora Lawson, hablaré con él en la puerta —Grace había aparecido detrás de la mujer, pero su expresión no era muy esperanzadora—. ¿Qué quieres, Oliver? ¿Ha pasado algo en el centro de jardinería?

—No —la respuesta fue un tanto arisca porque no estaba dispuesto a hablar delante de la posadera—. Grace, tengo que hablar contigo.

Grace lo miró con ira.

—Entonces, podrás esperar hasta mañana. Estaré en la oficina a las ocho…

—¡Al diablo con el trabajo! Grace, quiero hablar contigo. Tengo que hablar contigo. Hasta hace un par de horas, ni siquiera sabía que habías vuelto.

—¿Eso qué importancia tiene?

—¿Estás de broma? —fulminó con la mirada a la señora Lawson—. Grace, no me hagas esto. ¿Crees que habría venido hasta aquí a estas horas si no fuera algo importante?

—Sigo sin saber por qué has venido —respondió Grace con frialdad—. A no ser que sea la única hora a la que puedes hablar conmigo sin que se entere tu novia.

—No tengo novia. Si Tom te ha dicho lo contrario, está equivocado —volvió a atravesar a la señora Lawson con la mirada—. La verdad es que no me he acostado con Miranda desde que me di cuenta de lo que sentía por ti.

Notó que Grace se sonrojaba y sintió un rayo de esperanza, aunque le molestaba tener que hablar de sus sentimientos delante de una desconocida.

—Tom me hizo creer que no ibas a volver. Quería mantenernos alejados —añadió Oliver.

—Yo… no sé. ¿Cómo te has enterado de que había vuelto?

Oliver suspiró porque sabía que aquello no iba a gustarle.

—Me lo ha dicho Sophie. Fue a verme esta noche.

—¿Sophie? —efectivamente, Grace se puso recelosa—. ¿Por qué iba a decirte algo así?

—Acompáñame y te lo explicaré —miró retadoramente a la posadera—. Si te deja tu perro guardián…

—Escúcheme bien…

—Iré a vestirme —la interrumpió Grace para sorpresa de todos—. No se preocupe, señora Lawson, no pasa nada. ¿Me esperas un momento? —le preguntó a Oliver.

—Toda la vida si hace falta. Estaré en el coche.

A los cinco minutos, Grace abrió la puerta del pasajero y se sentó a su lado. Llevaba unos vaqueros y un jersey amplio y la trenza seguía tan desordenada como cuando apareció en la puerta.

—Muy bien. ¿Por qué fue a verte Sophie?

—¿Vamos a hablar aquí…? ¿Por qué no vamos a mi piso?

—¿No podemos hablar aquí? —Grace tragó saliva.

—¿Esperabas hacerlo?

—Creo que no —tuvo que reconocer Grace.

—¿Entonces?

Lo miró un rato y se preguntó si podría verle el corazón en los ojos.

—De acuerdo, pero luego me traes otra vez.

—Si quieres venir… —Oliver puso en marcha el coche—. Gracias.

Grace frunció el ceño.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por creerme. Me crees en lo de Miranda, ¿verdad?

Grace se quedó en silencio hasta que tomaron la carretera principal.

—La has visto después de volver de España —era una afirmación.

—¿Te refieres a la cena benéfica? Fue un error y me di cuenta nada más recogerla.

—Entonces, ¿por qué la invitaste?

—Yo sabía que tenía que decirle que ya no podíamos salir juntos y Andy me dio la invitación de repente. Me pareció una ocasión tan buena como otra cualquiera.

—¿No lo fue?

—No. Yo pensé que podría plantearlo con delicadeza, pero no pude. Me parecía mal estar con ella y me encontré con Tom y Gina cuando quería escapar de Miranda. Tom te dijo que nos había visto, ¿verdad? Para él fue como maná caído del cielo.

—No te preocupes por Tom. Cuéntame lo que te dijo Miranda.

Oliver suspiró.

—Bueno se sintió dolida, naturalmente. Se dio cuenta de que yo la había utilizado. No me sentí muy orgulloso de mí mismo.

—¿Lo lamentas?

—¿El qué? —la miró sorprendido.

—Haber roto con Miranda.

—No —lo dijo con rotundidad—. Hacía semanas que ya sabía que aquello no funcionaba.

—¿Por mi culpa?

Grace lo dijo con indecisión y Oliver miró su perfil a contraluz.

—¿Lo dudas? Por Dios, Grace, ¿no sabes lo que siento por ti?

Oliver tuvo que volver a mirar la carretera y notó, más que vio, que ella juntaba las manos sobre su regazo.

—En… en España me dijiste que no eras libre.

—No lo era.

—Pero no dijiste nada de que fueras a romper con ella.

—No. No lo hice.

—¿Por qué?

—Porque fui tonto. Creía que Tom y tú… Bueno ya sabes lo que creía. Aquel día que fui a la casa y estabas allí. ¿Qué podía creer? Tom estaba casi desnudo y tú estabas congestionada como si acabaras de salir de la ducha. Quise mataros a los dos.

—Eso era lo que Tom quería que creyeras.

—Lo sé. Ahora me he dado cuenta. Aun así, en aquel momento yo

no podía olvidarte. Cuando estuvimos juntos en España, yo tenía miedo de estar yendo demasiado lejos. Creía que Tom y tú estabais juntos.

Grace se quedó un momento en silencio.

—¿Por qué no me lo preguntaste a mí?

—Por que me daba miedo. Te seré sincero. Después del divorcio, me juré que no volvería a confiar en una mujer. No quería salir contigo. Sabía desde el principio que podías hacerme mucho más daño que Sophie. Utilicé a Miranda de barrera para que pensaras que ella me importaba, pero nunca me importó de esta manera.

—¿De qué manera?

—Ya lo sabes. En cuanto te fuiste de San Luis supe que había cometido el mayor error de mi vida. Aunque no te lo creas, ya no me importaba si Tom y tú habíais estado juntos. Yo te deseaba, te necesitaba. Maldita sea, te amaba.

—Oliver...

—No digas nada, por favor —había captado cierto tono de arrepentimiento en su voz—, ¿No podemos esperar hasta que lleguemos? Creo que prefiero no llevarme otra decepción cuando estoy conduciendo. Me había prometido no decir nada hasta que llegáramos, pero estaba volviéndome loco por verte y oírte y no poder tocarte.

Oliver oyó que Grace contenía el aliento y le pareció que estaba tan ansiosa como él de llegar a su casa. Sin embargo, se limitó a preguntarle.

—¿Por qué fue Sophie a verte a tu casa? No sabía que os tratarais tanto.

—Y no lo hacemos —Oliver suspiró—. De acuerdo, está resentida con Tom y creía que yo me mantenía alejado de ti por una idea disparatada de la lealtad.

—¿No era así?

—Claro que no. Fui a verte a tu trabajo el día siguiente de la cena benéfica, pero no estabas y Tom me dijo que no pensabas volver...

—¿Qué...?

—Que ibas a buscar un trabajo en Londres.

—Pero... eso no es verdad.

—Ya. Eso es lo que me dijo Sophie. También me dijo que había tenido celos de ti y que por eso había reclamado el dinero.

—Pero ya tiene el dinero...

—Sí, pero le parece que todo ha sido muy fácil para Tom. Sabe que yo he avalado el préstamo...

—¿Has avalado el préstamo?

Oliver la miró de soslayo.

—¿No te lo ha dicho?

—No.

—Yo estaba seguro de que lo haría.

—No puedes estar seguro de nada cuando se trata de Tom.

—Es verdad —Oliver asintió con la cabeza—. Maldita sea, ¿por qué tiene que haber un semáforo cada cien metros a esta hora de la noche?

—No están cada cien metros —Oliver notó cierto tono burlón en la voz de Grace—. ¿Falta mucho?

—No. Casi hemos llegado.

Aparcó el coche delante del almacén. Siempre lo guardaba en el garaje, pero ni su adorado Porsche iba a robarle un segundo de estar con Grace. Abrieron la puerta, cruzaron la planta baja hasta el ascensor y apretó el botón del primer piso.

—Es precioso —dijo ella al entrar en el piso—. ¡Qué vista!

—Es mejor de día —Oliver se quitó la cazadora de cuero, la dejó en una silla y encendió dos lámparas—. ¿Quieres tomar algo?

Grace se dio la vuelta.

—¿A las dos de la mañana? Creo que no.

—De acuerdo. Entonces... querrás hablar.

—Para eso me has traído aquí —Oliver volvió a captar el mismo tono burlón de antes—. A no ser que se te ocurra algo mejor...

A Oliver se le secó la garganta.

—Sólo se me ocurre una cosa mejor —notó que todo el cuerpo se le ponía en tensión.

—A mí me pasa lo mismo —Grace se acercó hasta pasarle la punta de la lengua por los labios—. Ya hablaremos luego.

Capítulo 15

GRACE abrió los ojos y pensó que iba a hacer un día precioso de principios de verano. Eran las seis de la mañana y la luz ya bañaba toda la habitación. El hombre fuerte y delgado que estaba tumbado a su lado la tenía atrapada con una pierna.

Grace sintió un ataque de pánico momentáneo y pensó que Tom se había colado en su cama. Hasta que reconstruyó la noche anterior y comprendió que era Oliver. Oliver, que le había hecho el amor durante toda la noche. Se estremeció sólo de acordarse e intentó mirarlo, pero él le había atrapado la melena con su cabeza y no podía darse la vuelta. Pensó que lo amaba. Ya podía reconocerlo. Lo amaba con toda su alma y estaba agradecida a Sophie por querer vengarse de Tom. Sin su ayuda, habrían pasado meses hasta que Oliver y ella hubieran vuelto a verse y podría haber sido demasiado tarde.

—¿En qué estás pensado?

La voz áspera de Oliver la asustó.

—¿Tú que crees? —por fin pudo mirarlo con ternura y sensualidad —. En ti, naturalmente.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

—No —Grace contuvo el aliento—. ¿Y tú?

—Sólo me arrepiento de no haberlo hecho antes —Oliver la agarró de la nuca para acercarla—. ¿Por qué parecías tan preocupada? He visto que se te borraba la sonrisa como si te hubieras acordado de algo que no te gustaba.

—No deberías haber estado mirándome. Creía que estabas dormido.

—¿Cómo? ¿Cuando acabo de pasar la noche más maravillosa de mi vida y estoy tumbado junto a la mujer que me la ha proporcionado?

Grace se sonrojó.

—Todavía no puedo creerme que estés aquí. Te he deseado desde.... me parece que ha sido toda la vida. Grace fue a acariciarle la mejilla, pero él le agarró la mano y le besó la palma.

—Te quiero —le dijo Oliver con emoción—. No quiero dejar que te vayas.

—No tendrás que hacerlo —susurró ella mientras se acurrucaba contra él—. Yo también te quiero, ¿no te parece perfecto?

—Sí, es perfecto.

Oliver la miraba y la estrechaba contra sí para que notara el efecto que tenía en él. Se le había acelerado la respiración, como a ella, y la besaba en la boca con avidez y pasión.

Las consecuencias fueron arrasadoras, como siempre. Ella se sentía

abrumada por un anhelo parecido al de él. Separó las piernas y se puso a horcajadas sobre su muslo para que notara su húmeda excitación. Seguía algo irritada por la noche anterior, pero estaba deseando repetir la experiencia. Lo deseaba, deseaba percibir esa sublimación de uno mismo que sintió cuando él estaba dentro de ella y dejaron de ser dos personas para fundirse en una.

Él era delicado y se abrió paso hacia su tesoro con una paciencia infinita. Ella lo recibió encantada. Primero, los músculos se relajaron y luego se contrajeron alrededor de él hasta que lo dejaron sin respiración.

—Dios mío, Dios mío —repetía Oliver.

Grace se arqueó hacia él y Oliver no pudo evitar la reacción automática de su cuerpo. Ella le rodeó la cintura con los muslos y él tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no perder el dominio de sí mismo. Sin embargo, cuando notó el climax de ella que lo empapaba con su esencia, no se contuvo y se liberó en su interior con un gemido de placer absoluto.

Oliver tardó en moverse y Grace se estiró lujuriosamente cuando por fin se tumbó de espaldas junto a ella. Nunca se había sentido tan satisfecha, pero eran las nueve y no podían quedarse todo el día en la cama.

—¿Adonde vas? —se quejó Oliver al ver que ella se levantaba.

—A darme una ducha. Supongo que tienes ducha, ¿no?

—Sí, claro que tengo ducha —la acarició con la mirada—. A lo mejor me ducho contigo, pero antes voy a hacer café. Necesito un estimulante. Me has dejado agotado.

Grace hizo un gesto burlón.

—¿Te he agotado? —se puso a horcajadas sobre él—. Eres insaciable.

—¿Alguna queja? —la acarició desde las rodillas a los pechos—. Preferiría pensar que te ha gustado.

—Claro... que me ha... gustado —Grace se rindió a sus caricias y se derrumbó sobre él.

—Mmm —Oliver le pasó los labios por los pechos—. A mí también me gusta. Demasiado, quizá. No quiero que te vayas.

—Puedes retenerme todo el tiempo que quieras.

—¿De verdad? —Oliver le apartó el pelo de la cara—. Había soñado con esto y ahora no puedo creérmelo.

—Oliver... —Grace se estremeció.

—Ya, es increíble, ¿no? Hará veinte años que no soñaba algo parecido.

—Me parece maravilloso. Me había resignado a no sentir algo así por nadie y ahora...

—¿Ahora...?

—Ahora no puedo imaginarme la vida sin ti —lo dijo con cierta timidez—. Era lo que estaba pensando cuando creíste que estaba preocupada. Si no hubiera sido porque Sophie quería vengarse, quizá nunca habríamos sabido lo que era esto.

Oliver le pasó un pulgar por los labios.

—Es posible. Tengo que reconocer que me sentí destrozado cuando Tom me dijo que no ibas a volver al centro de jardinería. Estaba seguro de que era por mi culpa y tampoco sabía cómo ponerme en contacto contigo porque el orgullo me impedía pedirle tu dirección a Tom. Hasta hoy, que he sacado a Tom de la cama.

—Yo estaba segura de que estabas utilizándome y de que amabas a Miranda.

Oliver se incorporó y la besó en los labios.

—Tom tiene que responder a muchas preguntas. Aunque seré compasivo. Al fin y al cabo, no habías dejado tu trabajo y te habría encontrado allí. Grace esbozó una sonrisa vacilante. —Eso espero...

—Yo estoy seguro. No te olvides de que no habíamos zanjado nuestro asunto.

—¿Ya está zanjado? —se levantó y se sentó en el borde de la cama.

—Nunca quedará zanjado —Oliver se incoiporó y la abrazó—. Te echaré una mano con la ducha —la llevó en brazos al cuarto de baño —. Luego iremos a ver a Andy. Es mi socio. Piensa que estoy insoportable desde que volví de España.

—¿Y a Tom?

—A Tom también. Quiero ver su cara cuando le diga dónde vas a vivir a partir de ahora.

Casi exactamente un año después, Oliver y Grace volvían de cenar con los padres de Oliver en San Luis. Los padres de Grace iban a llegar al cabo de unos días, pero por el momento disponían de toda la casa para ellos.

Esa vez, Grace también vio luces en la casa.

—Juanita nunca entra en la sala —le rebatió Grace cuando Oliver dijo que podía haber sido la asistenta—. Además, no parece una lámpara. A lo mejor ha entrado alguien...

—No —Oliver abrió la puerta—. Hay una explicación muy lógica.

—¿Cuál? —le preguntó mientras lo apartaba para pasar—. Voy a ver a...

—Espera —Oliver la agarró del brazo—. Primero, vamos a ver qué es.

—Pero Alex... —Grace no podía soportarlo.

—Alex está perfectamente. Si no, María nos habría llamado.

Entonces, Grace soltó una exclamación. Docenas de velas encendidas iluminaban el salón y era la luz que había vislumbrado desde fuera. Además, todos los rincones estaban rebosantes de rosas

rojas cuya fragancia creaba un ambiente embriagador.

Grace se quedó boquiabierta y se volvió hacia su marido sin comprender nada.

—¿Quién...? ¿Lo has hecho tú?

—Bueno, si no lo hubiera hecho yo, me sentiría un poco molesto. ¿Te gusta?

Grace no salía de su asombro.

—Pero, ¿cómo lo has hecho? Hemos estado toda la tarde con tus padres...

—Menos cuando vine a ver cómo estaba Alex. Por cierto, nuestro hijo está perfectamente en su cuna y María está leyendo en su cuarto.

Grace lo miró con adoración.

—¿Lo has hecho por mí?

—Por los dos —la tomó de los hombros y le dio un beso en los labios—. ¿Sabes por qué?

—No es nuestro aniversario de boda... Faltan seis semanas...

—No.

—Tampoco es porque Tom y Gina vayan a venir mañana, ¿verdad?

—¡Dios me libre!

Sin embargo, los dos hermanos habían limado sus diferencias. Tom había aceptado que Grace nunca había estado interesada en él y empezó a salir con Gina por despecho, pero su relación duraba más de lo que cualquiera podría haber esperado. Por eso, bueno, porque Gina cumplía dieciocho años, los señores Ferreira los habían invitado a pasar unos días en la villa. Nadie sabía lo que podría surgir de aquello, pero Grace sospechaba que Gina era algo más que un apaño para su novio de treinta y dos años.

—Hoy hace exactamente un año desde que hicimos al amor por primera vez. Esta habitación y ese sofá me traen muy buenos recuerdos.

—¡Oliver...! —Grace suspiró y lo abrazó—. Es tan romántico...

—Ya, bueno, que Tom no te oiga decir eso...

—¿Por qué? —Grace arqueó las cejas—. ¿Crees que como imita todo lo que haces te fastidiaría que le hiciera lo mismo a Gina?

—Sí —la tomó de la mano y la llevó al sofá—. Te quiero, señora Ferreira, y quería hacer algo que lo dejara bien claro.

Grace se estremeció, pero se recompuso en cuanto notó los dedos de Oliver en los botones de la blusa.

—No pretenderás... ¿Aquí?

—¿Por qué no?

—Pero ¿Alex y María?

—Alex se tomó un biberón hace una hora y María tiene órdenes muy estrictas de no bajar sin mi permiso.

—Has pensado en todo, ¿no?

—Eso espero. No ha sido fácil —siguió desabotonándole la camisa hasta que se llevó un pezón a los labios—. Sólo consentiste en que Alex se tomara el biberón porque mi madre se empeñó.

Grace notó un escalofrío hasta la punta de los dedos de los pies y se dejó caer sobre los almohadones.

—No querrás que no amamante a mi hijo, ¿verdad? —contuvo el aliento cuando Oliver pasó al otro pezón—. Eso… sería una maldad…

—Pero… —a Oliver casi no le salía la voz—. No puedo evitar tener celos de vez en cuando…

—No tienes motivo. Sabes lo que siento por ti —sintió la erección contra el vientre—. Oliver, ¿crees que podemos…?

—Creo que sí.